

... y aproximándose á la puerta
 del que habia de servirle, exclamó:
 — ¡Hoy, como siempre, he estado solo
 y hambriento! — ¡Ay! ¿por qué
 poco á poco se va haciendo el mal!

BY THE FINEST PRINTING.

MEMORIAS
DE UN
MÉDICO.



MEMORIAS DE UN MÉDICO,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDAS AL CASTELLANO

por

D. Joaquin de Sierra.

—••—
TOMO II.
—••—

SEVILLA.

Imprenta de don José M. Atienza,
calle de las Serpes núm. 5.

1846.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

LIBRARY

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS



JOSÉ BÁLSAMO.

CAPÍTULO XI.

Ama y criada.

Nicolasa se retiró á su buhardilla llena de inquietud, á pesar de la calma que afectaba, porque en lugar de la astucia y serenidad de que quiso hacer alarde, poseia únicamente una suficiente dosis de fanfarronada para hacerse peligrosa y parecer pervertida. Su imaginacion, naturalmente desarreglada, y su espíritu vi-

ciado por las malas leyendas, se combinaban y daban pábulo á sus ardientes sentidos; pero su alma no estaba corrompida; y si á veces su imperante amor propio reprimía las lágrimas que asomaban á sus ojos, estas, violentamente rechazadas, se destilaban en su corazón tan corrosivas y ardientes, como gotas de plomo derretido.

La única demostracion que en ella fuera efectiva y verdadera, fué la sonrisa de desprecio con que acojió los primeros insultos de Jilberto; y aquella sonrisa descubría todas las heridas de su corazón! No negaremos que nuestra jóven carecía de virtud y buenos principios; pero su vencimiento tenía á sus ojos cierto precio; y consistia en que habiendo entregado el corazón juntamente con su cuerpo, creia haber hecho no despreciable presente. La fatuidad é indiferencia de Jilberto, la envilecian á sus propios ojos. Veíase cruelmente castigada por la culpa que habia cometido; y aunque escesivamente sensible á aquel dolor, lo resistió con entereza, jurándose á sí misma devolver á su

ingrato amante cuando no todo, al menos parte del mal que le habia ocasionado....

Jóven, vigorosa y dotada de esa facultad de olvidar, tan estimable para el que aspira á dominar al que le ama, Nicolasa logró fácilmente dormir despues de haber combinado el plan de venganza con toda la astucia que podia abrigar su tierno corazon de diez y siete años.

Por otra parte, la señorita de Taverney le parecia mas culpable que Jilberto. Aquella jóven noble, llena de orgullo, que en el convento de Nancy hablaba en tercera persona á las princesas, tuteaba á las duquesas y marquesas, aquella estatua de mármol, helada en apariencia y sensible á pesar de su frialdad, le parecia ridicula y mezquina al verla convertirse en mujer por un Pygmaleon de aldea como Jilberto.

Porque, no negaremos que Nicolasa conocia por medio de la escelente inteligencia con que la naturaleza ha dotado á la mujer, que Jilberto era superior á ella en talento, aunque inferior en todo lo demás. Sin esta superioridad de alma que

aquel habia adquirido con cinco ó seis años de lectura, ella, la doncella de un baron arruinado, creia dejenerar al entregarse á un simple aldeano.

Y cuánto mayor no seria la culpa de su ama, si se habia efectivamente abandonado á Jilberto?

Conoció Nicolasa, despues de haber reflexionado profundamente, que seria una bajeza revelar al conde, no diremos lo que vió, sino lo que se figuraba haber visto. Sabía en primer lugar, que el baron, obrando segun su carácter, solo reiría de aquel suceso despues de haber abofeteado y despedido á Jilberto, y no ignoraba tampoco que éste despreciaría su venganza, por mezquina y ruin.

Hacer que Jilberto sufriese en Andrea, verlos palidecer ó sonrojarse á la mirada de una criada, dominar á ambos como señora absoluta, y obligar tal vez á que su amante suspirase por aquel tiempo en que besara su mano solo ruda en la superficie, es lo que lisonjeó su imaginacion, acarició su orgullo, y le pareció realmente ventajoso. Ajitada con estos

pensamientos, que se decidió á realizar, se quedó dormida.

Ya era entrado el dia, cuando despertó fresca, lijera, el ánimo dispuesto. Empleó en el tocador el tiempo harto corto de una hora, y decimos corto, porque una mano menos hábil ó mas escrupulosa que la suya, hubiera absorbido el doble, solo en arreglar su larga cabellera. Despues miró sus ojos en un triángulo de vidrio azogado, que le servia de espejo: jamás le habian parecido tan bellos. Sus labios de un dulce carmin, se redondeaban suavemente bajo la sombra de una nariz afilada, y su cuello que tenia el mayor cuidado en ocultar á los ardores del sol, brillaba con la blancura de la flor de lis. Nada pudiera competir en hermosura con su pecho, y su talle atrevidamente oprimido, la hacía parecer á una liviana flor que blandamente se mece sobre el tierno tallo que la sustenta.

Al verse tan bella, tuvo poca dificultad en creer que podría inspirar fácilmente celos á su ama. Vemos que no estaba completamente corrompida, puesto que

nunca pensó en un capricho ó fantasía, y se sobresaltó al sospechar que otra persona amara á Jilberto.

Autorizada por Andrea para entrar en su aposento si no habia despertado á las siete, nuestra doncella empujó la puerta, pertrechada como sabemos en lo físico y moral.

Andrea, pálida, la frente cubierta de sudor en que nadaban sus hermosos cabellos, estaba tendida en su lecho: su respiracion era trabajosa, y estremeciéndose á veces en medio á su letárgico sueño cruzaba rápida su semblante una sombría espresion de dolor. Sus sábanas arrolladas, no habian podido cubrir su cuerpo medio desnudo, y en el desorden que revelaba sus agitaciones, apoyada su mejilla sobre una de sus manos, estrechaba con la otra su seno de alabastro. Su respiracion detenida por intervalos, se escapaba cual doloroso estertor, arrojando al mismo tiempo débiles é inarticulados jemidos.

Considerola muda Nieolasa durante algunos segundos, y sacudió su cabeza ha-

eiéndole justicia; porque habia conocido que no habia belleza que pudiera luchar con la de Andrea.

Se dirigió á la ventana y abrió los postigos. Una onda de luz invadiendo repentinamente el aposento, hizo temblar los amoratados párpados de la señorita de Taverney, que despertando en aquel momento, trató de incorporarse; mas oprimida por un agudo dolor, se dobló con languidez, volviendo á caer sobre las almohadas sin poder reprimir un grito lastimero.

—Válgame Dios! qué teneis, señorita? preguntó Nicolasa.

—Es tarde? dijo Andrea frotándose los ojos.

—Sí, señorita, y muy tarde; habeis permanecido en la cama una hora mas que de costumbre.

—No sé qué tengo, añadió Andrea mirando á su alrededor y tratando de reunir sus ideas. Estoy estropeada, y me duele tanto el pecho.....

Antes de contestar, Nicolasa fijó sobre ella una mirada escudriñadora.

—Eso ha de ser sin duda principio

de un resfriado que habreis cojido anoche.

—Añoche! repitió aquella sorprendida; y luego al ver el desórden de su traje, añadió:

—Qué es esto, señor! No me he desnudado yo esta noche?

—Quién sabe! solo vos podreis recordarlo.

—Nada recuerdo, dijo Andrea estrechando con ambas manos su frente. Pero qué me ha sucedido? Estoy loca?

E incorporándose segunda vez, estendió su vista azorada alrededor; y haciendo un esfuerzo, continuó:

—Ah! sí!... ya me acuerdo: ayer estaba tan fatigada y aniquilada..... sin duda sería la tormenta.... y luego....

Se detuvo á esta palabra, acordándose del extranjero que le habia dirigido miradas tan estrañas.

Nicolasa señaló entonces hacia la cama que no se habia descubierto en toda la noche, aunque se hallaba desaliñada y en el mayor desorden.

—Y luego?... preguntó con grande interés. Paréceme, señorita, que demos-

trásteis acordaros de alguna cosa.

—Y luego, prosiguió Andrea, me dormí en el taburete de mi clave. Desde ese momento, de nada me acuerdo, y naturalmente habré subido medio dormida á mi habitacion, arrojándome sobre la cama sin tener fuerza ni aun para desnudarme.

—Debiérais haberme llamado, contestó Nicolasa con tono halagüeño. No soy acaso vuestra doncella?

—Sí; pero no me habré acordado, ó no habré podido; contestó Andrea con acento lleno de candor.

—Hipócrita! murmuró Nicolasa.

En seguida añadió:

—Pero, señorita, os habreis quedado hasta muy tarde junto al clave, pues antes que hubiéseis vuelto á vuestro aposento, tuve que bajar, porque sentí ruido....

Se detuvo á esta palabra, creyendo sorprender algun signo, algun jesto; pero su ama permaneció serena y tranquila, pudiéndose penetrar hasta su alma al través del cristalino espejo de su rostro.

—Sí, señorita, bajé, añadió Nicolasa.

—Y qué! dijo Andrea.

—Que no estábais en el clave.

La hija del baron alzó su cabeza; pero en sus bellos ojos no podia descubrirse otra cosa sino las señales de una profunda admiracion.

—Esto sí que es estraño! exclamó.

—Pues es como lo he dicho.

—Aseguras no haberme visto en la sala, y no he salido de ella.

—Dispensad, señorita; pero me parece que sí.

—A dónde fui?

—Mejor debeis saberlo que yo, dijo aquella encojiéndose de hombros.

—Creo que te equivocas, dijo Andrea con benignidad: repito que no me alcé de mi asiento, y solo recuerdo lijeramente haber tenido frio, una gran pesadez en todo el cuerpo, y mucha dificultad para andar.

—Oh! añadió la criada con falsa sonrisa; pues cuando yo os ví, andábais sin embargo muy bien.

—Cómo! tú me vistes?

—Sin duda.

—Entonces, por qué decias hace poco, que no estaba en la sala?

—Porque no fué en ella donde os ví, señorita.

—Pues en dónde?

—En el vestíbulo junto á la escalera.

—A mi!

—A vos misma, señorita; me parece que os conozco bastante.

—Sin embargo, te digo que estoy cierta de no haberme movido de la sala, replicó Andrea tratando con la mayor injenuidad de reunir sus recuerdos.

—Y yo repito que estoy segura de haberos visto en el vestíbulo. Yo me figuré, añadió fijándose con atencion en el semblante de su ama, que volváis de pasear en el jardin.... Como estaba tan hermosa la noche despues de pasada la tormenta.... Qué agradable es pasear de noche!... el aire es tan puro y fresco.... tan grato el olor de las flores.... que.... no es verdad, señorita?

—Por qué preguntas eso? repuso ésta sonriendo: ignoras que no me atrevería

à cruzar de noche el jardin, y que soy muy medrosa?

—Sí, pero... estando acompañada... no hay que tener miedo.

—Y quién quieres que me acompañe? contestó Andrea bien lejos de pensar que las preguntas de la doncella se iban tornando en interrogatorio.

Pero ésta no juzgó oportuno proseguir sus investigaciones, puesto que la serenidad de su ama le parecia el colmo del mas horroroso disimulo; y creyendo prudente dar nuevo jiro á la conversacion, prosiguió:

—No dijisteis que padecíais ahora poco?

—En efecto, contestó Andrea; y en este momento padezco tambien. Estoy tan abatida y desanimada sin saber por qué, pues anoche no hice mas de lo que acostumbro hacer siempre. Dios mio! si iré á ponerme enferma!

—Señorita, replicó aquella; á veces se tienen ciertos disgustos....

—Y qué?

—Que producen el mismo efecto que

el cansancio. Yo misma los he experimentado.

—Bah! qué disgustos puedes tener tú?

Pronunció con tan desdeñoso acento estas palabras la hija del baron, que tomando ánimo su doncella, se decidió á hablar con mas claridad.

—Sí, señorita, replicó bajando la vista; sí, tengo disgustos.

Andrea bajó con flojedad de su cama, y añadió al mismo tiempo que se desnudaba para volverse á vestir:

—Veamos: cuéntame.

—Con mucho gusto, puesto que solo he venido para referiros....

Nicolasa se detuvo.

—Para referirme? Dios mio! qué demudado está tu semblante!

—Sí, pareceré tan azorada como vos fatigada: ambas estaremos disgustadas sin duda.

La palabra *ambas* desagradó á Andrea, que frunciendo la frente, dejó percibir una lijera exclamacion.

Pero Nicolasa se admiró poco, aun cuando el tono con que fué pronunciada

debiera obligarla á reflexionar.

—Puesto que así lo quereis, señorita, voy á comenzar.

—Veamos, dijo aquella.

—Principio por anunciaros que deseo casarme.

—Hola! ya estás con ese antojo, y no has cumplido diez y seis años todavía!

—Señorita, la misma edad teneis vos...

—Y bien?

—Y bien! que aun cuando no teneis mas de diez y seis años, decidme: no pensais tambien algunas veces en casaros?...

—En qué lo has conocido?... preguntó Andrea con severidad.

Ya estaba Nicolasa decidida á contestar con una impertinencia; pero se detuvo conociendo el carácter de su ama, y sabiendo que solo lograría cortar una conversacion que no habia llegado aun al término que se habia propuesto.

—Teneis razon, contestó. No puedo conocer lo que pensais, siendo una pobre aldeana que no conoce mas que lo que le inspira la naturaleza.

—Vaya una espresion singular!

—Cómo! no encontrais que es natural amar á alguno y hacerse amar por él?

—Es posible; sigue.

—Pues bien!... amo.

—Y eres amada?

—Creo que sí.

Conoció Nicolasa que tenia poca fuerza una duda, y que en semejante ocasion era preciso hablar con la afirmativa. Por lo tanto, añadió:

—Quiero decir que estoy cierta.

—Éstá muy bien! segun veo, no pierdes el tiempo en Taverney.

—Se debe pensar en el porvenir. Vos, como sois señorita, heredareis quizá con el tiempo algunos bienes de fortuna por muerte de algun rico pariente; pero yo nada puedo esperar, pues no los tengo.

La natural bondad de Andrea, hizo que le parecieran muy sencillas estas palabras, y olvidó poco á poco el tono con que las anteriores fueron pronunciadas.

—En fin, dijo, con quién tratas casarte?

—Ah! con uno á quien conoceis muy bien, señorita, contestó Nicolasa fijando sus hermosos ojos en los de Andrea.

—Que yo conozco?

—Perfectamente.

—Vamos, dí quién es; me impacientas haciéndome esperar tanto.

—Temo que os desagrade mi eleccion.

—A mí?

—Sí, señorita!

—Conocerás entonces tu misma que es poco decente.

—Nó! no es eso.

—Pues entonces, dilo, no tengas miedo. Los amos están obligados á tomar interés por cualquiera de sus criados que les haya servido bien, y yo siempre he estado muy contenta contigo.

—Sois muy indulgente.

—Vaya! dilo pronto y acaba de ponerme los corchetes.

Reunió Nicolasa todas sus fuerzas, y apelando á toda su penetracion, dijo:

—Pues bien! es.... Jilberto.

Pero quedó bastante sorprendida al ver que el rostro de su ama permaneció

sereno y sin demostrar la menor señal de impaciencia.

—Cómo! Jilberto! Jilbertillo el hijo de mi nodriza?

—Sí, señorita, ese mismo.

—Pero.... de veras piensas casarte con él?

—Sí, señorita, con él.

—Y te quiere?

Creyó Nicolasa que ya era llegado el momento decisivo.

—Mil veces me lo ha repetido, contestó.

—Pues entonces, puedes casarte, dijo Andrea con sumo sosiego; no encuentro obstáculo alguno. Tú no tienes familia, y él es huérfano: luego ambos sois dueños de hacer lo que mejor os convenga.

—Sin duda, replicó tartamudeando la doncella, admirada de ver terminado aquel suceso de un modo tan contrario al que ella tenía previsto. Cómo! señorita, dais vuestro permiso....

—Enteramente; solo me parece que sois demasiado jóvenes todavía.

—Con eso viviremos mas tiempo juntos.

—Sí, pero como sois pobres ambos....

—Trabajaremos.

—En qué trabajará él, que para nada es útil?

Nicolasa no pudo contenerse por mas tiempo.

—Permitidme, señorita, os diga que tratais bien mal á ese pobre Jilberto.

—Lo trato como merece. No sabes tú que es un perezoso?

—Cómo! siempre está leyendo y solo trata de instruirse.

—Incapaz de hacer nada por nadie, añadió Andrea.

—No podeis decir eso, contestó Nicolasa.

—Por qué?

—Mejor que nadie lo sabeis, pues vos sois quien le manda ir á cazar para la mesa.

—Yo!

—Y quien permite que ande diez leguas á veces, antes de encontrar una sola pieza.

—Te aseguro que hasta ahora no he hecho el menor reparo....

—En la caza?... dijo sonriendo maliciosamente la doncella.

Andrea habria hecho poco caso de aquella indirecta, y no hubiera tal vez conocido todo el veneno que contenian los sarcasmos de su doncella, si su espíritu se encontrara en aquel momento en su estado normal; pero sus nervios se estremecian á cada acto de su voluntad; cada movimiento de su cuerpo, se patentizaba con violentos sacudimientos, y la menor agitacion de su alma, se presentaba á ella como un obstáculo difícil de vencer. Reanimóse al punto, y adquiriendo con la impaciencia toda la penetracion que su descaecimiento le habia impedido tener desde el principio de la escena:

—Qué charla la sabidilla? preguntó dirijiéndose á su doncella.

—Señorita, contestó ésta, no digo que tenga saber; eso queda para las grandes señoras. Soy una pobre muchacha, y digo sencillamente la verdad.

—Y cuál es la verdad?

—Que calumnias sin razon á Jilber-

to, puesto que él está siempre deseando agradaros.

—Bien; no hace mas de lo que debe, y á eso está obligado en clase de criado.

—Pero, señorita, Jilberto no es criado, puesto que no percibe salario alguno.

—Sin embargo, es hijo de nuestros antiguos arrendadores; le damos casa y comida, y como nada hace él en cambio, puedo decir que nos roba. Pero dime en fin, cuál es tu intencion al defenderle con tanto calor, cuando nadie trata hacerle daño.

—Ah! demasiado sé yo que no queréis hacerle daño alguno, contestó Nicolsa con rencorosa sonrisa.

—Otra contestacion que tampoco comprendo!

—Porque no querreis comprenderla sin duda.

—Basta, dijo Andrea con severidad: vas á esplicarme al punto lo que quieres dar á entender con tus palabras.

—Ay, señorita! de qué serviría esplicarme si estais mejor enterada que yo misma de cuanto acabo de deciros.

—Muy al contrario: nada sé, ni puedo acertar de esos enigmas. No solicitabas mi consentimiento para casarte?

—Sí, señorita, y os suplico al mismo tiempo que no me aborrezcais porque Jilberto me quiere.

—Qué me importa á mí que Jilberto te quiera ó te deje de querer? En verdad que ya me tienes fastidiada.

Empinose Nicolasa, y su cólera tanto tiempo refrenada, empezó finalmente á hacerse lugar.

—Tal vez habreis dicho estas mismas palabras á Jilberto.

—Hablo yo nunca á tu Jilberto? Vamos, déjame en paz; estás loca.

—Sin embargo, señorita, aun cuando decís que no le habláis, no debe, segun pienso, hacer mucho tiempo.

Dió Andrea algunos pasos hacia Nicolasa, cubriéndola con una mirada altiva y desdeñosa.

—Hace una hora que te estás preparando, y al cabo sales con una imperinencia. Quiero que esto concluya de una vez.

—Pero.... dijo Nicolasa algun tanto alterada.

—Dices que he hablado con Jilberto.

—Sí, señorita, lo digo.

Brilló entonces en la imaginacion de Andrea un pensamiento que hasta entonces le habia parecido imposible.

—Esta infeliz está celosa; Dios me perdone, exclamó soltando la carcajada. Vamos, mi pobre Legay, pierde cuidado; jamás miro á tu Jilberto, y ni aun podría decirte de qué color son sus ojos.

Ya estaba decidida Andrea á perdonar lo que á su parecer era no ya una impertinencia sino una locura. Nicolasa por el contrario, creyendo ser la ofendida, no se hallaba en el caso de recibir perdon.

—Ya lo creo! No es muy á propósito la noche para distinguir los colores.

—Qué has dicho? preguntó Andrea, que á pesar de ir ya comprendiendo, no podia creer tanta osadía.

—Digo, que si hablais con Jilberto siempre de noche como lo hicisteis ayer, es mala hora para ver con perfeccion sus facciones.

—Cuidado con lo que dices! replicó Andrea poniéndose pálida. Espílicate al punto.

—Será muy fácil, dijo Nicolasa abandonando sus planes de prudencia. Esta noche ví....

—Calla, que llaman abajo.

Con efecto, oyeron en aquel momento una voz que repetía desde el jardín el nombre de Andrea.

—Es, dijo Nicolasa, vuestro padre con el forastero que ha pasado aquí la noche.

—Baja; dile que no puedo contestar, porque estoy mala, y vuelve á concluir del modo mas conveniente esta estraña disputa.

—Andrea! gritó el baron; este caballero desea saber como has pasado la noche.

—Marcha; repitió Andrea señalando á Nicolasa la puerta con imperioso ademán.

Obedeció sin pestañear ni replicar, como era preciso obedecer á Andrea cada vez que mandaba alguna cosa. Esta experimentó una singular sensacion al punto que salió su doncella, y por mas

resuelta que estuviera á no presentarse, se sintió arrastrada por un poder superior é irresistible hacia la ventana que Nicolasa habia abierto.

Vió entonces á Bálamo, que fijando su vista en ella, la saludaba respetuosamente.

Vacilaron sus rodillas y hubo de apoyarse en un postigo para no perder el equilibrio.

—Buenos dias, caballero, respondió.

Nicolasa quedó pasmada sin poder comprender el motivo de aquella contradiccion, pues en aquel mismo instante acababa de prevenir al baron que su hija no podria contestar.

Bálamo seguia con la vista clavada en la jóven, que cayó anonadada en un sillón.

CAPÍTULO XII.

El amanecer.

Nuestro viajero se habia levantado al rayar el dia, para informarse de la salud de Althotas.

Todos los habitantes del castillo dormían profundamente á escepcion de Gilberto, que oculto tras los barrotes de su cuarto situado en el portal, habia espiado con la mayor curiosidad todas las maniobras de Bálamo, seguido todos sus pasos, é interrogado todas sus acciones.

Pero aquel se retiró, dejando cerrada la puerta del compartimiento que su maestro habitaba, y quedó bastante sorprendido de la variacion que la luz del dia habia obrado en aquel cuadro que le habia parecido tan triste la víspera.

El castillo, que construido con piedras y ladrillos, presentaba bandas de color blanco y rojo, estaba dominado por una selva de sicómoros é innumerables ébanos silvestres, cuyos perfumados festones caian sobre su techo, ciñendo al parecer sus pabellones con coronas de oro.

Veíase en el jardin un estanque de treinta pies en cuadro, en cuyo derredor se estendia una anchurosa alfombra de césped y un cercado de florecientes sahucos que formando delicioso y ameno

paisaje, recreaba la vista que no percibía por otro lado mas que castaños sombríos ó elevados y frondosos álamos.

Una dilatada alameda de robles, plátanos y tilos, estendiéndose desde cada ángulo de los pabellones, subía hasta un espeso bosquecillo, asilo de muchedumbre de aves, cuyos melodiosos trinos, al despuntar la aurora, se dejaban oír en el castillo. Dirigióse Bálamo por el sendero de la izquierda, y á los veinte pasos se encontró en una floresta, donde las rosas y violetas, empapadas la víspera por la lluvia de la tempestad, exhalaban perfumes deliciosos. La madre selva y los jazmines, aparecían al través de los arbustos, y una larga calle de cárdenos lirios, salpicada de fragarias, se perdía en un bosque de enmarañadas floridas zarzas y espinas rosadas.

Al llegar á la parte culminante del terreno, divisó las ruinas de un antiguo y majestuoso castillo, construido sobre peña. Solo restaba medio torreón que aparecía entre un enorme amontonamiento de piedras y escombros, sobre los cua-

les serpenteaban largas guirnaldas de yedra y vides silvestres, como hijos salvajes de la destruccion, à quienes la naturaleza ha colocado sobre ruinas, para demostrar al hombre que hasta en ellas mismas encuentra la fecundidad.

Bien considerado, el señorío de Taverney, aunque reducido à siete ú ocho aranzadas de tierra, no carecia ni de dignidad ni de gracia. El aspecto que presentaba el edificio, se asemejaba al de esas grutas cuyos contornos se complace en embellecer la naturaleza con sus flores, enredaderas y caprichosas fantasías de esos grupos formados por imponentes peñascos, que con su escabrosa desnudez horrorizan al caminante que llega extraviado à pedirles un asilo para resguardarse durante la noche.

Ya se dirijia Bálamo hacia su habitacion despues de haber invertido una hora en contemplar aquellas ruinas, cuando divisó al baron envuelto en una ancha bata de indiana grabada, que salía de la casa por una puerta lateral que comunicaba con la escalera, y recorria el jar-

din deshojando las rosas y pisando los caracoles que encontraba en su paso.

Nuestro viajero se apresuró á alcanzarlo; y luego que lo hubo logrado, le dirigió las siguientes palabras con una política tanto mas refinada, cuanto que habia profundamente sondeado su pobreza.

—Caballero, permitidme os haga presente mis afectos, y dispensadme si para bajar no he esperado á que despertáseis; porque la perspectiva que desde mi ventana presenta Taverney es tan halagüena, que he deseado ver de cerca este delicioso jardin y esas imponentes ruinas.

—Efectivamente son magníficas, repuso el baron despues de haber devuelto el saludo á su huésped; y es lo único de mérito que hallareis aquí.

—Era esto un castillo? preguntó el viajero.

—Sí; era el mio, ó por mejor decir, el de mis abuelos. Llamábase Casa-Roja, y durante mucho tiempo, hemos llevado ese nombre unido al de Taverney. Pero os suplico, querido huesped, deje-

mos esta conversacion.... para que he-
mos de hablar de lo que ya no es?....

—Inclinóse Bálamo en señal de asen-
timiento.

—Por mi parte, continuó el baron,
tambien quería excusarme con vos. Es
muy pobre mi casa, y asi os lo pre-
vine.

—Me encuentro perfectamente en ella.

—Es una perrera, baron, una perre-
ra, interrumpió Taverney; un nido á que
van tomando aficion las ratas desde que
los lagartos, zorros y culebras las han
espulsado del otro castillo. Pero ahora
que recuerdo que sois hechicero, ó poco
menos, bien pudiérais con vuestra varita
levantar esa antigua Casa-Roja, sin ol-
vidar las dos mil aranzadas de tierra que
formaban su recinto; pero apuesto que
en vez de soñar en esto, habreis tenido
la santa paciencia de dormir en una de-
testable cama.

—Cómo! Señor baron....

—No procureis negármelo; la conozco
muy bien; es la de mi hijo.

—Os aseguro, señor baron, que me ha

parecido excelente. De cualquier manera, vuestra bondad me confunde, y desearía con todas las veras de mi corazón, probaros mi agradecimiento prestándoos algún servicio.

El anciano, aunque chanceándose, no desaprovechó la oferta.

—Pues entonces, dijo mostrando á La-Brie que traía un vaso de agua sobre un magnífico plato de Sajonia, ved una buena ocasion. Haced por mí lo que Nuestro Señor hizo para las bodas de Caná; convertid ese agua en vino.... como el de Borgoña ó Chambertin por ejemplo, y será el mayor favor que pudiérais hacerme.

Sonrióse Bálsamo; y el anciano que vió en aquella risa una negativa, tomó el vaso y bebió de un trago todo el líquido que contenia.

—Excelente específico! dijo Bálsamo. Es el mas noble de todos los elementos, puesto que sobre él era llevado el espíritu de Dios antes de la creacion del mundo. Nada resiste á su accion; penetra la piedra, y puede que llegue el dia

en que conozcamos que puede disolver el diamante.

—Entonces podrá disolverme, repuso Taverney: quereis brindar conmigo? Aventaja al vino por su escelente crudeza; todavia queda bastante: no sucede eso mismo con mi marrasquino.

—Si hubiéseis mandado traer otro vaso para mi, quizás habria podido encontrar un medio de seros útil por medio de esa atencion.

—Explicaos; y si todavia es tiempo...

—Sin la menor duda! Decid á ese buen hombre que lo traiga al instante.

—Lo has oido? Dijo el baron á La-Brie, que inmediatamente se alejó para obedecer.

—Conque el vaso de agua pura que bebo cada mañana, contiene propiedades ó secretos que hasta ahora yo habia ignorado! Es posible que sin conocerlo siquiera, haya yo hecho experimentos de alquimia durante diez años, con tanta facilidad como M. Jourdain escribia su prosa!

—Ignoro lo que habreis hecho, con-

testó Bálamo con gravedad; pero conozco lo que hago.

Y dirijiéndose á La-Brie que habia cumplido su comision con la actividad acostumbrada, le dió las gracias, tomó el vaso y elevándolo á la altura de sus ojos, contempló su contenido, en el cual aparecian por la reflexion de la luz, mil variados colores.

—Diablos!! No sabia yo que fuera cosa tan linda lo que se vé en un vaso de agua! dijo Taverney.

—En efecto, señor baron, y principalmente hoy, es hermosísimo.

Y Bálamo redobló al parecer su atencion, mientras que el baron seguia tambien mirando á pesar suyo, y La-Brie permanecía embobado con su plato en la mano.

—Vamos á ver, querido huésped, decidme por Dios qué estais viendo? dijo el baron con soflama. Jesus! qué impaciencia!... Hay una herencia para mí?... Una Casa-Roja nueva? ya soy feliz!

—Veo una invitacion que voy á transmitir, para que esteis alerta.

—Cómo! irán á atacarme?

—No señor, pero esta misma mañana os van á visitar.

—Cuidado que si habeis dado cita á alguno en mi casa, no lo vá á pasar muy bien, porque las perdices se acabaron.

—Os digo que hablo formalmente, replicó Bálamo; y el personaje que en este momento se dirige hacia Taverney, es de la mayor importancia.

—Dios mio!... por qué casualidad!... Y qué especie de visita es? Decídmelo por favor: no os detengais; porque debo confesaros, y no debeis ignorarlo si recordais el recibimiento nada halagüeño que os hice, que para mí un visitador es un importuno. Así, acabad mi querido hechicero, acabad si es posible.

—No solo posible, sino para que tengais menos que agradecerme, os diré que es muy fácil.

Y Bálamo fijó de nuevo su vista en la capa de ópalo que ondeaba en el vaso.

—Veis? preguntó el baron.

—Perfectamente.

—Pues entonces, hablad.

—Veo venir una persona harto distinguida.

—Cómo! de veras? Y viene de ese modo sin que la inviten?

—Se ha invitado á sí misma, y viene acompañada por vuestro hijo.

—Por Felipe!

—Sí señor.

Al oír esto el baron, soltó una carcajada poco agradable para el hechicero, y añadió:

—Ah! ah! con mi hijo!... decís que esa persona viene con mi hijo?

—Sí, baron.

—Conoceis á mi hijo?

—No.

—Y dónde está ahora?

—A menos de media legua.

—De aquí?

—Sí señor; de aquí.

—Pero amigo mio, ignorais que mi hijo está de guarnicion en Strasburgo, y que á menos de esponerse á ser declarado desertor, lo que os juro no hará, no puede venir con nadie.

—Sin embargo, es cierto lo que he

dicho, replicó Bálamo, con la vista fija en el vaso.

—Y esa persona á quien acompaña, es hombre ó mujer?

—Es una señora, ó por mejor decir, una gran señora. Ved qué cosa tan extraña!

—Es importante? repuso Taverney.

—Si, por cierto.

—Acabad.

—Debeis alejar a vuestra criada.

—Y por qué?

—Porque tiene en su rostro facciones parecidas á las de la persona que se dijo á vuestro castillo.

—Y decis que es una señora!... una gran señora que se parece á Nicolasa! No estais viendo, amigo mio, que esa es una contradiccion?

—Y por qué? Una vez compré una esclava tan semejante á la reina Cleópatra, que se trató de conducirla á Roma para que figurase en el triunfo de Octavio.

—Hé! hé! volvemos á las andadas? dijo el baron.

—Haced lo que gustéis, puesto que

vos y no yo, sois el interesado en este asunto.

—Pero por qué se habrá de ofender esa señora por su semejanza con Nicolasa?

—Supongamos que fuéreis rey de Francia, que á fé mia no os lo deseo, y decidme, os gustaría mucho si al entrar en una casa encontráseis entre los criados una falsificación de vuestro augusto rostro?

—Poderosísimo es por cierto vuestro dilema: y cuál sería el resultado?

—Que la muy alta y poderosa señora que está próxima á llegar, quedaría descontenta al ver su viva imájen vestida con saya corta y pañoleta de algodón.

—Bien! dijo el baron sin dejar de reir, todo se remediará; pero lo que mas me regocija es mi hijo, válgame Dios!... qué casualidad nos trae á ese pobre Felipe, sin gritar siquiera: *allá voy!*

Y la risa de Taverney redobló.

—Veo, dijo Bálamo con seriedad, que mi pronóstico os ha llenado de gozo: me alegre mucho; pero en lugar vuestro....

—Qué haríais?

—Daría algunas disposiciones....

—En verdad?

—Sin duda.

—No os disgusteis, querido huésped, pensaré en ello.

—Sí, todavía es tiempo....

—Pero.... hablais formalmente?

—Formalmente, baron, y si quereis recibir como corresponde á la persona que viene á favoreceros con su visita, no podeis perder un minuto.

Taverney balanceó la cabeza.

—Cómo! dudais todavia? dijo Bálamo.

—Os aseguro que estais tratando con el incrédulo mas obstinado....

En este momento fué cuando el baron se dirigió hacia el pabellon de su hija para darle parte de la prediccion de su huésped. Ya dijimos del modo que Andrea contestó á la invitacion de su padre, y cómo Bálamo la atrajo á la ventana con su fascinadora mirada. Nicolasa estaba allí sorprendida tratando de comprender algunas señas que La-Brie le hacia.

—Me parece imposible, y á no verlo...

—Puesto que para creer necesitais ver, volveos dijo Bálamo alargando su

brazo y señalando hacia la calle de árboles, en cuyo extremo se veía un jinete á caballo que corría á brida suelta, haciendo retemblar la tierra bajo su casco.

—Ah!!!... gritó el baron estupefacto, hé aqui efectivamente....

—El señorito Felipe!! chilló Nicolasa empinándose.

—El és, dijo La-Brie con un graznido de alegría.

—Mi hermano! mi hermano! exclamó Andrea tendiéndole sus brazos desde la ventana.

—Será por casualidad vuestro hijo? preguntó socarronamente Bálamo.

—Sí señor, por Cristo!... Él es! contestó el baron } lleno de espanto.

—Esto no es mas que el principio; repuso aquel.

—En fin; quereis decirme de una vez si sois hechicero?

Una sonrisa de] triunfo asomó á los labios del extranjero. Mientras mas se aproximaba, tanto mayores parecian las dimensiones del caballo. Bien pronto bañado en sudor, y rodeado de un vapor

húmedo, dejó atrás las últimas hileras de árboles, y un joven oficial, de estatura mediana, lleno de lodo, y con el semblante animado por la rapidez de la carrera, saltando de él con presteza, se dirigió hacia su padre para abrazarle.

—Jesus!! decía entretanto el conde viéndose vencido en sus principios de incredulidad: Jesus!!

—Sí, padre mio, decía Felipe al ver retratado sobre el rostro del anciano un resto de duda: yo soy! yo!

—Por Cristo! ya lo creo!... si lo estoy viendo!... qué estraña casualidad!

Debo preveniros, añadió Felipe, que una ilustre visita se dirige hacia este punto, y que de aquí á una hora, Maria-Antonieta-Josefa, archiduquesa de Austria, y princesa heredera de Francia, estará en Taverney.

El conde desanimado, dejó caer ambos brazos con tanta humildad, como ironía y sarcasmo habia mostrado hasta entonces.

—Perdonad, dijo dirigiéndose á Balsamo.

—Caballero, le contestó aquel, os de-
jo con vuestro señor hijo, pues habien-
do estado tanto tiempo separados, no es
extraño que tengais uno y otro mil co-
sas que comunicaros. Y despues de sa-
ludar á Andrea, que llena de gozo por
el feliz arribo de su hermano se preci-
pitaba á su encuentro, se alejó haciendo
una seña que Nicolasa y La-Brie com-
prendieron sin duda, porque le siguieron
desapareciendo con él bajo los frondosos
árboles que se hallaban á la entrada.

CAPÍTULO XIII.

Felipe de Taverney.

Felipe de Taverney, Caballero de Ca-
sa-Roja, en nada se parecia á su herma-
na, sino en la hermosura en que ambos
corrian parejas relativamente á su sexo.
En verdad, la espresion dulce al par que
altanera de su mirada, la elegante armo-
nía de sus facciones, la finura de sus
manos, la bella formacion de su pié y
la gentil apostura de su talle, le prestaban

un aire noble, gracioso y marcial.

Semejante á esas almas nobles y distinguidas á quienes mortifican la vida y el mundo, Felipe sin ser sombrío, era naturalmente triste. Tal vez la dulzura que aparecia en sus ojos, dimanaba de aquella tristeza, pues sin ella, hubiera naturalmente sido dominante, soberbio y poco accesible. La precision de vivir con todos los pobres sus iguales de hecho, y con los ricos que lo eran de derecho, doblegaba aquel carácter que el cielo habia criado duro, imperioso y susceptible; y si acaso mostraba mansedumbre, semejante á la del leon, era algun tanto desdeñosa.

Apenas abrazó á su padre, cuando su hermana, libre ya del entorpecimiento magnético por la sorpresa que aquel feliz suceso le ocasionara, se apresuró como ya dijimos á arrojarle en sus brazos, manifestando con sollozos de alegría, lo importante que era aquella union para el corazon de nuestra casta jóven.

Felipe que deseaba hablar á solas, tomó de la mano á Andrea y á su padre,

conduciéndolos al salon, donde les obligó á sentarse junto á él.

—Sois incrédulo, dijo dirijiéndose á su padre, y tú hermana mia, has quedado sorprendida. Sin embargo, nada es tan cierto como lo que acabo de deciros: algunos instantes mas, y tendremos en nuestro pobre castillo á la princesa heredera, que viene á visitaros.

—Por Cristo!... de ningun modo lo consiento, pues quedaríamos para siempre deshonorados. Voto á brios! Si esa señora cree encontrar aquí el tipo de la nobleza francesa, vá á quedar soberanamente burlada. Mas dime: qué casualidad le ha hecho elejir esta casa con preferencia á otras?

—Oh! eso es una novela!

—Una novela? repitió Andrea. Refiérenosla.

—Sí, y que haría fuese Dios alabado, hasta de aquellos que olvidan que es nuestro salvador y nuestro padre.

—Hizo el baron un jesto de duda, poco conforme con que el supremo árbitro de la naturaleza se hubiese dignado in-

clinarse su vista hasta él, y mezclarse en sus asuntos; pero Andrea, que á nada suspendía el asenso al contemplar el gozo de su hermano, le estrechaba apasionadamente la mano, como para mostrarle su gratitud por la buena noticia que les trajera y la dicha que experimentaba, murmurando al mismo tiempo: mi hermano! mi buen hermano!

—*Mi hermano! mi buen hermano!* repetía su padre; me atrevo á jurar que está satisfecha de lo que nos pasa.

—Pero no veis, padre mio, qué contento está Felipe?

—Porque vuestro señor Felipe es un entusiasta; pero yo que afortunada ó desgraciadamente peso todas las cosas, dijo Taverney fijando su vista contristada en los muebles de su sala; nada agradable encuentro este accidente.

—Mudareis de opinion, dijo el jóven, luego que os refiera lo que me ha pasado.

—Acaba, pues, de contarlo, murmuró entre dientes el anciano.

—Sí, sí, cuenta, Felipe, dijo Andrea.

—Pues bien! Ya sabeis que me en-

contraba de guarnicion en Strasburgo, y tampoco ignorareis que la Reina debia hacer su entrada en Francia por esa ciudad.

—A buena parte vienes! dijo Taverney; cómo quieres que esté enterado de todas esas noticias, viviendo en este agujero?

—Decias, hermano, que por Strasburgo debia la reina....

—Sí, la aguardábamos en la esplanada desde por la mañana; llovía á torrentes, y nuestros vestidos estaban empapados. Como ningun aviso teníamos de la hora en que llegaría Su Alteza, mi Mayor me destacó para reconocer el acompañamiento. Habría andado una legua, cuando al volver el camino me encontré de frente con los primeros caballos de la escolta. Habiéndome detenido un instante á conversar con ellos, noté que Su Alteza Real se asomó á la portezuela del coche, y preguntó quién era yo.

—Volví á escape para llevar la contestacion afirmativa al que me habia enviado, cuando creí oír que me llamaban; pero no me detuve. El cansancio de seis

horas de servicio habia desaparecido como por encanto.

—Y la princesa? preguntó Andrea.

—Es tan jóven como tú, y bella como todos los ángeles.

—Dime.... Felipe.... preguntó titubeando el baron.

—Qué decis, padre mio?

—No se parece esa señora, á alguna de las personas que tú conoces?

—Que yo conozco!...

—Sí.

—Nadie se parece á Su Alteza Real, contestó el jóven lleno de entusiasmo.

—Piénsalo.

Al cabo de algunos instantes de meditacion, el hermano de Andrea contestó negativamente.

—Veamos.... por ejemplo.... á Nicolsa.

—Ah!... sí!... en efecto, exclamó Felipe sorprendido; la que acabais de nombrar, se parece mucho á la ilustre viajera; pero en grado sumamente inferior. Cómo habeis sabido eso, padre mio?

—Me lo ha dicho un hechicero.

—Un hechicero! dijo Felipe admirado.

—Sí, y me anunció tambien tu llegada.

—El forastero? preguntó Andrea con timidez.

—Cómo! ese hombre que hablaba con vos y se retiró á mi arribo?

—Justamente, ese mismo; pero continúa tu narracion.

—No sería mejor hacer algunos preparativos? interrumpió Andrea.

—Mientras mas prevenciones hagamos, contestó Taverney, mas nos ridiculizaremos. Prosigue, Felipe, prosigue.

—Llegado que hube á Strasburgo, cumpli con mi encargo, y al punto avisaron á Mr. de Stainville, quien se apresuró en acudir á su encuentro; mas al llegar al glacis, oimos batir marcha y nos dirijimos todos hacia la puerta de Kehl, desde donde pudimos divisar la comitiva. El gobernador estaba á mi lado...

—Mr. de Stainville!... dijo el baron; sí.... aguarda.... yo he conocido uno que llevaba ese nombre....

—Cuñado del ministro Mr. de Choi—seul.

—Ese mismo.... vamos, prosigue.

—La princesa, que siendo joven, creo gusta tambien de jente jóven, escuchó distraida los cumplimientos del gobernador, y fijando su vista en mí, que estaba respetuosamente retirado:

—No es ese el jóven á quien enviaron á mi encuentro? preguntó.

—Sí, señora, contestó M. de Stainville.

—Aproximaos, caballero, me dijo. Obedecí.

—Cómo os llamais? me preguntó con su encantadora voz.

—Taverney de Casa-Roja, contesté tartamudeando.

—Apuntad ese nombre, querida mia, añadió dirijiéndose á una señora de avanzada edad, (que he sabido despues era su aya la condesa de Langershausen,) quien apuntó efectivamente mi nombre en su libro de memoria.

Y volviéndose hacia mí:

—Cuánto siento, caballero, que os ha-

vais puesto en camino con un tiempo tan lluvioso! En verdad que no puedo perdonarme al pensar cuánto habeis padecido por mí.

—Qué palabras tan bondadosas! exclamó Andrea juntando sus manos.

—Así és que nunca las olvidaré, ni tampoco el acento y miradas que las acompañaron.

—Bien! muy bien! murmuró el baron con una sonrisa que demostraba á la vez la fatuidad paternal y la mala opinion que tenia formada de las mujeres, sin exceptuar á las reinas. Bien! continúa, Felipe.

—Qué le contestastes? preguntó Andrea.

—Nada; me incliné hasta el suelo, y pasó.

—Cómo! nada le dijistes? exclamó el baron.

—Me quedé cortado. Toda la sangre se me reconcentró al corazon, que latía con violencia.

—Me gusta! Bonito papel hubiera yo hecho si nada hubiese podido decir á la

princesa Leczinska á quien me presentaron cuando tenia tu misma edad!

—Sí, pero vos teneis mucho talento, padre mio, contestó Felipe inclinándose, mientras Andrea le estrechaba la mano.

—Me aproveché, añadió, de la partida de Su Alteza, para volver á mi alojamiento y mudar de ropa, pues estaba completamente empapada y manchada de lodo.

—Pobre hermano! murmuró Andrea.

—Mientras tanto, prosiguió aquel, la princesa llegó á las casas de Ayuntamiento, y recibia las felicitaciones de los habitantes. Luego que estos se retiraron, Su Alteza se puso á la mesa.

El Mayor que me envió al encuentro de Su Alteza, que es amigo mio, me dijo despues, que la princesa dirijió diferentes veces escudriñadoras miradas hacia los oficiales que asistian al convite.

—No veo, dijo despues de haber inutilmente repetido aquella investigacion, al jóven oficial que vino á mi encuentro esta mañana. No le han avisado que de-

seo mostrarle mi gratitud?

—Señora, contestó el Mayor, el caballero de Taverney se ha retirado á su casa para mudar de traje, y presentarse á Su Alteza Real como corresponde.

Llegué un momento despues, y á pocos minutos, viéndome la princesa, me hizo una señal para que me acercase.

—Caballero, me dijo, tendríais repugnancia en acompañarme hasta París?

—Oh! señora, muy al contrario; esto sería para mí el colmo de la dicha; pero estoy sirviendo de guarnicion en esta ciudad, y....

—Y?

—Quiero decir, señora, que no pueden verificarse mis deseos.

—De quién dependeis?

—Del gobernador militar.

—Bien.... todo quedará arreglado.

Me dió permiso para que me retirara y lo verifiqué.

Aquella noche, llamando al gobernador, le dijo:

—Caballero, tengo que satisfacer un capricho.

—Decidlo, señora, y será para mí una orden.

—Hice mal en calificar de capricho lo que solo es un voto que debo cumplir.

—De ese modo, señora, será aun mas sagrado....

—Pues bien: he prometido unir al servicio de mi persona, el primer francés, cualquiera que fuese, á quien encontrara al pisar la primera poblacion de Francia, y hacer su felicidad y la de su familia, si es que los principes tienen poder para hacer la felicidad de alguno.

—Señora, los príncipes representan á Dios en la tierra. Y cuál es la persona que ha tenido esa dicha?

—El caballero de Taverney Casa-Roja, jóven teniente, que os ha anunciado mi llegada.

—Todos envidiaremos su suerte, señora, pero nos guardaremos de perturbarle en la prosperidad que le ha cabido; y á pesar de estar sujeto por su consigna y empeño, le alzaremos una y otra obligacion, para que pueda partir á París al mismo tiempo que Vuestra Alteza Real.

En efecto, recibí orden de montar á caballo y acompañar á la princesa el dia mismo que ésta salió de Strasburgo, y desde aquel momento no me he separado de la portezuela de su carruaje.

—Eh! eh! dijo el baron con su misma sonrisa, sería extraño.... aunque no imposible....

—Qué, padre mio? preguntó sencillamente el jóven.

—Oh! yo me entiendo... replicó aquel, yo me entiendo... eh! eh!

—Pero, hermano mio, dijo Andrea, todavia no comprendo la causa que obligue á la señora princesa para venir á Taverney.

—Escucha: anoche, sobre las once, llegamos á Nancy, y atravesábamos la ciudad alumbrados con hachones, cuando la princesa me llamó para decirme que deseaba caminar mas aprisa. Hice seña á los de la escolta, que se apresuraron á obedecer. Entonces añadió:

—Quiero marchar mañana muy temprano.

—Vuestra Alteza deseará sin duda

hacer mañana una larga jornada?

—No, pero pienso detenerme en el camino.

Al oír estas palabras, quedé turbado por un secreto presentimiento.

—En el camino? repetí.

—Sí, contestó la princesa.

Permanecí silencioso.

—No acertáis dónde? me preguntó sonriendo.

—Nó, señora.

—En Taverney.

—Dios mio! para qué? exclamé.

—Para ver á vuestro padre y á vuestra hermana.

—A mi padre!... á mi hermana!...
Cómo! Vuestra Alteza Real sabe....

—Me han informado, y sé que habitan á unos doscientos pasos de nuestro camino: por tanto, mandareis que se detengan en Taverney.

Mi frente se empapó en sudor, y me apresuré á decir á Su Alteza Real con un temblor cuya causa no ignorareis:

—Señora, la casa de mi padre es indigna de recibir tan alta princesa como vos.

—Y por qué? preguntó.

—Señora.... somos pobres....

—Mucho mejor: el recibimiento será mas amistoso y sencillo. Además que por muy pobre que sea Taverney, no faltará una taza de leche para una amiga deseosa de olvidar un instante que es archiduquesa de Austria, y princesa heredera de Francia.

—Ah! señora, contesté inclinándome. Pero quedé cortado sin poder pronunciar otra palabra.

Sin embargo, creí que aquel capricho se le disiparía durante la noche; pero me equivoqué. En la parada que hicimos en Pont-a-Mousson, Su Alteza me preguntó si estábamos ya cerca de Taverney, y me ví precisado á contestarle que solo distábamos tres leguas.

—Torpe! exclamó el baron.

Pero la princesa, que segun creo, conoció mi embarazo:—No temais nada, me dijo; mi detencion será corta; y pues me amenazais con una acojida algo molesta, quedaremos pagados, puesto que yo tambien os incomodé á mi llegada á Stras-

burgo.— Cómo quereis, padre mio, que pudiera resistir á tan afectuosas palabras?

—Oh! seria imposible, interrumpió Andrea, y Su Alteza Real, segun parece bondadosa, se contentará, como ha dicho, con mis flores y una taza de leche.

—Sí, pero no quedará satisfecha con mis sillones que le destrozarán los huesos, ni con mis techos que le contristarán la vista. Lleve el diablo esos antojos!... Estamos bien! La Francia será bien gobernada por una mujer con semejantes caprichos!... Qué tal! Hé aquí la aurora de un próspero reinado!

—Dios mio! que digais semejantes cosas de una princesa que nos colma de honores!...

—Di mas bien que nos deshonra, gritó el anciano. Quién se acuerda ahora de los Taverney? Nadie! El nombre de nuestra familia se sepultó bajo las ruinas de Casa-Roja, y nunca esperé que de allí saliera hasta que la ocasion fuese oportuna; pero nó; hice mal al pensarlo así: el capricho de una niña, va á resucitarle empañado, lleno de polvo, mezquino y

miserable; y las gacetas siempre en acecho de cuanto es ridículo, para propagarlo escandalosamente, pues de ese modo comen, van á consignar en sus asquerosas columnas la visita de la gran princesa en el zaquizamí de Taverney. Vive Cristol... haré lo que he pensado.

Pronunció el baron con acento tan siniestro estas últimas palabras, que los dos jóvenes se llenaron de espanto.

—Padre, qué pensais hacer? preguntó Felipe.

—Digo, contestó Taverney mascullando las palabras, que yo me entiendo, y que si el duque de Mediana incendió su palacio para abrasar á una reina, bien puedo pegar fuego á un casucho para dispensarme de recibir á una princesa.... Dejad que venga.

Nuestros jóvenes, que solo pudieron comprender las últimas palabras, se miraban con inquietud.

—Dejadla venir, repitió el baron.

—Debe tardar muy poco, repuso Felipe. Tomé la trocha que cruza los bosques de Piedrafita para ganar algunos mi-

nutos á la escolta; pero esta debe estar ya muy cerca.

—En tal caso, no hay un momento que perder, añadió Taverney.

Y tan ágil como si tuviera veinte años, salió de la sala, entró corriendo en la cocina, y sacando del fogon un leño encendido, se dirigió apresuradamente hacia las trojes atestadas de paja, alfalfa y habichuelas secas. Ya aproximaba el fuego á los haces de forraje, cuando Bálamo apareció, y le detuvo el brazo.

—Qué haceis, caballero? le dijo arrancando con violencia el leño de las manos del anciano: la archiduquesa de Austria no es un Condestable cuya presencia mancille y degrade una casa hasta el punto de pegarle fuego antes de dejarle poner en ella los piés.

Sin sonreir como acostumbraba, el anciano se detuvo pálido y trémulo. Habiale sido preciso reunir todas sus fuerzas para adoptar por punto de honor (al menos así lo creia) una resolucion que convertia su mediania aun tolerable, en una completa miseria.

—Id, señor baron, id, añadió Bálamo; pues apenas teneis el tiempo preciso para quitaros esa bata y tomar un vestido decente. El baron de Taverney, era cuando le ví en Filipsburgo, caballero gran-cruz de San Luis. No conozco traje que deje de parecer rico y elegante con esa decoracion.

—Pero, caballero, repuso Taverney, de ese modo la princesa verá lo que quería que vos mismo ignoráseis, y es que soy desgraciado.

—Descuidad, baron; se la entretendrá de suerte, que ni aun podrá reparar si vuestro castillo es nuevo ó viejo, rico ó pobre. Sed mas hospitalario, pues á ello estais obligado como caballero. Qué harán los enemigos de Su Alteza Real, que á fé mia no son pocos, si los amigos incendian sus casas para no admitirla bajo su techo? No anticipemos las enemistades futuras: cada cosa á su tiempo.

Obedeció Taverney con aquella resignacion de que ya habia dado prueba, y fué á unirse á sus hijos, que inquietos por su ausencia, le buscaban en todas partes.

Bálsamo se retiró silenciosamente, como para acabar alguna obra comenzada.

CAPÍTULO XIV.

María-Antonieta-Josefa, archiduchesa de Austria.

Segun Bálsamo habia anunciado, no habia efectivamente ni un momento que perder, pues á pocos minutos un gran estruendo de carruajes, caballos y voces, resonó en el camino, tan silencioso de ordinario, que conducia al castillo del baron de Taverney.

Aparecieron al punto tres coches. Veíase brillar especialmente en uno, á pesar del polvo y fango que le cubría, la magnificencia de sus doraduras y bajos-relieves mitolójicos. Detuviéronse cerca de la gran puerta que tenia abierta Jilberto, cuyos ojos dilatados y con un temblor febril, indicaban la viva emocion que experimentaba su alma á vista de grandeza tanta.

Veinte jóvenes y brillantes jinetes, se

colocaron cerca del coche principal, mientras se apeaba, sostenida por un caballero vestido de negro y condecorado con el gran cordon de la Orden, una jóven de quince á diez y seis años, cuya cabellera, aunque sin polvos y arreglada con sencillez, no era parte para que dejara de elevarse un pié sobre su frente.

María-Antonieta llegaba á Francia con una reputacion de hermosura poco comun en las princesas destinadas á ocupar el trono de San Luis.

Lograríamos dificilmente hacer la exacta descripcion de sus ojos, que á pesar de no estar dotados de estraordinaria belleza, podian espresar todas las sensaciones, y en su mirada poseian la facultad de tornarse á su antojo, unas veces dulces y afables, otras imperiosos y altaneros. Su nariz era bien formada; el labio superior, agraciado y lleno de encanto; pero el inferior, aristocrática herencia de diez y siete Césares, demasiado grueso y caído, contrastaba algun tanto con las demás facciones de aquel bello rostro, y solo convenia con ellas cuando

su semblante tomaba la espresion de la cólera ó de la indignacion. Su tez era admirable: veíasele correr la sangre bajo el tisú delicado de su piel: su pecho, garganta y espaldas, eran de estremada belleza, y sus manos, verdaderamente reales. Su andar, ora se mostraba firme, noble y algun tanto apresurado; ora por el contrario, afeminado, muelle y aun cariñoso. Jamás mujer saludó con mas gracia; ni reina con mas ciencia. Inclinando una sola vez su cabeza ante diez personas, todas quedaban satisfechas, y á todas daba lo que les correspondia con aquella única reverencia.

Su sonrisa y mirada manifestaban contento y satisfaccion, y se hallaba al parecer decidida á no mostrarse como princesa en todo aquel dia. Dulce tranquilidad brillaba en su semblante, y sus ojos estaban animados de la mas encantadora benevolencia. Vestía un traje de seda blanco, y una manteleta de espesos encajes, pendia graciosamente de sus brazos enteramente desnudos.

Apenas puso el pié en tierra, se vol-

vió para dar la mano á una de sus damas de honor de avanzada edad, y reusando el brazo que le ofrecia el caballero del vestido negro y cordon azul, se adelantó tendiendo ávidas miradas á cuanto la rodeaba. Su corazon tomó desconocida expansion, y parecia aprovecharse enteramente de aquella libertad que tan raras veces disfrutára.

—Oh! qué ameno es este sitio! qué hermosa la arboleda! qué linda es esa casita! Dichoso el que respira este aire tan puro, y puede vivir bajo la sombra de estos árboles!

En este momento llegó Felipe de Taverney seguido de Andrea con sus cabellos trenzados y un traje de seda gris, dando el brazo al baron, vestido con un elegante frac de terciopelo azul, últimos restos de su antigua magnificencia, sin echar en olvido, segun la recomendacion de Bálsamo, su gran cruz de San Luis.

Detúvose la princesa al divisar aquellas personas que hácia ella se dirijian, y en torno suyo se agrupó su corte, compuesta de oficiales con los caballos del

diestro, y cortesanos con los sombreros en la mano, apoyándose unos en los brazos de los otros y hablándose al oído.

Felipe se aproximó pálido de emoción, con una nobleza llena de melancolía.

—Señora, dijo: si Vuestra Alteza Real lo permite, tendré el honor de presentarnos al baron de Taverney-Casa-Rosa, mi padre, y á la señorita Clara Andrea de Taverney, mi hermana.

El baron se inclinó profundamente, como un hombre que está habituado á saludar á las reinas, y Andrea desplegó toda la gracia de una elegante timidez, y la lisonjera política de un sincero respeto.

Contempló María-Antonieta á ambos jóvenes, y recordando cuanto Felipe la habia dicho sobre la pobreza de su padre, conoció cuán grande debia ser su tormento.

—Señora, dijo el baron con voz llena de gravedad: Vuestra Alteza Real honra demasiado el castillo de Taverney. Tan humilde morada no es digna de recibir tanta nobleza y hermosura.

—Sé que me hallo en la casa de un

antiguo soldado de Francia, contestó la princesa; y mi madre la emperatriz María-Teresa, que ha hecho largo tiempo la guerra, me ha dicho que en este país los mas ricos en gloria, son casi siempre los mas pobres en dinero.

Y alargó con inefable gracia su hermosa mano á Andrea, quien la besó arrodillándose.

Entretanto el baron, entregado á la idea que le dominaba, permanecia asustado al ver aquella muchedumbre que iba á ocupar su pequeña casa, en que faltarían los asientos, cuando la princesa le sacó de su perplejidad, pues dirijiéndose á los que componian su escolta:

—Señores, dijo, no debeis sufrir la incomodidad de mis caprichos, ni tampoco quiero que goceis del privilejio de una princesa: por tanto, tendreis la bondad de aguardarme aquí; volveré antes de una hora. Acompañadme, mi querida Lanjershausen, añadió en aleman á la señora á quien habia ayudado á bajar del coche. Seguidnos vos tambien, pro-

siguió volviéndose hacia el caballero vestido de negro.

Este, que bajo la sencillez de su vestido se hacia notar por su elegancia, tendría cuando mas treinta años, buen semblante y aire agradable. Se apartó al oír la orden de la princesa, para dejarla libre el paso. Ésta llamó á Andrea, é hizo una seña á Felipe para que se pusiese junto á su hermana.

El baron quedó en compañía de aquel personaje, eminente sin duda, á quien la princesa concedia el honor de seguirla.

—Conque sois un Taverney—Casa—Roja? dijo éste al baron, manoseando con impertinencia aristocrática su magnífica pechera de encaje de Inglaterra.

—Decid vuestro tratamiento para contestaros, repuso aquel con un descaro que en nada cedía al del caballero de lo negro.

—Podeis llamarme lisa y llanamente *principe* ó *Vuestra Eminencia*; como querais.

—Pues sí: digo á *Vuestra Eminencia* que soy un verdadero Taverney—Casa—Roja, contestó el baron sin abandonar el tono de burla que rara vez perdía.

Su Eminencia, que tenia aquel tacto fino de los grandes señores, conoció que el que con él conversaba, no era, como creyó al principio, un hidalgo cualquiera.

—Este castillo será vuestra casa de recreo durante el verano?

—Y en invierno tambien, replicó Taverney, deseando cortar aquellas desagradables interrogaciones, y acompañando sin embargo cada respuesta con una cortés reverencia.

Entretanto, Felipe volvía de tiempo en tiempo la vista llena de inquietud hacia su padre. La casa principiaba efectivamente á verse, amenazando manifestar irónica y despiadadamente su pobreza. Ya alargaba con resignacion el baron su mano hacia el umbral, cuando la princesa, volviéndose hacia él, le dijo:

—Dispensadme, caballero, si no entro: me agradan tanto estas sombras, que en ellas pasaria gustosa toda mi vida. Estoy cansada de salones, y hace quince dias que en ellos me reciben; á mí á quien solo recrea el aire, la arboleda y el perfume de las flores.

Y dirijiéndose á Andrea:

—Tendreis la bondad de mandar que me traigan una taza de leche bajo estos frondosos árboles.

—Cómo! dijo el baron palideciendo. Osariamos ofrecer á Vuestra Alteza semejante colacion!...

—Prefiero á todo, leche y huevos frescos, pues de esto se componian mis banquetes en Schœnbrunn.

Al punto La-Brie, radiante y henchido de orgullo con una magnífica librea y una servilleta en la mano, apareció por entre un emparrado de jazmines, á cuya sombra hacia ya algunos instantes que la princesa deseaba sentarse.

—Su Alteza Real está servida, dijo con acento sonoro, al par que lleno de respeto.

—Cómo! Segun veo, esta casa es de algun hechicero, dijo la princesa riendo; y se dirijió con precipitacion hacia el odorífero emparrado.

Lleno de inquietud y olvidando la etiqueta, el baron siguió á María-Antonietta, dejando solo al caballero á quien acompañaba.

Felipe y Andrea se miraban con admiracion y ansiedad.

La princesa dió un grito de sorpresa al llegar bajo los verdosos arcos, y el baron no pudo reprimir un suspiro de satisfaccion. Andrea, dejando caer sus manos, parecia querer decir en su asombro:

—Qué es esto, Dios mio?

Maria-Antonieta habia advertido aquella pantomima; su intelijencia habria podido comprender aquellos misterios, si su corazon no se los hubiera ya revelado.

Bajo las frescas enredaderas formadas por clemátidas, jazmines y madreselvas, cuyos nudosos tallos arrojaban multitud de frondosas ramas, veíase una mesa que deslumbraba por el brillo del cincelado servicio de plata sobredorada, y la blancura de los manteles adamascados que la cubrian.

Diez cubiertos, esperaban otros tantos convidados.

Una esquisita merienda atrajo al punto, por su singularidad, la atencion de la princesa.

Componíase de frutas exóticas bañadas en azúcar, dulces secos de todos los países, bizcochos de Alep, naranjas de Malta, limones y toronjas de extraordinaria magnitud, colocadas en anchas copas. En fin, los vinos mas esquisitos y nobles por su orijen, brillaban con los diversos matices del rubí y del topacio en cuatro magníficas garrafas, vaciadas y grabadas en Persia.

Un jarro de plata sobredorada, contenía la leche que la Princesa habia pedido.

Miró entonces en torno suyo, y pudo ver á sus huéspedes pálidos y azorados. Los de la escolta se admiraban y regocijaban, sin poder llegar á comprender nada.

—Me esperábais, caballero? Preguntó la princesa al baron de Taverney.

—Yo, Señora? balbuceó este.

—Sin duda; no es posible hacer semejantes preparativos en el breve espacio de tiempo que hace estoy en vuestra casa, pues apenas llega á diez minutos.

Al concluir esta frase, miró á La-Brie como dando á entender:

—Y con solo ese criado!

—Señora, contestó Taverney, es cierto que esperaba á Vuestra Alteza Real, ó por mejor decir, estaba prevenido de su llegada.

—Os ha escrito vuestro hijo? preguntó aquella señalando á Felipe.

—No, señora.

—Nadie sabía que hubiese de detenerme aquí, y casi diré que aun yo misma lo ignoraba; pues tratando de ocultarme ese deseo, para no motivar la incomodidad que he causado, hasta esta noche pasada no he hablado de ello á vuestro señor hijo, quien hace una hora escasa se separó de mí, y solo habrá podido precederme algunos minutos.

—En efecto, señora, un cuarto de hora cuando mas.

—Será una hada la que os habrá revelado toda esta ocurrencia; la madrina de esta señorita quizás, añadió Maria-Antonieta, sonriendo y mirando á Andrea.

—Señora, dijo el baron ofreciéndola

un asiento, no ha sido una hada la que me ha noticiado tan fausto suceso: es...

—Es? repitió la princesa, notando que aquel titubeaba.

—Un hechicero.

—Un hechicero! Veamos.

—Nada podré deciros, puesto que no entiendo de májia, pero si debere afirmar que á él solo debo haber podido recibiros con alguna decencia.

—Una vez que esta colacion es obra de hechicería, á nada tocaremos; y Su Eminencia se ha dado demasiada prisa, continuó hablando con el caballero del vestido negro, en abrir ese pastel de Strasburgo, pues aseguro no lo hemos de probar. Y vos, amiga mia, añadió á su camarista, desconfiad como yo de ese vino de Chipre.

Y diciendo esto, llenó un cubilete de oro, del agua que contenia una garrafa de cristal redonda como un globo.

—En efecto, dijo Andrea! con asombro. Su Alteza tiene quizá razon....

Estremeciase Felipe de sorpresa, é ignorando los acontecimientos de la vispe-

ra, miraba alternativamente á su padre y á su hermana, queriendo adivinar en sus semblantes, lo que ellos mismos ignoraban.

—Pecais, señor Cardenal, dijo la princesa, contra los dogmas de la relijion.

—Señora, contestó el prelado: nosotros príncipes.... de la iglesia, somos demasiado mundanos para creer que las cóleras celestes se estrellen sobre vituallas, y muy humanos para echar al fuego á un hechicero, por obsequiarnos con tan ricos manjares.

—No os burleis, monseñor, interrumpió el baron. Juro á Vuestra Eminencia, que el autor de cuanto teneis á la vista, es un hechicero, el cual me pronosticó con una hora de anticipacion la llegada de Su Alteza y de mi hijo.

—Una hora antes!! repitió la princesa.

—Sí: cuando mas.

—Y habeis podido durante ese tiempo preparar esta mesa, y poner en contribucion las cuatro partes del mundo para reunir estas frutas, y traer vinos de Tokey, Constancia, Chipre y Málaga? En-

tonces os tengo por mas hechicero que ese de quien hablais.

—No, señora; ha sido él, y siempre él.

—Cómo! decís que él....

—Ha hecho salir de la tierra esta mesa, tal cual la estais viendo.

—Podeis jurarlo? preguntó María-Antonieta.

—A fé de caballero, contestó Taverney.

—Canario! dijo el Cardenal poniéndose serio y abandonando su plato; creí que bromeábais.

—No, Eminentísimo Señor.

—Conque teneis en vuestra casa un hechicero?

—Un verdadero hechicero!... y no pondría dificultad en creer que el oro de que está compuesta esa vajilla, es hechura suya.

—Cómo! Conoce la piedra filosofal! gritó el Cardenal brillándole los ojos de codicia.

—Hola! dijo la princesa; sea enhorabuena, señor Cardenal; dichoso encuentro para vos, que habeis empleado toda

vuestra vida en buscarla, sin poder dar con ella!...

—Confieso á Vuestra Alteza, contes-
tó Su Eminencia mundana, que nada es
para mí tan interesante como lo sobre-
natural, y nada tan curioso como lo im-
posible.

—Me parece que he tocado vuestro
punto vulnerable, repuso María-Antonie-
ta. No hay hombre grande sin misterio,
y mucho menos si es diplomático. Debo
preveniros sin embargo, que tambien en-
tiendo de sortilejos, y á veces descubro
cosas, que aun cuando no sean imposi-
bles ni sobrenaturales, son... increíbles.

Esto era sin duda un enigma que úni-
camente podía comprender el Cardenal;
pues no pudo disimular su turbacion.
Tampoco negaremos que la mirada tan
dulce de la princesa, se habia encen-
dido al hablarle, de un modo que anun-
ciaba una tempestad interior.

—Sin embargo, solo brilló el relám-
pago, y María-Antonieta algo sosegada,
prosiguió:

—Vamos, señor de Taverney, para

completar la fiesta, traed ese hechicero. ¿Dónde está? En qué cajita le teneis guardado?

—Paréceme, replicó el baron, que él sí podría encerrar en una cajita á mí y á toda la casa.

—En verdad que vais escitando mi curiosidad. Llamadle, quiero verle.

El baron que permanecía de pies junto á sus hijos, conoció que el acento con que la princesa pronunciaba estas palabras, no admitía réplica, á pesar de ir acompañadas del mayor agrado. Hizo por tanto una señal á La-Brie, que en vez de servir, consideraba todos aquellos ilustres personajes, y manifestaba con aquella contemplacion, creerse compesado de veinte años de salario atrasado.

Habiendo éste alzado la cabeza, Taverney le dijo:

—Id y anunciad al señor baron José Bálamo, que Su Alteza Real, la princesa Maria-Antonieta, desea verle.

El criado obedeció.

—José Bálamo!... qué extraño nombre! dijo la princesa.

—José Bálamo!... repitió pensativo el Cardenal. Paréceme que conozco....

Pasaron cinco minutos de silencio, sin que nadie pensase en interrumpirlo.

Andrea temblaba.... Unos pasos hicieron su oído mucho antes que se hiciesen perceptibles á los demás.

El follaje se conmovió; apartáronse las ramas, y José Bálamo apareció frente á María-Antonieta.

CAPÍTULO XV.

La Majla.

Inclinóse humildemente el extranjero; y alzando luego su rostro lleno de inteligencia y de espresion, fijó aunque con respeto su mirada sobre la princesa, y esperó silenciosamente que ésta le interrogase.

—Si sois vos de quien acaba de hablar el señor de Taverney, dijo María-Antonieta, aproximaos, caballero, y veremos de qué manera está formado un hechicero.

Inclinóse segunda vez Bálamo, y dió un paso hacia adelante.

—Pronosticais por oficio? dijo la princesa mirándole con mas curiosidad que ella misma quisiera concederle, y bebiendo á sorbos la leche.

—Aun cuando no lo hago por oficio, pronostico, señora.

—Hemos sido educados en la verdadera fé, y solo creemos en los misterios de la religion católica.

—Son muy respetables sin duda, contestó Bálamo con profundo recojimiento. Sin embargo, hé aquí al señor Cardenal de Roan, quien á pesar de ser príncipe de la iglesia, podrá decir á Vuestra Alteza que existen otros misterios dignos tambien de respeto.

Conmovióse el Cardenal: á nadie habia dicho su nombre: nadie lo habia pronunciado; y el extranjero le conocía.

Demostrando no reparar esta circunstancia, María-Antonieta prosiguió:

—Confesareis sin embargo, que son los únicos que se veneran.

—Señora, contestó Bálamo con igual

respeto y firmeza; junto á la fé se halla la certidumbre.

—Son algun tanto oscuras vuestras palabras, señor mago, y aun cuando mi corazon es enteramente francés, mi inteligencia todavía conoce poco las sutilezas de la lengua. Me han dicho que Mr. de Bievre me instruiria de todo; pero mientras se verifica, me veo precisada á decirlos que seais menos enigmático si quereis que os comprenda.

—Y yo, contestó Bálamo balanceando su cabeza con melancólica sonrisa; pido permiso á Vuestra Alteza para continuar hablando como hasta ahora. Sentiria demasiado rasgar un velo que mostraria á tan alta princesa un porvenir tan distinto tal vez del que espera.

—Oh! oh! Esto es mas importante, y este caballero quiere escitar mi curiosidad con la esperanza de que le obligue á decirme la buena ventura.

—Al contrario: Dios me libre de verme precisado á ello, replicó con frialdad el extranjero.

—Así lo creo, pues os veriais muy

comprometido, dijo la princesa riendo.

Empero esta risa cesó, sin que alguno de sus cortesanos la acompañara. Todos sufrían la poderosa influencia de aquel hombre singular, que era en aquel momento centro de la atención jeneral.

—Vamos, confesadlo francamente.

Bálsamo se inclinó sin contestar.

—No sois vos quien ha anunciado mi llegada al señor de Taverney? preguntó María—Antonieta con algunas señales de impaciencia.

—Señora, yo he sido.

—Baron, quereis decirme cómo? preguntó la princesa principiando á experimentar deseo de oír otra voz en el extraño diálogo que ya acaso sentía haber entablado, pero que no quería sin embargo abandonar.

—Del modo mas sencillo, contestó Taverney; mirando un vaso de agua.

—Es cierto? dijo la princesa volviéndose á Bálsamo.

—Sí señora, contestó éste.

—Si ese es vuestro libro mágico, me parece inocente. Quiera Dios que vuestras

palabras sean tan claras.

—Sonrióse el Cardenal. Taverney se aproximó entonces, y dijo:

—Paréceme, señora, que Vuestra Alteza Real tendrá que aprender muy poco de Mr. de Bievre.

—Señor baron, contestó con agrado la princesa; ó no me aduleis ó aduladme mejor. No encuentro mérito en lo que he dicho. Volvamos al señor.

Y María-Antonieta se dirigió al viajero, hacia el cual se veía arrastrada por un poder irresistible, como á veces sucede cuando nos encaminamos hacia un punto en que nos aguarda una desgracia.

—Puesto que para el señor habeis leído el porvenir en su vaso, imagino no tendreis dificultad en hacerlo para mí en una garrafa.

—Sin duda; contestó Bálamo.

—Y por qué lo reusábais?

—Porque es incierto el porvenir, señora, y podría descubrir en él algun nublado....

El viajero se detuvo.

—Y bien? dijo la princesa.

—Quedaría como tuve el honor de esponder hace poco, con el sentimiento de haber contristado á Vuestra Alteza Real.

—Me conocíais antes, ó me veis por primera vez?

—Tuve la honra de ver á Vuestra Alteza Real con su augusta madre en su país nativo.

—Que habeis visto á mi madre!...

—Sí, señora: es una augusta y poderosa reina.

—Emperatriz queríeis decir, caballero.

—Quiero decir reina, por su corazón y talentos; y sin embargo....

—Reticencias hablando de mi madre! dijo María-Antonieta con el mayor desden.

—Los mas nobles corazones, tienen sus debilidades, y mucho mas cuando piensan que se trata de la felicidad de sus hijos.

—Creo que nunca podrá la historia justificar ni un solo defecto á María-Teresa.

—Porque ignorará lo que solo la emperatriz Maria-Teresa, Vuestra Alteza Real y yo sabemos.

—Cómo! Hay algun secreto entre los tres? dijo sonriendo con desprecio la princesa.

—Entre los tres, señora; contestó Bál-samo con calma; entre los tres.

—Decidlo, caballero.

—Si lo digo, dejará de serlo.

—No importa; veamos.

—Lo desea Vuestra Alteza Real?

—Lo quiero.

Bál-samo se inclinó, y dijo:

—Hay en el palacio de Schoënbrun un aposento llamado el gabinete de Sajonia, á causa de los magníficos vasos de china que encierra.

—Es cierto. Seguid.

—Este gabinete hace parte del departamento particular de Su Majestad la emperatriz María-Teresa.

—Asi es.

—Y en él tiene por costumbre escribir su correspondencia íntima.

—Bien.

—Sobre un magnífico bufete de Boule que el rey Luis XV regaló á Francisco I....

—Todo cuanto hasta ahora habeis dicho, es verdadero, interrumpió la princesa; pero todo el mundo puede fácilmente saberlo.

—Dignese Vuestra Alteza tener paciencia.... Un dia, serian las siete de la mañana, y aun no se habia levantado la emperatriz, cuando Vuestra Alteza entró en ese gabinete por una puerta que le era particularmente conocida, pues entre las augustas hijas de S. M. la emperatriz, Vuestra Alteza era la predilecta.

—Continuad, caballero.

—Vuestra Alteza se aproximó al bufete, sobre el cual habia una carta abierta que la emperatriz habia escrito la víspera.

—Y bien?

—Y bien! Vuestra Alteza la leyó.

Un vivo encarnado coloreó las mejillas de Maria-Antonieta.

—Algunas espresiones disgustaron sin duda á Vuestra Alteza; pues despues de leerla, tomó la pluma, y con su propia mano....

La princesa esperaba al parecer con

ansiedad. Bálsamo prosiguió:

—Borró tres palabras.

—Cuáles eran esas tres palabras? gritó con prontitud María—Antonieta.

—Las primeras de la carta.

—No os pregunto el lugar que ocupaban, sino su significado.

—Demostraban sin duda demasiado afecto hacia la persona á quien se dirijian, y hé aquí la debilidad de que he dicho, que una vez al menos hubieran podido acusar á vuestra augusta madre.

—Os acordais de esas tres palabras?

—Me acuerdo.

—Podeis repetírmelas?

—Sin duda.

—Decidlas.

—En voz alta?

—Sí.

—*Mi querida amiga.*

María—Antonieta se mordió los lábios, palideciendo.

—Vuestra Alteza Real desea que ahora diga á quien iba dirijida la carta?

—Nó.... quiero que me lo escribais.

Sacó Bálsamo un librito de memoria

con manecillas de oro, escribió algunas palabras en una de sus hojas con un lápiz del mismo metal, la desgarró, é inclinándose, presentola á la princesa.

Tomó María-Antonieta la hoja de papel, y leyó:

—La carta habia sido dirigida á la *marquesa de Pompadour*, querida del rey Luis XV.

Alzó María-Antonieta su vista con admiracion hacia aquel hombre, cuyas secas palabras, firme y clara voz, parecian tener predominio sobre ella á pesar de saludarla con humildad.

—Es cierto cuanto acabais de decir; y aun cuando ignoro los medios de que os habeis valido para sorprender este secreto, como no puedo mentir, repito en voz alta, que es cierto.

—Entonces, dijo Bálamo, suplico á Vuestra Alteza, me permita retirarme, y quede satisfecha, con este inocente testimonio, de mi ciencia.

—Nó señor, replicó María-Antonieta. Mientras mas sábio pareceis á mis ojos, mayor es mi deseo de oir vuestros pro-

nósticos. Solo habeis hablado del pasado; ahora quiero me manifesteis el porvenir.

Pronunció la princesa estas palabras con una agitacion febril, que en vano procuraba ocultar á los que la escuchaban.

—Estoy pronto, repuso Bálamo; y sin embargo reitero á Vuestra Alteza Real mi súplica anterior.

—Jamás he repetido *quiero*, y recordad que ya lo he dicho una vez.

—Permitid al menos, señora, que consulte el oráculo, dijo el viájero en tono suplicante, y conoceré si puedo revelar el porvenir á Vuestra Alteza Real.

—Bueno ó malo, lo exijo. Me comprendeis, caballero? dijo María Antonieta con creciente irritacion. Si es bueno, no lo creeré, tomándolo por una lisonja; y malo, lo consideraré como un aviso; pero de cualquier manera os lo agradeceré. Ya podeis comenzar, añadió con un tono que no admitia ni observacion ni demora.

Todos callaron, y Bálamo, tomando la esférica garrafa de que ya hemos hablado, la colocó sobre una copa de oro.

Asi iluminada, el agua brilló con

cambiantes reflejos, que mezclados á las nacaradas paredes y al diamante del centro, parecian manifestar algun significado á las atentas miradas del adivino.

Elevóla entonces éste con ambas manos, y despues de haberla considerado durante algunos instantes con la mayor atencion, meneó la cabeza y la volvió á poner sobre la mesa.

—Y bien? preguntó la princesa.

—No me es posible hablar, contestó el extranjero.

—Ya se verá como obligo á hablar á los que se niegan, murmuró María-Antonieta; y alzando la voz, añadió:

—Porque nada teneis que decirme.

—Hay ciertas cosas que nunca deben decirse á los príncipes, replicó Bálamo con un acento que indicaba estar decidido á resistirse á la orden de María-Antonieta.

—Y mucho mas cuando esas cosas se traducen por la palabra—nada.

—Muy al contrario, señora: no es eso lo que me detiene.

Sonriose con desprecio la princesa.

Bálamo estaba al parecer turbado:

el Cardenal principiaba á mofarse, y el baron se aproximó refunfuñando.

—Hola! hola! Conque mi hechicero ha perdido ya su virtud!... Válgame Dios! qué poco ha durado! Imagino que solo nos resta ver ahora todas esas tazas de oro convertirse en hojas de viña, como en el cuento oriental.

—Mas me hubiera seguramente alegrado ver solo esas hojas que habeis dicho, que tanta ostentacion como ha desplegado el señor para lograr serme presentado.

—Señora, dijo Bálamo palideciendo: debiérais recordar que no he solicitado ese honor.

—Sí; pero no era muy difícil acertar que yo hubiera solicitado veros.

—Perdonadle, señora, dijo Andrea en voz baja; ha creido hacer bien.

—Y yo digo que ha hecho mal, replicó María—Antonietá con voz que solo pudo ser oida del viajero y de Andrea; nadie se realza humillando á un anciano; y cuando una princesa de Francia puede beber en el vaso de estaño de un caba-

llero, no se la obliga á beber en una copa de oro de un charlatan.

Estremeciose Bálamo como si hubiera sentido la picada de una víbora.

—Señora, contestó con voz airada; estoy pronto á haceros conocer vuestro destino, puesto que vuestra ceguedad os impele á saberlo.

Y concluyó estas palabras con tono tan firme y amenazador, que los asistentes sintieron su sangre helarse en sus venas, y la jóven archiduquesa perdió enteramente el color.

—*Gibh im kein gehær meine Tochter*, (1) dijo en aleman la señora anciana á María-Antonieta.

—*Lass sie hærren, sie hal wissen wollen, und so soll sie wissen*, (2) contestó Bálamo en la misma lengua.

Estas palabras que fueron pronunciadas en idioma extranjero, y que solo pudieron comprender algunas personas, aumentaron el misterio de aquella situacion.

(1) No le escucheis, hija mia.

(2) Dejadla que escuche; ha querido saber, y sabrá.

Vamos, dijo la princesa á pesar de los esfuerzos de su tutora; vamos, que hable. Si le mandase callar ahora, creería tengo miedo.

Dibujose una furtiva sonrisa en los labios del pronosticador al oír estas palabras.

—Bien dije, murmuró, que todo era fanfarronada.

—Hablad, dijo la princesa, hablad, caballero.

—Conque Vuestra Alteza Real lo exige?

—Cuando tomo una decision, nunca me arrepiento.

—Pues entonces, solo á vos, señora.

—Enhorabuena, dijo María-Antonieta: quiero estrecharle hasta en sus últimas trincheras. Alejaos.

Todos se retiraron, pues con una señal que hizo, manifestó que la orden era jeneral.

—Este es un medio como cualquiera otro para conseguir una audiencia particular, dijo la princesa volviéndose á Balsamo; no es así, caballero?

—No trateis de irritarme, señora, contestó este; yo solo soy el instrumento de que Dios se sirve para iluminaros. Insultad la suerte; nada le quedareis á deber; pues tarde ó temprano se vengará de vos; yo únicamente revelo sus caprichos. No hagais recaer sobre mí la ira que produce en vos mi tardanza, no hagais que pague las desgracias de que soy únicamente el siniestro heraldo.

—Decís que son desgracias? dijo la princesa sosegada por la respetuosa expresion de su interlocutor, y desarmada con su aparente resignacion.

—Sí, señora, y muy grandes.

—No me oculteis ninguna.

—Trataré de hacerlo así.

—Veamos.

—Preguntad.

—En primer lugar, decidme: vivirá feliz mi familia?

—Cuál? La que habeis dejado, ó la que os espera.

—Mi verdadera familia; mi madre María-Teresa, José mi hermano, y mi hermana Carolina.



—Vuestras desgracias no podrán alcanzarles.

—Conque están destinadas personalmente á mí?

—Y á vuestra futura familia.

—Podeis manifestarlas con claridad?

—No puedo.

—La familia real, está compuesta de tres príncipes.

—Asi es.

—El duque de Berry, y los condes de Provenza y Artois.

—Bien.

—Cual es su destino?

—Reinaran los tres.

—Y yo no tendré hijos?

—Si, los tendreis.

—Pero no varones.

—Sí señora, varones.

—Y tendré el sentimiento de verlos morir?

—Llorareis la muerte del uno y la vida del otro.

—Me amará mi esposo?

—Sí

—Mucho?

—Demasiado!

—No comprendo qué desgracias puedan alcanzarme, querida de mi esposo y protegida de mi familia.

—Uno y otra os faltarán.

—Me quedará el amor del pueblo, y á él me acojeré.

—El amor y el amparo del pueblo!... es el Occéano en bonanza.... Habéis visto sus embravecidas olas durante una tempestad?...

—Obrando bien, evitaré esa tempestad; y si con todo se suscita, me elevaré con ella.

—Ignorais que mientras mas alta es la oleada, tanto mayor es el precipicio?

—Dios me quedará.

—Tened presente que Dios no defiende una cabeza por él mismo sentenciada.

—Qué decís, caballero! no llegaré á ser reina?

—Al contrario, señora; ojalá no lo fuéseis!

Sonrió con desprecio la jóven.

—Escuchadme, señora, añadió Bálamo, y nunca olvideis lo que os voy á decir.

—Os escucho, contestó la princesa.

—Reparásteis las colgaduras que cubrían las paredes del primer aposento en que pasásteis la noche al entrar en Francia?

—Sí, contestó estremeciéndose María-Antonieta.

—Qué representaban?

—La degollacion.... de los inocentes.

—Confesad que no habeis podido desechar de vuestra memoria los siniestros semblantes de los asesinos.

—Cierto es, caballero.

—Y durante la tormenta, nada habeis reparado?

—Un rayo que abrasó á mi izquierda el tronco de un árbol, que al caer, estuvo á pique de destrozar mi carruaje.

—Paréceme que esos acontecimientos pueden llamarse presajios, dijo Bálamo con lúgubre acento.

—Funestos?

—Difícilmente pudieran interpretarse de otro modo.

Inclinó María-Antonieta la cabeza en su seno, y alzándola despues de un instante de silenciosa meditacion, añadió:

—Cómo morirá mi esposo?

—Decapitado.

—Y el conde de Provenza?

—Sin piernas.

—El de Artois?...

—Sin corte.

—Y yo?

Bálsamo ajitó su cabeza sin contestar.

—Hablad, caballero.... hablad, gritó María-Antonieta.

—Nada mas puedo decir.

—Yo quiero que habléis! repitió exaltada la princesa.

—Señora.... por piedad!...

—Oh!... hablad....

—Jamás!... Señora, jamás!

—Hablad, caballero, gritó de nuevo María-Antonieta con tono de amenaza: hablad, ó me obligareis á creer que esto solo ha sido una ridícula comedia. Además, quiero que recuerdeis, que nadie se burla impunemente de una hija de María-Teresa; de una mujer.... que en sus manos tiene la vida de treinta millones de hombres.

Bálsamo permaneció mudo á pesar de

esta amenaza.

—Vamos, declarad que nada mas sabéis, añadió la princesa encojiéndose de hombros con desprecio; ó mas bien, que vuestra imaginacion está ya agotada.

—Os repito que nada ignoro; y pues absolutamente lo deseais....

—Sí, lo quiero.

Tomó Bálsamo la garrafa, la depositó en el interior de un oscuro pabellon, formado á manera de gruta por algunos peñascos artificiales, y asiendo de la mano á la archiduquesa, la condujo á aquella ennegrecida bóveda. Esta se llenó de pavor al ver la vehemente accion del extranjero.

—Estais dispuesta? la dijo.

—Sí.

—Pues entonces.... de rodillas, señora, de rodillas, y estareis en posicion de pedir al cielo os evite el terrible fin que vais á presenciar.

Obedeció maquinalmente la princesa, y cayó postrada en tierra.

Bálsamo tocó entonces con su varilla el globo de cristal, en cuyo centro apare-

ció sin duda, alguna sombría y terrible figura.

Hizo María-Antonieta los mayores esfuerzos por levantarse; pero vaciló un momento, volvió á caer, arrojó un grito terrible y quedó desmayada.

—El baron acudió precipitadamente, y la encontró sin sentido.

Volvió en sí al cabo de algunos minutos, y pasando sus manos por la frente, como una persona que trata de reunir sus ideas, exclamó con un acento de indecible espanto.

—La garrafa! la garrafa!

Presentósele el baron: el agua estaba limpia y sin una sola mancha.

Bálsamo habia desaparecido.

CAPÍTULO XVI.

El baron de Taverney cree en fin vislumbrar un rayo de ventura.

Ya dijimos que el primero que tuvo conocimiento del desmayo de la señora princesa, fué el baron de Taverney; pues

estaba en acecho, inquieto mas que otro alguno de lo que iba á suceder entre ella y el hechicero. Habiendo oido el grito que arrojó la princesa, fué con diligencia hacia el sitio donde ésta se hallaba, y pudo ver á Bálamo que se lanzaba fuera del pabellon.

La primer palabra de María-Antonietta, fué para pedir la garrafa, y la segunda, para prevenir que no se hiciese daño al pronosticador. Era tiempo, pues Felipe de Taverney se detuvo á esta órden, cuando ya volaba como un leon irritado en persecucion de Bálamo.

Su dama de honor se aproximó entonces á ella, y le hizo algunas preguntas en aleman, á las que solo contestó, que en nada le habia perdido Bálamo el respeto, y que fatigada sin duda por la duracion de aquel viaje y por la tormenta de la vispera, se veia acometida por algun acceso de fiebre nerviosa.

Esta contestacion fué traducida á Mr. de Rohan, que sin atreverse á preguntar, aguardaba le hiciesen alguna aclaracion.

Siendo costumbre en la corte quedar satisfechos con media respuesta, nadie opuso la menor objecion, aun cuando la de la princesa no satisfizo completamente á ninguno: por tanto, Felipe, dirijiéndose á ella, dijo:

—Para cumplir la órden de Su Alteza Real, vengo á pesar mio á recordarle, que ya ha pasado la media hora que tenia destinada para descansar, y que los caballos están dispuestos.

—Está muy bien, caballero, contestó con agraciado ademán de penosa dejadez; pero me veo precisada á derogar mi anterior disposicion. No estoy en estado de ponerme en camino en este momento, y... si durmiese algunas horas.... me encontraría aliviada.

El baron perdió el color, y Andrea le miró con inquietud.

—Bien sabe Vuestra Alteza cuán indigno de vos es este castillo, dijo Taverney lleno de confusion.

—Ah! os lo suplico, caballero.... contestó María-Antonieta con el tono de una persona próxima á desmayarse; todo es—

tá bien con tal que descanse.

Andrea se alejó al punto para mandar preparar su aposento, que á pesar de no ser el mayor ni el mas adornado, se encontraban en él, (como habitacion de una jóven aristócrata aun cuando fuera pobre como Andrea) ciertos visos de coqueteria que halagan siempre la vista de otra mujer.

Todos se esmeraron en servir á Maria-Antonieta; pero ésta, como si no tuviese alientos ni aun para hablar, hizo un signo con su mano acompañado de melancólica sonrisa, manifestando deseaba estar sola.

Todos se retiraron por segunda vez. Siguiólos la princesa con la vista hasta que desaparecieron enteramente, y apoyando sobre una mano su pálida frente, quedó pensativa.

Los presajios que la acompañaban á Francia no eran efectivamente terribles? Aquel aposento donde durmió en Strasburgo; el primero donde puso los piés al tocar el suelo donde debia ser reina, y cuya tapicería representaba el degüe-

llo de los inocentes!... Aquel rayo que habia destrozado la víspera un árbol junto á su coche, y el pronóstico que le hiciera aquel hombre extraordinario, seguido de la misteriosa aparicion cuyo secreto estaba al parecer decidida á no revelar!!...

Volvió la hija del baron unos diez minutos despues, para anunciar estaba ya dispuesta la habitacion, y penetró hasta la enramada, no conceptuando que á ella tambien comprendiese la orden de Su Alteza Real.

Estaba al parecer tan sumerjida en profunda meditacion, que la hija del baron permaneció de piés y con el mayor silencio, temiendo interrumpirla; pero María-Antonieta alzó su cabeza, é hizo sonriéndose, una señal con la mano.

—El aposento de Vuestra Alteza está preparado, y únicamente osamos suplicarla....

María-Antonieta le cortó la palabra.

—Mucho os lo agradezco. Tened la bondad de llamar á la condesa de Lanjershausen, y servidnos de guia.

Obedeció Andrea, y la anciana señora se aproximó presurosa.

—Dadme el brazo, mi buena Bríjida, pues no me siento en verdad con fuerzas para andar sola.

Así lo hizo la condesa, y Andrea se adelantó para ayudarla.

—Cómo! Comprendeis el alemán, señorita? preguntó María—Antonieta.

—Sí, señora, contestó aquella; y lo hablo también un poco.

—Mucho me alegro, exclamó la princesa llena de gozo. Oh! cuánto conviene á mis proyectos!

A pesar del deseo que la hija del baron tuviera en conocer esos proyectos, no se atrevió no obstante á preguntarlos.

La princesa se apoyó en el brazo de M. de Lanjershausen, y sus rodillas se doblaban, sin embargo de andar despacio.

Al salir del bosquecillo, oyó la voz de Mr. de Rohan que decía:

—Cómo! señor de Stainville, pretendéis hablar á Su Alteza Real á pesar de la consigna?

—Es indispensable, contestó con voz

firme el gobernador, y estoy seguro que me perdonará.

—No sé en verdad, caballero, si debo...

—Dejadle pasar, dijo la princesa apareciendo á la entrada de la espesura: acercaos, caballero de Stainville.

Todos se inclinaron abriendo paso al cuñado del ministro todo poderoso que reja entonces la Francia.

Este miró á su alrededor, por ver si podian oirle. María-Antonieta conoció tenia que participarla alguna conferencia secreta; pero todos se alejaron antes que ella hubiese podido manifestar su deseo de quedar sola.

—Señora, un pliego de Versalles; dijo en voz baja Mr. Stainville presentándola una carta que hasta entonces habia traído oculta bajo su sombrero bordado.

Tomola María-Antonieta y leyó en la cubierta:

Al señor baron de Stainville, gobernador de Strasburgo.

—Esta carta no es para mí, sino pavoros; abridla y leédmela si contiene algo que pueda interesarme.

—Aun cuando el sobre está á mi nombre, Vuestra Alteza Real puede ver la señal en que hemos convenido con mi hermano Mr. de Choiseul, indicando que es solo para Vuestra Alteza.

—Ah! es cierto; no habia visto esa cruz; entregádmela.

«Está decidida la presentacion de Madama Dubarry, si encuentra una madrina. Sin embargo, todavia esperamos que no podrá hallarla; pero el medio mas seguro de impedirlo, seria que Su Alteza Real se apresurara; pues nadie osará proponer semejante disparate tan luego como llegue á Versalles.»

—Muy bien! dijo María-Antonieta no solo sin mostrar la menor alteracion, mas sin aparentar que pudiese inspirarla el menor interés lo que habia leído.

—Vuestra Alteza Real va á descansar? preguntó Andrea con timidez.

—No: gracias, señorita; el aire fresco me ha reanimado; ved qué dispuesta y alentada me encuentro ahora.

Y abandonando el brazo de la condesa, dió algunos pasos con tanta rapi-

dez y firmeza como si nada le hubiese sucedido.

—Los caballos; voy á partir.

Miró Mr. de Rohan lleno de admiracion á Mr. de Stainville, como preguntándole la causa de tan repentina variacion.

—El príncipe está impaciente; contestó el gobernador en voz baja al Cardenal.

Fué dicha aquella mentira con tanto disimulo, que Mr. de Rohan quedó enteramente satisfecho, creyendo que era una indiscrecion.

En cuanto á Andrea, acostumbrada por su padre á respetar el menor capricho de las testas coronadas, nada le sorprendió aquella contradiccion de María-Antonieta; asi es, que al volverse ésta hacia ella, no pudo notar en su rostro mas que una espresion de inefable bondad.

—Mil gracias, señorita, y quedo íntimamente agradecida á vuestra jenerosa hospitalidad. Y dirijiéndose al baron:

—Sabreis, le dijo, caballero, que al salir de Viena prometí hacer la felicidad

del primer francés que viese al pisar la frontera de Francia. Este francés, ha sido vuestro hijo.... pero no quedaré satisfecha con eso; y la señorita.... cómo se llama vuestra hija?

—Andrea, señora.

—Y la señorita Andrea, no quedará olvidada....

—Ah! Vuestra Alteza.... murmuró la jóven.

—Sí; quiero hacerla camarista: me parece estamos en estado de hacer las pruebas; no es así caballero? prosiguió dirijiéndose á Taverney.

—Ay! señora, exclamó el baron al oir con aquellas palabras realizados todos sus ensueños; por esa parte estamos descuidados, pues somos mas nobles que ricos.... sin embargo.... tanto honor....

—Está muy merecido.... El hermano defenderá al rey en el ejército, y la hermana servirá á la princesa en palacio: el padre aconsejará al hijo la fidelidad, y á la hija la virtud.... Decidme, caballero, no tendré dignos servidores? añadió Maria-Antonieta volviéndose hacia el jóven

que solo pudo hincar la rodilla, y su viva emoci6n hizo espirar las palabras en sus labios.

—Pero.... murmur6 el baron que fu6 el primero en recobrar la facultad de reflexionar.

—SÍ, os comprendo, dijo la princesa: tenéis que hacer varias prevenciones?

—Sin duda, señora, contest6 Taverney.

—Admito esa excusa, pero ser6 de poca duracion.

Una triste sonrisa apareciendo en los labios de Andrea y de Felipe al par que se present6 amarga en los del baron, la detuvo en aquella explicacion que se hacia cruel para el amor propio de los Taverney.

—No, sin duda, si he de juzgar por el deseo que tendreis de agradarme; añadi6 Maria-Antonieta. Pero.... aguardad: os dejar6 un carruaje, y vendreis en mi séquito. Vamos, señor gobernador, venid en mi ayuda.

Este se aproxim6.

—Dejo un coche al señor de Taver-

ney, á quien llevo á París con la señorita Andrea su hija. Nombrad á alguno para escoltarle, y hacerle reconocer como mio.

—Al momento, señora, contestó el baron de Stainville.—Acercaos, caballero de Beausire.

Un jóven de veinte y cuatro á veinte y cinco años salió de las filas de la escolta y se adelantó con el sombrero en la mano. Su paso era firme, y su mirada viva é intelijente.

—Separareis un carruaje para Mr. de Tarverney, dijo el gobernador, y le acompañareis.

—Cuidad que nos alcance pronto, añadió María-Antonieta, por lo cual os autorizo si es preciso para mudar los caballos euando lo estimeis conveniente.

El baron y sus hijos no sabian cómo manifestar su agradecimiento.

—Esta marcha precipitada, no os causa mucho disgusto segun pienso; no es así caballero? preguntó la princesa.

—Estamos á las órdenes de Vuestra Alteza, contestó el baron.

—Adios! adios! dijo sonriendo María-

Antonieta. A vuestros carruajes señores!... A caballo Mr. Felipe!

Obedeció este despues de haber besado la mano de su padre y abrazado á su hermana.

Un cuarto de hora despues nada quedó de toda esta estrepitosa cabalgada, en la avenida de Taverney, sino un joven sentado en el pilar de la puerta, que pálido y triste, seguia con ansiosas miradas las últimas densas polvaredas que el rápido trote de los caballos levantaba á lo lejos en el camino.

Este jóven era Jilberto.

Entretanto, el baron habia quedado solo con Andrea, y estaba tan turbado, que no podia todavia pronunciar las palabras.

El aspecto que presentaba el salon de Taverney, era ciertamente bien singular.

Andrea con las manos cruzadas meditaba sobre aquella multitud de estrños acontecimientos inesperados, que acababan de pasar repentinamente por su vida, antes tan tranquila, y creia estar soñando.

El baron arrancaba los largos pelos que sobresalian entre sus cejas grises y desgarraba los holanes de su pechera.

Nicolasa recostada contra la puerta miraba á sus amos, y La-Brie, con los brazos caidos y la boca abierta, contemplaba á la doncella.

Taverney fué el primero en interrumpir aquel silencio.

—Malvado! gritó á La-Brie, estas ahí como una estatua mientras que ese hidalgo exento de las guardias del rey está esperando fuera!

Dió un brinco aquel á quien fueron dirigidas estas palabras, enredáronse sus piernas y desapareció tropezando. Al cabo de un instante volvió.

—Señor, dijo, el hidalgo está abajo.

—Qué hace?

—Éstá dando de comer á su caballo las pimpinelas.

—No importa. Y el carruaje?

—Éstá á la salida.

—Tiene puesto el tiro?

—De cuatro caballos. Válgame Dios señor! qué animalitos! Se estan comiendo

los granados del jardín.

—Los caballos del rey, están autorizados para comer lo que mejor se les antoje. Dime: y el hechicero?

—Ha desaparecido.

—Y ha dejado la mesa puesta? No es creible: él volverá ó enviará alguno en lugar suyo.

—Pienso que no; porque Jilberto le ha visto alejarse en su carro.

—Jilberto le ha visto alejarse en su carro? repitió el baron meditabundo.

—Si señor.

—Todo lo vé ese holgazan. Marcha á arreglar el baul.

—Ya está arreglado.

—Cómo que está?

—Si señor, pues al punto que oí la orden de la señora princesa, entré en vuestro aposento y enfaldé toda vuestra ropa.

—Quién te ha mandado eso, gran tuno?

—Ay señor! yo que creí íbais á quedar satisfecho porque me anticipaba á vuestro deseo.

—Imbécil! Vé y ayuda á mi hija.

—Gracias, padre mio, tengo á Nico-
lasa.

Volvió el baron á quedarse pensativo.

—Escucha, triple bribon, dijo á La-
Brie: aquí veo yo una cosa imposible.

—Cuál, señor?

—Y en la que tu no has pensado, por-
que nunca piensas nada.

—Decidla, señor.

—Es que Su Alteza Real se haya mar-
chado sin dejar nada á Mr. de Beausi-
re, y que el hechicero haya desapareci-
do sin entregar alguna esquela á Jilberto.

Un silbido se oyó en el patio.

—Señor baron! dijo La-Brie.

—Y bien?

—Llaman.

—Quién?

—Aquél caballero.

—El exento de guardias?

—Si señor: y tambien veo á Jilberto
que está dando vueltas como si tuviera
algo que decir.

—Pues entonces qué haces que no
vas, animal?

La-Brie obedeció con la prontitud

que acostumbraba.

—Padre mio, dijo Andrea acercándose al baron: conozco lo que os atormenta en este momento. Ya sabeis que tengo unos treinta luises, y aquel reloj adornado con los diamantes que la reina Maria Leconska, regaló á mi madre.

—Ya lo sé hija mia; pero guarda eso porque necesitarás un vestido de lujo para tu presentacion.... y mientras tanto yo estoy obligado á encontrar recursos. Siencio, que viene La-Brie.

—Señor! exclamó este al entrar, mostrando en una mano una carta, y en la otra algunas monedas de oro; ved lo que la princesa ha dejado para mí, diez luises! Señor, diez luises!!...

—Y esa carta, para quién és, gran pillo?

—Ah! es para vos,... del hechicero.

—Del hechicero! Y quien te la há entregado?

—Jilberto.

—No te lo dije gran bruto? dámela pronto.

Arrancó el baron la carta de la ma-

no de La-Brie, y habiéndola abierto con precipitacion, leyó en voz baja:

«Señor baron: la vajilla os pertenece desde que tan augusta mano la há tocado en vuestra casa; guardadla como una reliquia, y acordaos alguna vez, de vuestro agradecido huésped—

«José Bálsamo.»

—La-Brie! gritó el baron despues de un momento de reflexion.

—Señor?

—No hay un buen platero en Bar-le-Duc?

—Oh! Si señor: el que soldó la tembladera de plata de la señorita.

—Muy bien! Guardad el vaso en que bebió Su Alteza, y mandad llevar al carruaje lo restante del servicio; y tu belitre, vé corriendo á la bodega y lleva á ese hidalgo todo el buen vino que reste.

—Una botella, señor, dijo aquel con tristeza.

—Bien! con eso basta.

El criado salió.

—Y tu Andrea, prosiguió el baron tomando las manos de su hija entre las

suyas; acércate hija mia. Vamos á la corte, donde hay muchos títulos vacantes, muchas abadesas que nombrar, gran número de rejimientos sin coronel, y de pensiones un barbecho. La corte es un pais magnífico, á quien el sol ilumina muy bien. Colócate siempre en el sitio donde mas brille, porque eres hermosa. Anda hija mia, anda.

Andrea salió seguida de Nicolasa.

—Hola! mónstruo, dijo Taverney á La-Brie; sirve con esmero al exento; has oído?

—Si señor, gritó desde el interior de la bodega.

—Y yo, dijo el baron trotando hacia su aposento, voy á poner en orden mis papeles.... Te prevengo Andrea, que antes de una hora, quiero hayamos salido de este tabuco. Gracias á Dios, que pierdo de vista á Taverney! Qué bueno es ese hechicero!— En verdad que me voy haciendo supersticioso como una beata.— Pero qué diablos estás haciendo, La-Brie?

—Ay señor! si hé tenido que bajar á tientas! No queda ya ni una bujía en

todo el castillo!

—Segun veo, ya era tiempo, murmuró Taverney.

CAPÍTULO XVII.

Los veinte y cinco luses de Nicolasa.

Vuelta Andrea á su aposento se ocupaba en activar los preparativos de su viaje. Ayudaba Nicolasa con tanto ardor, que bien pronto desapareció el resentimiento que ocasionara entre ella y su ama la escena de aquella mañana.

Mirábala esta á hurtadillas, y se sonreía al ver que ni aun tendria precision de perdonar.

—Es una escelente muchacha, decia para sí, servicial.... agradecida.... tiene sus flaquezas como todos tenemos en el mundo.... Olvidemos!

Nicolasa que por su parte no perdía de vista la fisonomía de su ama, y consideraba la creciente benignidad que aparecía en su hermoso y sereno semblante.

—Qué necia soy! He estado á punto de quebrar por ese bribonzuelo de Jilberto con mi señorita que me lleva á Paris, donde casi siempre se hace suerte!

Era difícil que estas dos simpatías que se dirijian rodando sobre aquella rápida pendiente la una hacia la otra, no se encontrasen, y al encontrarse dejáran de ponerse en contacto.

Andrea fué la primera en hablar.

—Coloca mis encajes en una caja de carton.

—En qué caja, señorita?

—Que sé yó.... No nos queda ninguna?.

—Si señorita; en mi cuarto tengo la que me dísteis.

Y diciendo estas palabras, corrió á buscarla tan solícita y diligente, que Andrea se decidió á olvidarlo todo.

—Pero es tuya, dijo á su doncella cuando volvió, y podrás necesitarla.

—Ya! pero si os hace mas falta que á mi.... y como definitivamente á vos pertenece....

—Cuando hay que establecerse en

nueva casa, nunca sobran muebles: luego á ti es á quien mas falta hace.

Sonrójose Nicolasa.

—Necesitas precisamente algunas cajas, prosiguió Andrea, para guardar tus adornos de boda.

—Ah! señorita, contestó alegremente la doncella balanceando su cabeza: mis vestidos de boda ocuparán poco lugar, y quedarán fácilmente guardados.

—Porqué? si te casas, quiero que seas dichosa, y.... rica.

—Rica!

—Sí, aunque proporcionalmente.

—Me habeis encontrado algun asen-
tista?

—No; pero te he hallado un dote.

—De veras, señorita?

—Sabes cuánto tengo en mi bolso?

—Sí, señorita, veinte y cinco luises
de oro.

—Pues bien! tuyos son.

—Veinte y cinco luises! Eso es un
caudal, exclamó la doncella enajenada de
gozo.

—Me alegro si piensas formalmen-

te así.

—Y me los regalais, señorita?

—Te los regalo.

Nicolasa se sorprendió al principio, pero bien pronto quedó llena de ajitación: asomaron las lágrimas á sus ojos, y se arrojó sobre la mano de su ama, que llenó de besos.

—Y entonces tu marido estará contento, prosiguió la hija del baron.

—Sin duda; y muy contento, repuso la doncella; al menos así lo espero.

Y pensó que la negativa de Jilberto habria sin duda sido ocasionada por el temor de la miseria; pero ahora que ya era rica, sería también mas apreciada por aquel ambicioso jóven. Decidióse á ir á ofrecerle en aquel mismo instante la parte que le correspondía de aquella corta cantidad, queriendo atraerle por la gratitud, é impedirle se lanzara en el crimen. Hé aquí lo que habia de jeneroso indisputablemente en el proyecto de Nicolasa; pero tal vez algun malévolo comentador de su conciencia hubiera fácilmente descubierto en aquella liberalidad,

algun jérmen de orgullo, unido á la involuntaria necesidad de humillar á aquel por quien habia antes sido despreciada.

Empero añadiremos sin detenernos, para contestar á este temerario intérprete, que ahora estamos enteramente convencidos de que la suma de sus buenas intenciones, escedía con mucho á las perwersas.

Andrea que la estuvo contemplando todo el tiempo que duró su meditacion, arrojó un suspiro, y dijo:

—Pobre niña! Pudiera ser tan dichosa sin esas cavilaciones!

Estas palabras hirieron los oídos de la frívola doncella, quien no pudo menos de estremecerse, vislumbrando un porvenir de sedas, diamantes, encajes y amor, en el cual Andrea, para quien consistia la felicidad en una vida tranquila, no habia siquiera pensado.

Resistió sin embargo la doncella; y apartando su vista de aquella nube de oro y púrpora que cruzaba su horizonte, dijo mirando á su ama:

—Quién sabe! puede que sea dichosa

en mi medianía.

—Piénsalo bien, hija mia.

—Sí, señorita, lo pensaré.

—Debes obrar con prudencia. Hazte dichosa como mejor te parezca, y deja de ser loca.

—Verdad es, señorita, y aprovecho con alegría la ocasion que se presenta de poderos decir que he sido efectivamente muy loca, ó por mejor decir, muy culpable; pero debeis perdonarme. Ay! cuando se ama....

—Formalmente, amas á Jilberto?

—Sí, señorita; le.... le amaba, contestó la doncella.

—No es creible! dijo Andrea. Qué has encontrado en él para quererle tanto? La primera vez que vea á ese señor Jilberto que abrasa los corazones, voy á examinarle con detencion.

Miró la doncella á su ama con alguna desconfianza. ¿No podia usar, al hablar de aquel modo, de la mas profunda hipocresía, ó era que se veia arrastrada por la mas completa inocencia?

—Concedo, decia para sí Nicolasa,

que no haya mirado á Jilberto; pero nadie podrá convencerme de que este no haya mirado á mi ama.

Y antes de hacer la peticion que proyectaba, quiso quedar totalmente segura.

—Decidme, señorita, no viene Jilberto á París con nosotras?

—Para qué? replicó Andrea.

—Pero....

—Ignoras que no es criado nuestro? No sirve para mayordomo de una casa en París. Los ociosos de Taverney, son como los pájaros que gorjean en las ramas de mi jardin y en los vallados de la alameda. Por muy pobre que sea el terreno, produce suficientemente para sostenerlos; pero un holgazan cuesta demasiado en París, y no podriamos tolerarle sin hacer nada.

—Y si se casara conmigo? dijo entre dientes la doncella.

—Entonces te quedarás con él aqui, contestó con firmeza la hija del baron, y guardareis esta casa, que tan querida fué de mi madre.

Esta contestacion dejó aturdida á la

doncella: no era posible descubrir la menor ficción en las palabras de su ama. Renunciaba á Jilberto sin oculta intención y sin la menor señal de sentimiento. Era imposible imaginarse que pudiera dejar entregado á otra aquel á quien hubiera honrado la vispera con su amor.

—Quizá obrarán así las señoritas de rango, dijo Nicolasa para sí: por eso he visto tan pocos sentimientos profundos, y tantas intrigas en el convento de las Anunciadas.

Sin duda conoció Andrea el motivo que hiciera vacilar á Nicolasa, y acaso adivinó que sus pensamientos fluctuaban entre la ambición de los placeres parisien- ses, y la dulce y tranquila medianía de Taverney, pues con voz dulce al par que firme, dijo:

—Ten presente Nicolasa, que la resolución que tomes, va á decidir quizá de toda tu vida. Reflexiona, hija mía; una hora te resta. Es bien corto espacio, no lo niego; pero creo acostumbrás á resol- verte con prontitud: ó mi servicio, ó tu marido: elije. No quiero ser servida por

una persona casada: detesto los secretos de familia.

—Una hora, señorita! repitió Nicolasa, una hora!

—Así es.

—Pues bien: teneis razon, sobra tiempo.

—Vamos, reúne todos mis trajes, sin olvidar los de mi madre, que sabes venero como si fueran reliquias, y vuelve á anunciarme tu resolucion. Sea cual fuere, toma tus veinte y cinco luises. Si te casas, será tu dote; si me sigues, seran el salario de los dos primeros años.

Nicolasa besó el bolso que su ama le daba.

La joven no quería sin duda perder ni un segundo de la hora que le habian concedido, pues lanzándose fuera del aposento, bajó precipitadamente la escalera, atravesó el patio y desapareció en la calle de árboles de la entrada.

Andrea murmuró al verla alejarse:

—Pobre loca! podría ser tan dichosa! Será tan dulce el amor?

Cinco minutos despues, Nicolasa para

no perder tiempo, llamaba en los vidrios del aposento que habitaba Jilberto, condecorado tan jenerosamente por Andrea con el nombre de ocioso, y por el baron con el de holgazan.

Este, vueltas las espaldas á la ventana que daba vista á la entrada, movia en un rincon de su cuarto cierto objeto que no podia distinguirse.

Al oir el ruido que hiciera Nicolasa golpeando los vidrios con sus dedos, abandonó la obra que le ocupaba como un ladron sorprendido *in fraganti*, y se volvió tan presuroso, como movido por algun resorte.

—Ah! dijo, eres tú?

—Si, otra vez yo, contestó la jóven al través de los cristales con voz resuelta, pero risueña.

—Sea enhorabuena, dijo dirijiéndose á la ventana para abrirla.

Sensible sobremanera á esta primera demostracion Nicolasa, alargó su mano á Jilberto que la estrechó.

—Hola! no se presenta esto muy mal! pensó la doncella. Adios viaje!

Y fué muy digna de elogio Nicolasa; pues solo acompañó con un suspiro aquella reflexion.

—Sabes, dijo poniendo sus codos sobre la ventana, que se van de Taverney?

—Lo sé, contestó Jilberto.

—Ya! pero no sabrás donde van?

—Van á París.

—Y has sabido que yo tambien marchó?

—No lo sabia.

—Y bien!

—Si te agrada, te felicito.

—Qué dijiste? preguntó la doncella.

—He dicho, que si te agrada....

—Me agrada.... segun y conforme.

—Qué quieres decir con eso?

—Que de tí depende el que no me agrade.

—No te entiendo, dijo Jilberto sentado en la ventana de manera que sus rodillas tocaban los brazos de la jóven, pudiendo seguir la conversacion ocultos con las enredaderas de campanillas y capuchinas enrolladas sobre sus cabezas.

Miró Nicolasa cariñosamente á su

amante, que se encojió de hombros, manifestando ignorar el sentido de aquella mirada, tanto como el de las palabras.

—Bien.... puesto que es preciso decirte todo, escucha.

—Escucho, contestó aquel con indiferencia.

—La señorita me invita á que la acompañe á París.

—Bueno.

—A menos que....

—A menos que?

—Encuentre con quien casarme.

—Segun veo, sigues con tu idea de casarte? dijo impasible el jóven.

—Sí, y mucho mas ahora que soy rica.

—Ah! eres rica? preguntó con tanta frialdad, que desconcertó las esperanzas de Nicolasa.

—Y muy rica! Jilberto.

—En verdad?

—Sí.

—Y como se ha obrado ese milagro?

—La señorita me ha dotado.

—Es una suerte.... te doy la enhorabuena.

—Mira! dijo la jóven mostrando en su mano los veinte y cinco luises, y mirando al mismo tiempo á su amante por ver si descubria en sus ojos algun rayo de gozo ó cuando menos de codicia; mas éste prosiguió manifestando la misma indiferencia.

—No es mala cantidad á fé mia!

—Pues no es esto solo, añadió Nicolasa: el baron vá á volver á ser rico: se trata de reedificar la Casa-Roja, y hermosear á Taverney.

—Ya lo creo!

—Y entonces, será preciso cuidar el castillo.

—Sin duda.

—Pues bien! la señorita dá el empleo de....

—De portero al feliz esposo de Nicolasa, interrumpió Jilberto con ironía tan marcada, que aquella no pudo dejar de ofenderse: contúvose sin embargo y añadió:

—Sí, al feliz esposo de Nicolasa; no aciertas quien es?

—De quién quieres hacer mención?

—Dime.... te vas volviendo tonto, ó es que ya no hablo yo francés? gritó la jóven que comenzaba á perder enteramente la paciencia.

—Os comprendo muy bien, señorita Legay: me ofreceis vuestra mano; no es así?

—Sí, señor Jilberto.

—En verdad, añadió este con prontitud, quedo muy agradecido al verte con tales intenciones, tanto mas ahora que has llegado á ser rica.

—En verdad?

—Sin duda.

—Pues entonces! dijo cordialmente la jóven, dame esa mano.

—Yó?

—Aceptas, no es así?

—Al contrario, rehusó.

—Jilberto! dijo aquella estremeciéndose, tienes mal corazon, ó al menos, malas ideas. Dios te castigará por lo que acabas de hacer. Si te amara aun, si lo que te he propuesto no lo hubiera únicamente hecho por punto de honor y probidad, me hubieras despedazado el alma. Pero gracias

á Dios, que solo he tratado de que nunca pudieran decir que Nicolasa despreciaba á Jilberto porque se habia hecho rica, y que le hacia sufrir por un insulto. Todo queda pues concluido para siempre entre nosotros.

Solo hizo Jilberto un jesto de indiferencia.

Nicolasa continuó:

—Nunca podrás conocer lo que pienso de tí: decidirme yo; yo cuyo carácter es como sabes, tan libre é independiente como el tuyo, decidirme repito á enterrarme aquí cuando París me aguarda! París que será mi teatro, entiendes? decidirme á ver cada dia, cada año y toda la vida ese frio é impenetrable rostro tras el cual se ocultan tan ruines pensamientos! Desgraciado! pues no has podido llegar á comprender cuán grande era mi sacrificio! No quiero decirte por eso que me echaras de menos; no, Jilberto; pero me temerás y te abochornarás al ver hasta dónde vá á arrastrarme tu conducta y el desprecio que de mí hoy has hecho. Pudiera haber sido honrada; solo me faltaba

una mano, una mano amiga que me detuviese en el borde del abismo, en el que me inclino, resbalo y estoy próxima á caer. Te he gritado: ayúdame! sostenme! y lejos de hacerlo, me has rechazado. Ya ruedo, caigo, y me pierdo. Dios te tomará cuenta de este crimen. Adios, Jilberto! adios!...

Y la altiva jóven se alejó sin ira ni impaciencia: concluyó, como todas las naturalezas escojidas, dejando aparecer en la superficie toda la jenerosidad de su alma.

Cerró entonces Jilberto tranquilamente la ventana, y entró en el interior de su cuarto, donde prosiguió la misteriosa ocupacion interrumpida por Nicolasa.

CAPÍTULO XVIII.

Despedida de Taverney.

Detúvose la doncella en la escalera antes de presentarse á su ama, para comprimir los últimos clamores de la ira que resonáran aun en su interior.

Pasó el baron cerca de ella, y la encontró inmóvil y pensativa, apoyada en una mano su mejilla, el entrecejo contraído, y á pesar de hallarse tan ocupado, al verla tan linda, no pudo contenerse, y le dió un beso como lo hiciera Mr. de Richelieu á los treinta años.

Distraida la jóven en su meditacion por tan atrevida galantería, subió precipitadamente al aposento de su ama, que estaba en aquel momento ocupada en cerrar un cofrecillo.

—Y bien, preguntó esta; has reflexionado ya?

—Sí, señorita, contestó Legay con tono resuelto.

—Te casas?

—Nó, al contrario.

—Ah! bah! y ese amor tan firme?

—No vale lo que las bondades con que me colmais. Soy toda vuestra, y quiero serlo para siempre, ya que conozco tan bien al ama á quien me he entregado, y no sé si conocería al amo que yo misma me diera.

Enternecióse Andrea con esta mani-

festacion llena de unos sentimientos que estaba tan lejos de esperar en su atolondrada doncella; y aun cuando aquella ignoraba que ésta abrazaba aquel partido como su único recurso, sonrió alegre al encontrar una criatura humana con mejores inclinaciones que ella se figuraba.

—Haces bien en dedicarte á mi servicio, repuso la hija del baron; nunca lo olvidaré: confiame tu suerte, hija mia, y te prometo que si es próspero el porvenir que me aguarda, tú tendrás tambien parte.

—Oh! señorita, estoy decidida á seguir.

—Sin sentimiento?

—Ciegamente.

—Eso no te pregunto, y no quiero que llegue un dia en que puedas reconvenirme por haberme seguido sin reflexionar.

—Nada tendré jamás que reprochar á nadie, y si asi sucediese, á mí sola culpára.

—Has quedado conforme con tu novio?

—Yo? dijo sonrojándose la doncella.

—Si, tú; te he visto hablar con él.

Se mordió los labios Nicolasa, al recordar que habia una ventana paralela á la de Andrea, desde la cual podia fácilmente verse la de Jilberto.

—Es cierto, señorita, contestó.

—Y le has dicho?...

—Le he dicho, replicó hostilmente aquella, (creyendo que su ama trataba de examinarla) le he dicho, que ya no le quiero.

Estaban destinadas aquellas dos mujeres á no llegar jamás á entenderse, la una con su virjinal pureza, y la otra con su natural tendencia hacia el vicio. Andrea siguió interpretando con benignidad las desagradables contestaciones de su doncella.

Ocupábase el baron entretanto en preparar su equipaje, que se componia del antiguo espadin que llevaba en Fontenoy, los pergaminos que justificaban su derecho para montar en los carruajes de Su Majestad, una coleccion de la *Gaceta* y ciertas correspondencias. Concluida su operacion, colocó todo aquel tren bajo el brazo, y se dirijió hacia el carruaje.

La-Brie caminaba agoviado y aparentando que sudaba con el peso de un baul, que llevaba casi enteramente vacío.

Encontráronse á la salida al exento que ya habia consumido todo el licor que contenia su botella durante aquellos preparativos, y correteaba sin cesar desde el estanque á los castaños, deseoso de encontrar la linda criada, cuya delgada cintura y bien torneada pierna, habian llamado su atencion al verla cruzar corriendo el bosquecillo.

Mr. de Beausire, ya dijimos que asi se llamaba, fué interrumpido en su acecho por el baron, que le invitaba que mandara aproximar el carruaje.

Hizo una respetuosa reverencia, y cumplió su encargo con la mayor prontitud.

Avanzó entonces el coche, y La-Brie, orgulloso y alegre, depositó en él su cofre, murmurando al mismo tiempo enajenado de gozo, creyendo que nadie le escuchaba:

—Qué ventura! voy á viajar en un coche real!

—Tanto nó, mi buen amigo, replicó Beausire con protectora sonrisa, os colocareis detrás.

—Si viene con nosotros La-Brie, dijo Andrea á su padre, quién queda para guardar el castillo?

—El filósofo holgazan.

—Jilberto!

—Sin duda; tiene escopeta....

—Pero con qué se mantendrá?

—Con ella, pardiez! Descuida, hija mia, no lo ha de pasar muy mal. Lo que sobran son tordos y mirlas en Taverney.

Volvióse Andrea hacia Nicolasa, y al verla que se sonreía, la dijo:

—Esa es la lástima que demuestras? mal corazón!

—Oh, señorita! es tan mañoso, que nada debeis temer por él.

—Sin embargo, es preciso dejarle uno ó dos luises, dijo aquella á su padre.

—Para echarle á perder? Ya es bastante vicioso sin eso.

—Nó, para que pueda vivir.

—Le enviaremos algo, si nos lo pide.

—Bah! dijo Nicolasa, podemos mar-

char descuidados: jamás sucederá.

—Sin embargo, replicó Andrea, déjale tres ó cuatro doblones.

—No los aceptará.

—Que no los aceptará! Conque es tan orgulloso tu señor Jilberto?

—Ay! á Dios gracias, ya no es mío, señorita.

—Vamos! vamos! dijo Taverney interrumpiendo aquella conversacion que ya molestaba su egoismo. Cargue el diablo con el señor Jilberto; el coche nos espera; montemos, hija mia.

Nada replicó Andrea: despidiose con una mirada del pequeño castillo, y entró en el pesado y sólido carruaje. Su padre se colocó junto á ella. La-Brie con su magnífica librea, y Nicolasa que estaba tan tranquila como si no hubiese conocido jamás á Jilberto, se instalaron en el pescante.

—Y el caballero exento, dónde se coloca?

—A caballo, señor baron, á caballo, contestó Beausire mirando al mismo tiempo de soslayo á Nicolasa, cuyas mejillas

se colorearon de gozo, al ver que habia reemplazado tan pronto á un grosero aldeano con aquel elegante jinete.

Bamboleose á poco el carruaje por los esfuerzos de cuatro vigorosos caballos, y los árboles de la alameda comenzaron á deslizarse por ambos lados, desapareciendo uno tras otro, inclinándose tristemente con el soplo de un viento de Este, como haciendo su postrera despedida á sus amos que le abandonaban.

Nuestros viajeros llegaron bien pronto á la puerta cochera.

Junto á ella estaba colocado Jilberto inmóvil, con el sombrero en la mano: diríase que á nadie miraba; pero veia á Andrea, que asomada á la portezuela del lado opuesto, procuraba contemplar todo el tiempo que le fuera posible, aquella triste y querida morada.

—Deteneos un momento, gritó Taverney al postillon.

—Hola! Señor holgazan! dijo luego que aquel hubo obedecido: vais á vivir dichoso! Os quedais solo; así debe vivir un verdadero filósofo. Nadie podrá en ade-

lante reprenderos; y nada os queda que hacer. Cuidad al menos no se incendie el castillo mientras dormís, y os recomiendo á Mahon.

Inclinose el jóven sin contestar. Experimentaba un peso insoportable, y temia cual el contacto de un hierro ardiente, encontrar la mirada de la que fué su amante, y ver su sonrisa triunfante é irónica.

—Marchad, postillon! gritó Taverney.

Mas Nicolasa, lejos de reir como se figuraba Jilberto, necesitó todas sus fuerzas y valor, para no alzar el grito condoliéndose de aquel desventurado, á quien abandonaban sin pan, sin porvenir y sin consuelo, y hubo de mirar para distraerse á Mr. de Beausire, no pudiendo ver que Jilberto devoraba con su vista á Andrea.

Nada reparó la hija del baron, pues al través de sus lágrimas, solo contemplaba aquella casa en que habia nacido, y donde su madre exhalára su postrimer aliento.

Desapareció el coche, y los viajeros

que un instante antes pensaron en Jilberto, comenzaban ya á olvidarle enteramente.

Habian entrado en un mundo nuevo al atravesar por última vez el umbral del castillo, y cada uno tenia un pensamiento que interiormente le ocupaba.

El baron calculaba que podrian fácilmente prestarle cinco ó seis mil francos por la vajilla de Bálsamo.

Andrea recitaba en voz baja una oracion que su madre le habia enseñado para alejar el demonio del orgullo y de la ambicion.

Nicolasa cerraba su pañoleta, que el viento no separaba suficientemente, segun los deseos de Mr. Beausire.

La-Brie contaba los diez luises de la reina, y los dos de Bálsamo en el interior de su bolsillo.

Cerró Jilberto la gran puerta luego que sus amos hubieron salido de Taverney, corrió á su cuarto, y sacó un lió de ropa que tenia oculto tras una cómoda de roble. Introdujo luego la punta de su baston por los nudos de una servilleta en que lo tenia envuelto, y descubrien-

briendo su cama que se componia de un catre y un jergon de paja, descosió este, y sacó un papel doblado, que encerraba un escudo de seis francos. Estos eran acaso todos sus ahorros de tres ó cuatro años.

Desdobló el papel, para cerciorarse que no se lo habian cambiado, y envolviéndolo de nuevo, lo guardó en uno de los bolsillos de sus calzones.

Entretanto, Mahon se desesperaba y daba brincos hasta donde se lo permitia la cadena á que estaba sujeto, ahullando al mismo tiempo, al ver que se marchaban todos sus amigos, y adivinando con su admirable instinto, que Jilberto iba tambien á abandonarle, redoblaba por momentos sus lastimosos ladridos.

—Calla, Mahon! le gritó el jóven.

Y sonriendo de aquel paralelo contradictorio que se presentaba á su vista, añadió:

—Si me han abandonado como á un perro, por qué no te he de abandonar yo como á un hombre?

Mas habiendo reflexionado un momento, prosiguió:

—Pero me han desamparado con li-

bertad al menos; sí, con libertad para buscar mi vida como mejor me parezca. Pues bien! Mahon, haré por tí ni mas ni menos, lo que han hecho por mí.

Y desatando la cadena:

—Ya estás libre! Puedes buscar tu vida como mejor te se antoje.

El animal corrió á la casa, cuyas puertas encontró cerradas, y dirigiéndose entonces hacia las ruinas, desapareció al través de los matorrales.

—Ahora veremos, dijo, quién tiene mas instinto; si el perro, ó el hombre.

Dicho esto, nuestro jóven salió por la puerta falsa, cerrándola con dos vueltas, y arrojó la llave en el estanque por cima de la pared, con esa destreza que los aldeanos tienen para lanzar piedras.

A pesar de todo, como la naturaleza, aunque monótona en la jeneracion de los sentimientos es varia al manifestarlos, Gilberto espermentó al alejarse de Taverney, una sensacion algun tanto parecida á la de Andrea, con la diferencia, que por parte de esta, era el sentimiento que le ocasionara el recuerdo del tiempo pasado;

y por la de Jilberto, la esperanza de un porvenir mas halagüeno.

—Adios! esclamó volviéndose para contemplar última vez aquel castillo cuyo techo se descubría al través del entretejido ramaje de sicómoros, y entre las flores de los castaños: adios! morada donde tanto he sufrido, aborrecido de todos; donde me han arrojado el pan, diciendo que lo robaba: adios! sé maldita!... Mi corazon jime de gozo, y se siente libre desde que he salido para siempre del recinto que forman tus paredes: adios, cárcel! adios, infierno! cueva de tiranos, adios, adios para siempre!...

Concluida esta imprecacion, acaso menos poética, pero no menos significativa que otra cualquiera, Jilberto se lanzó corriendo en pos del carruaje, cuyo ruido resonaba aun á lo lejos en la carretera.

CAPÍTULO XIX.

El escudo de Jilberto.

Despues de media hora de desenfre-

nada carrera, Jilberto dió un grito de gozo. Acababa de divisar el coche del baron, que subia una cuesta marchando al paso. Esperimentó entonces en su interior un verdadero movimiento de orgullo, pues se dijo á sí mismo; que con los únicos recursos de su vigorosa juventud y de su intelijencia, poseia iguales medios á los que proporcionan las riquezas, el poder y la nobleza.

Con razon pudiera entonces haberle llamado filósofo el baron, si le hubiese visto con el baston en la mano, su reducido equipaje colgado de un ojal, marchando con rapidez y deteniéndose en cada cuesta, como diciendo desdeñosamente á los caballos:

—Caminais con demasiada lentitud: me veo precisado á aguardaros.

Filósofo! Ah! efectivamente lo era nuestro jóven en aquel momento, si ese nombre puede darse al desprecio de todo goce y toda comodidad. No estaba en verdad acostumbrado á vivir con regalo; pero á cuántos hombres no ha vuelto afe-minados el amor!

No lo negaremos: era un magnífico espectáculo, digno de Dios, padre de las criaturas enérgicas é inteligentes, el que presentaba aquel jóven lleno de polvo y sudor, corriendo durante dos horas hasta alcanzar el carruaje, y descansando con alegría cuando ya no podian mas los caballos. Solo pudiera inspirar admiracion al que pudiese seguirle con los ojos de la inteligencia, como le vamos siguiendo nosotros; y quién sabe si la orgullosa Andrea se hubiese conmovido al verle, y si aquella indiferencia que mostrara hablando de su pereza, se hubiera tornado en estimacion por su enerjía?

De esta suerte pasó el primer dia. El baron se detuvo una hora en Bar-le-Duc, pudiendo de este modo Jilberto, no solo alcanzarle, sino adelantarle. Nuestro jóven rodeó la ciudad, habiendo oido la órden de pararse en casa de un platero; y luego, cuando vió el carruaje que salía, se ocultó en un bosquecillo, continuando como antes en su seguimiento, despues que hubo pasado.

Alcanzó el baron al anochecer la es-

colta de la princesa en Brillon, y los habitantes de esta poblacion, agrupados en lo alto de la colina, herian los aires, que resonaban con felicitaciones y gritos de alegria.

Nada habia comido Jilberto durante todo el dia, mas que un poco de pan que sacó de Taverney; pero en cambio habia bebido á discrecion el agua de un magnífico arroyo que cruzaba el camino, cuyas puras y frescas aguas, estendiéndose en desiguales surcos, besaban dulcemente los tiernos berros y variadas flores que bordaban sus orillas. Andrea, no pudiendo resistir su atractivo, mandó detener el coche y bebió en la copa de oro de la princesa, que su padre habia reservado á sus ruegos.

Todo lo vió Jilberto, oculto tras un álamo; y al punto que los viajeros se alejaron, se dirigió á aquel sitio; colocándose en el mismo otero en que Andrea habia puesto el pié, y bebió el agua con sus manos á imitacion de Diógenes, en el lugar en que habia poco antes apagado su sed la señorita de Taverney.

Solo una cosa le inquietaba, y era que ignoraba si la princesa pasaría la noche en San-Dizier. Si así lo verificaba (y era muy probable, pues según manifestara en Taverney, necesitaba algún descanso) nuestro joven se veía libre de aquella angustia, pues con dos horas que durmiera en un pajar, sus piernas, que ya comenzaban á entorpecerse, recobrarían toda su elasticidad, pudiendo proseguir su marcha y adelantarse cinco ó seis leguas, durante las horas que restaran de noche. Se camina con tanto vigor á los diez y ocho años, con una hermosa noche de Mayo!

Llegó esta, envolviendo progresivamente el horizonte con sus sombras, hasta oscurecer la parte del camino donde corria Jilberto, y al poco tiempo ya no pudo divisar mas que la linterna colocada al lado izquierdo del coche, reflejando en el camino, semejante á una fantasma que envuelta en una blanca mortaja, huye despavorida.

La oscuridad era completa. Ya habían caminado doce leguas cuando llega-

ron á Comblas, donde se detuvieron un instante. Creyó Jilberto que el cielo se declaraba en su favor, y se aproximó para poder siquiera oír la voz de Andrea. Era momentánea la detencion del carruaje en aquel punto, y se introdujo en el sombrío callejon de una casa. Entonces vió á la hija del baron, iluminada por los hachones, y la oyó preguntar qué hora era. Una voz contestó: las once. Habiendo logrado lo que deseaba, nuestro jóven se sintió menos cansado; y loco de alegría, hubiera rehusado con desprecio un carruaje, si se lo hubieran ofrecido.

Y es, que á los ardientes ojos de su imaginacion, se presentaba Versalles, dorado y resplandeciente: Versalles, morada de reyes y nobles; y luego... Paris, sombrío.... negro.... inmenso: París, la gran ciudad del pueblo... y en cambio de estas visiones que recreaban su alma, Jilberto no habria aceptado todo el oro del Perú.

Fué interrumpido en su éstasis por el ruido que causaron los carruajes al partir, y por el golpe que recibió contra un

arado que habian dejado por descuido en el camino.

Debilitábase tambien progresivamente su estómago; pero en cambio, decia él: tengo dinero, soy rico, (pues no habrán olvidado nuestros lectores, que Jilberto poseia un escudo.)

Entretanto, los carruajes siguieron rodando hasta las doce, á cuya hora llegaron á Saint-Dizier, y allí era donde Jilberto esperaba se detendrian á dormir, puesto que habian caminado diez y seis leguas en el espacio de doce horas.

Empero contra las esperanzas del errante jóven, solo hicieron una corta parada para mudar caballos, y á poco oyó el sonido de las campanillas que se alejaban. Los ilustres viajeros habian únicamente refrescado, rodeados de hachones y flores.

Fuele preciso á Jilberto reunir todo su valor, y prosiguió caminando con una enerjía, que le hizo olvidar que diez minutos antes, sus piernas debilitadas se habian negado á sostener el peso de su cuerpo.

—Bien! dijo: marchad!... marchad!... Yo tambien me detendré en Saint-Dizier; compraré un poco de jamon y pan, beberé un vaso de vino, é importando todo un real, quedaré mas confortado que los *amos*.

Llamamos la atencion en la palabra *amos*, porque Jilberto la pronunció con el énfasis que acostumbraba.

Entró como se lo habia prometido, en aquella poblacion, donde comenzaban á cerrar puertas y ventanas, por haber ya pasado enteramente la escolta.

Vió nuestro filósofo una posada de no muy mal aspecto, cuyos criados, á pesar de ser la una de la madrugada, estaban ataviados con sus vestidos de dia festivo. Sobre grandes platos de vidriado, aparecian los restos de alguna opípara comida.

La dueña estaba presente, vijilándolo todo, y contando sus ganancias.

—Señora, le dijo Jilberto: vendedme un pedazo de pan y un poco de jamon.

—Amiguito, no hay jamon, contestó: quereis gallina?

—No: he pedido jamon, porque es lo que quiero; no me gustan las aves.

—Lo siento mucho; pero no hay otra cosa. Creedme, añadió sonriendo, tomadla, no os costará mas caro. Os daré media ó una entera, por dos reales, y podreis guardar una parte para mañana. Nos figurábamos que Su Alteza Real se hubiese detenido en casa del señor Baile, y que habíamos de vender nuestras provisiones á su comitiva; pero como ha estado solo de paso, nuestros comestibles se van á perder.

Podríase creer sin dificultad, que Gilberto aprovecharía la única ocasion que se presentaba de hacer buena comida; pero sería desconocer enteramente su carácter.

—Gracias, contestó; me contento con menos; ni soy príncipe, ni lacayo.

—Pues os lo regalo, hijo mio, y que Dios os acompañe.

—Tampoco soy mendigo, señora, repuso el jóven humillado. Compró, y pago.

Y para unir el efecto á las palabras, introdujo majestuosamente su mano en el bolsillo, desapareciendo hasta el codo; pero por mas que registró y volvió á rejis-

trar, poniéndose pálido, solo encontró el papel en que estaban envueltos sus seis francos. El escudo había gastado con el movimiento que hiciera Jilberto al andar, su vieja cubierta, roto su faltriquera ya maltratada, y deslizándose por la liga que llevaba suelta para dar mas elasticidad á sus piernas.

Era probable que habria quedado á la orilla del arroyo, y el desgraciado jóven habia pagado con seis francos el agua que bebiera en el hueco de su mano. Al menos Diógenes, cuando filosofaba sobre la inutilidad de las horteras, ni tenia bolsillos que romper, ni escudos de seis francos que perder.

La palidez, el temblor vergonzoso de Jilberto, enternecieron aquella pobre mujer. Muchos se hubieran alegrado al ver el castigo de un orgulloso; pero ella, sufrió por aquel profundo dolor que se manifestaba tan fuertemente en el inmutado semblante del jóven.

—Vamos, hijo mio, le dijo; cenad y dormid aquí, y si es absolutamente indispensable que marcheis, mañana po-

dreis proseguir vuestro viaje.

—Ay! sí, sí! no hay remedio... es indispensable... no mañana, sino al punto.

Y tomando su lio, sin escuchar mas, salió apresuradamente de la casa, para ocultar en la oscuridad su vergüenza y dolor.

Cerrose inmediatamente la puerta del parador, apagose la última luz de la villa, y hasta los perros cansados de aquel dia, dejaron de ladrar.

Jilberto quedaba solo en el mundo; nadie está tan aislado en la tierra, como el hombre que acaba de separarse de su último escudo, y mucho mas, cuando es el único que ha poseido en toda su vida.

La oscuridad de la noche le circundaba; qué hacer? Vaciló! Volver atrás para buscar su moneda, era por una parte operacion harto precaria, y se separaba además para siempre, ó por largo tiempo al menos, de aquellos carruajes que no podria volver á alcanzar.

Resolviose por tanto á proseguir, y así lo verificó; mas apenas habia caminado una legua, cuando el hambre, sosegada, ó

por mejor decir, distraida por aquel tormento moral, se renovó en el desdichado, mas penetrante y terrible.

El cansancio vino bien pronto á aumentar la angustia de su posicion. Con un esfuerzo desesperado, pudo alcanzar otra vez la comitiva; pero parecia que todo habia conspirado contra él.

Únicamente se detenian los carruajes para mudar caballos, y lo hacian con tanta prontitud, que apenas el pobre caminante pudo lograr cinco minutos de descanso en la primer parada.

Partió sin embargo: la aurora comenzaba á iluminar el horizonte, y el sol aparecia al través de densos y sombríos vapores con todo el brillo y majestad de un dominador, prometiendo uno de esos abrasadores dias de mayo que se anticipan dos meses al verano. Cómo podria Jilberto resistir, en el estado en que se hallaba, los ardores del mediodia?

Lisonjeóse su amor propio con la idea que á su imaginacion se presentaba, de que caballos, hombres y el mismo Dios, se habian unido en contra suya. Seme-

jante á *Ayax*, amenazó al cielo mostrando sus puños, y si no dijo como este, «escaparé á pesar de los Dioses,» fué porque conocia menos la *Odisea* que el *Contrato social*.

Llegó un momento como ya lo habia él mismo previsto, en que conoció la insuficiencia de sus fuerzas, y la angustia de su posicion. Terrible fué aquel instante en que luchó el orgullo contra su impotencia. Duplicose su energia con todo el poder de la desesperacion, y á favor de un último esfuerzo, logró acercarse á la escolta que ya habia perdido de vista, distinguiéndose al través de una nube de polvo á que la sangre que brotaban sus ojos prestaba fantásticos colores, resonando en sus oidos, unido á las palpitaciones de las arterias, el estruendo que hicieran rodando los carruajes.

La boca abierta, fija su mirada, y el cabello pegado á su frente empapada en sudor, asemejábase á un hábil autómeta, imitando los movimientos del hombre aunque con mayor formalidad y perseverancia.

Veinte ó veinte y dos leguas habia caminado desde la vispera.

Llegó por último aquel instante tan temido en que sus piernas destrozadas se negaron á sostenerle: ya no veia ni oia, y la tierra parecia dar vueltas á su alrededor; quiso pedir socorro, faltóle la voz, y deseando sostenerse al conocer que caia, golpeó el aire con sus brazos, como un insensato.

Resonó en fin su voz con gritos de rabia. Volviose hacia París, ó mejor dicho, en la direccion en que creia se encontraba aquella ciudad, lanzó mil terribles imprecaciones contra los vencedores de su valor y fuerzas, y asiendo violentamente sus cabellos con ambas manos, jiró sobre sus piés, y vino á tierra con el convencimiento, y por tanto con el consuelo, de haber luchado semejante á un héroe de la antigüedad, hasta el último momento.

Con los puños crispados, y mirada amenazadora, quedó agoviado en el polvo.

Cerráronse á poco sus ojos, aflojáronse sus músculos, y perdió los sentidos.

—¡Hola!... hola!... cuidado, gritó en aquel momento una voz ronca acompañada de los chasquidos de un látigo.

Nada pudo oír Jilberto.

—¡He! he! apártate ó te estripo! demonio!

Y acompañó estas voces con un latigazo que alcanzó á Jilberto en la cintura; pero permaneció insensible é inmóvil, á pesar de aquel estimulante.

Un grito terrible salió del coche cuando ya estaba el jóven á pique de ser destrozado por las ruedas. Hizo el postillon un esfuerzo sobrenatural, no pudiendo sin embargo sujetar al caballo delantero que saltó por cima de Jilberto. Detuviéronse los otros dos, y una señora, asomándose á la portezuela, esclamó con acento angustiado:

—Pobre niño! ay, Dios mio! Ya estará sin duda muerto!

—Señora.... así lo creo, contestó el postillon, tratando distinguir al jóven al través del polvo que levantaban los caballos.

—Pobrecito!... no paseis adelante....

detened el coche, dijo la viajera saltando precipitadamente al camino.

Ya se habia tambien apeado el postillon, y estaba ocupado en sacar de entre las ruedas el cuerpo de Jilberto, que creia encontrar ensangrentado y muerto.

—Qué ventura! exclamó; nada le ha sucedido.

—Pero ha perdido el sentido.

—De miedo sin duda: le colocaremos junto á la zanja; y puesto que teneis prisa, seguiremos nuestro camino.

—Imposible! no puedo abandonarle en ese estado.

—Bah! no tiene contusion alguna, y volverá en sí, sin necesitar auxilio de nadie.

—No, no, pobrecito.... tan jóven: será tal vez un desertor de colejió que habrá querido emprender un viaje superior á sus fuerzas. Ved qué pálido está; se moriría. No, no le abandonaré. Colocadle con cuidado en la berlina.

Obedeció el postillon, y la señora que habia vuelto á ocupar su asiento durante aquella operacion, dijo:

—Adelante! y si ganais estos diez minutos que hemos perdido, os regalo un doblon.

Hizo crujir el cochero su látigo, y los caballos, con este aviso, salieron á todo escape.

CAPÍTULO XX.

Disminuye el sentimiento de Gilberto por la pérdida de su escudo.

Quedó singularmente sorprendido nuestro jóven al volver de su desmayo, por verse colocado sobre los piés de una jóven que atentamente le miraba.

Tendría veinte y cuatro ó veinte y cinco años, ojos pardos, nariz remangada, y mejillas tostadas por el sol de mediodia. Su pequeña boca delicada y caprichosamente delineada, prestaba á aquella franca y alegre fisonomia, un carácter de astucia y circunspeccion. Sus brazos, que eran hermosísimos, estaban cubiertos en aquel momento con mangas de terciopelo color de violeta, realzadas con botones de oro. Ocupaba casi todo el carruaje con los ondeantes pliegues de su

traje de seda gris, labrada con grandes ramos, porque Jilberto conoció tambien con no menor sorpresa, que se hallaba en un coche llevado al galope por tres caballos de posta.

Como el semblante de aquella señora era risueño y manifestaba interés hacia él, se puso á mirarla hasta cerciorarse completamente de que no era sueño cuanto le pasaba.

—Y bien! hijo mio, le dijo despues de un momento de silencio, estais mejor ahora?

—Dónde me hallo? preguntó el jóven, acordándose de esta frase que habia leído en las novelas, y que solo en ellas se acostumbra pronunciar.

—En sitio seguro, contestó la señora con acento enteramente meridional; pero estuvisteis hace poco en gran peligro de ser atropellado por mi carruaje. Decidme, qué os ha sucedido para caer de aquella suerte en medio de la carretera?

—Sentí un desmayo tan grande....

—Cómo! y de qué os provenia esa debilidad?

—Habia caminado demasiado.

—Hace mucho tiempo que estais viajando?

—Desde ayer á las cuatro de la tarde.

—Y desde esa hora, habeis andado?..

—Diez y seis ó diez y ocho leguas segun creo.

—En doce ó catorce horas?

—Ya! si no he dejado de correr.

—Dónde vais?

—A Versailles, señora.

—Y habeis salido?..

—De Taverney.

—Qué punto es ese?

—Es un castillo situado entre Piedra-Fita y Bar-le-Duc.

—Apenas habeis tenido tiempo para comer?

—No solo no he tenido tiempo, sino tampoco proporcion.

—Cómo?

—Perdí mi dinero en el camino.

—Y no habeis comido desde ayer?..

—Solo unos bocados de pan que saqué del castillo.

—Pobrecito! pero por qué no habeis

pedido de comer en cualquier parte?

Sonriose con desprecio el jóven y contestó:

—Porque soy orgulloso, señora.

—Orgulloso! y en eso estais pensando cuando vais á morir de hambre?

—Vale mas perecer, que deshonorarse.

Contempló la señora su sentencioso interlocutor, con cierta admiracion.

—Y quién sois vos, para hablar asi, amigo mio? preguntó.

—Un huérfano.

—Y os llamais?

—Jilberto.

—De qué?

—De nada.

—Cómo! dijo la jóven, cada vez mas admirada, mientras su compañero se alegraba al considerar que se habia atraido el interés de la hermosa viajera.

—Sois demasiado jóven, añadió aquella, para andar solo por esas carreteras.

—Dejéronme desamparado en un viejo castillo que sus amos abandonaron, y al verme solo, hice como ellos.

—Sin objeto?

—El mundo es bien grande, y según dicen, hay sitio para todos bajo el sol.

—Este será, dijo para sí la señora, algún bastardo de aldea, que huye de su solar.

—Y decís que habeis perdido vuestro bolsillo? añadió en voz alta.

—Sí señora.

—Llevábais mucho en él.

—Un solo escudo de seis francos; pero me hubiera bastado, contestó sintiendo la vergüenza de descubrir su pobreza, y el peligro de hacer alarde, aumentando un caudal que pudieran suponer mal adquirido.

—Esa sola cantidad para un viaje tan largo! Si apenas teníais suficiente para comprar pan durante dos días! Y desde Bar-le-Duc hasta París habeis dicho?

—Sí señora.

—Friolera! de sesenta á sesenta y cinco leguas, según creo.

—No las he contado, y únicamente dije: es preciso ir.

—Pobre loco! y luego os pusisteis en marcha?

—Oh! tengo buenas piernas.

—Por muy buenas que sean, ya habeis visto que tambien se cansan.

—No me faltaron ellas, sino las esperanzas.

—En efecto, paréceme que estábais cuando os ví, muy desesperado.

Sonriose dolorosamente Jilberto.

—En qué pensábais? Os heríais la frente, y os arrancábais los cabellos.

—Fué ilusion vuestra, señora, contestó Jilberto turbado.

—Estoy cierta, y sin duda vuestra desesperacion os impidió oír los caballos.

Imaginó el jóven que podria engrandecerse con la narracion de la verdad desnuda: su instinto le anunciaba que era interesante su posicion, y mucho mas para los ojos de una mujer.

—En verdad, estaba muy desesperado, contestó.

—Y por qué motivo? preguntó la señora.

—Por no poder alcanzar un coche que iba siguiendo.

—Hola! dijo sonriendo la jóven: se-

¿A esto alguna aventura? La habrá quizá motivado el amor?

No era todavía el jóven bastante dueño de sus sensaciones para dejar de sonrojarse.

—Decidme: qué carruaje era ese?

—Uno de los del séquito de la princesa.

—¿Qué habeis dicho! exclamó admirada la jóven: van delante de nosotros?

—Sin duda.

—Creí quedaban detrás, y que apenas habrían llegado á Nancy. No la hacen honores por el camino?

—Sí señora; pero segun parece, Su Alteza lleva mucha prisa.

—¿Quién os ha informado de todo eso?

—Lo presumo.

—¿Que lo presumís?

—Sí señora.

—¿Por qué causa?

—Porque anunció que descansaría dos ó tres horas en Taverney, y apenas se detuvo tres cuartos de hora.

—Sabeis si ha recibido alguna carta de París?

—Vi entrar un caballero con uniforme bordado, y una carta en la mano.

—Le oísteis nombrar?

—No, pero supe que era el gobernador de Strasburgo.

—Mr. de Stainville, el cuñado de Mr. de Choiseul. Cáspita! Mas aprisa, postillon, mas aprisa!

Un vigoroso latigazo, contestó á esta recomendacion, y Jilberto conoció que el carruaje, á pesar de ir á escape, aumentó su velocidad.

—Conque dijisteis que la princesa vá delante?

—Sí señora.

—Ya! pero se detendrá para almorzar, murmuró la desconocida, como hablando á sí misma; y entonces podremos tomarle la delantera, á no ser que esta noche.... Ha parado en algun punto esta noche?

—En Saint-Dizier.

—A qué hora?

—A las once, poco mas ó menos.

—Sería para cenar. Tambien tendrá que almorzar. Postillon, cuál es la pri-

mer ciudad de alguna importancia que se encuentra en este camino?

—Vitry, señora.

—A cuánta distancia estamos?

—A tres leguas.

—Dónde se mudan caballos?

—En Vauclère.

—Continuad, y si veis una hilera de coches, avisadme.

Habíase vuelto á desmayar Jilberto durante el diálogo que antecede, y cuando la viajera volvió á sentarse, le encontró pálido y cerrados los ojos.

—Pobrecito! Vuelve á perder el conocimiento y por culpa mia, pues le hago hablar cuando está muriéndose de hambre y sed, en lugar de darle lo que necesita.

Y para remediar el tiempo perdido, sacó inmediatamente de uno de los bolsos del coche, un frasco cincelado, de cuyo cuello colgaba con una cadenita de oro un cubilete de plata.

—Bebed en primer lugar un poco de este agua de la Costa, dijo llenando el vaso y presentándolo al jóven.

Éste bebió sin dar lugar á que se lo

repetieran, ya fuera por la influencia que para él tuviese la mano que se lo daba, ya porque su necesidad fuese mas apremiante que en Saint-Dizier.

—Ahora, prosiguió aquella, tomad un bizcocho, y de aquí á una ó dos horas, os daré mejor almuerzo.

Jilberto lo recibió, dando las gracias.

—Bien! pues ya que estais mas capaz, decidme: si no teneis inconveniente en admitirme por confidente vuestra, qué interés teniais en seguir ese carruaje, que segun me habeis ya manifestado, es uno de los que acompañan á la princesa.

—Os diré la verdad en dos palabras, repuso Jilberto. Yo vivia en casa del Sr. baron de Taverney cuando Su Alteza llegó á dicho punto, y llevó consigo al baron que he nombrado. Como soy huérfano, nadie se acordó de mí, y me abandonaron sin dinero ni provisiones. Juré entonces, que puesto que todos iban á Versalles con la ayuda de buenos caballos y brillantes coches, yo iria tambien á pié, y llegaría tan pronto como ellos. Desgraciadamente me faltaron las fuer-

zas, ó por mejor decir, la fatalidad se pronunció contra mí. Si no hubiese perdido mi dinero, hubiera comido anoche y pudiera haberlos alcanzado esta mañana.

—Está muy bien! eso es tener valor! exclamó la señora; y os doy la enhorabuena. Pero imagino una cosa que acaso ignorareis....

—Cuál?

—Que en Versalles no se vive únicamente con tener ánimo.

—Iré á París.

—Es igual.

—Pero si no se vive solo con valor, se podrá vivir trabajando.

—Muy bien contestado, amiguito. Con qué trabajo? Vuestras manos no son las de un jornalero ni de un mozo de cordel.

—Entonces, estudiaré.

—Figúrome que ya estais bien adelantado.

—Sí, porque conozco que nada sé, contestó de un modo sentencioso Jilberto, recordando el dicho de Sócrates.

—Quereis decirme qué ciencia estu-

diarialis con preferencia?

—Imajino, señora, que la mejor de todas, es la que permite al hombre ser útil á sus semejantes. Y como la criatura es tan poca cosa en el mundo, opino que debe estudiar el secreto de su flaqueza para conocer el de su fuerza. Quiero saber algun dia el motivo por qué la debilidad de mi estómago ha ocasionado la de mis piernas, y conocer si es ella misma la que atrajo á mi cerebro la ira, la fiebre y el desvanecimiento que me abatieron.

—Hola! Ya veo que llegareis á ser un excelente médico, y me parece que teneis ya adquiridos no pocos conocimientos de esa ciencia. Os ofrezco mi visita para de aquí á diez años.

—Me esforzaré por merecer ese honor, señora.

—Detúvose en este momento el postillon, habiendo llegado á la parada sin haber visto carruaje alguno. Se informó la jóven viajera, y supo que un cuarto de hora antes, la princesa habia pasado por aquel punto, debiendo detenerse en

Vitry para almorzar y mudar los tiros.

Mandó la señora al nuevo postillon, que saliese de la poblacion al paso de costumbre, y luego que estuvo enteramente fuera:

—Postillon, le dijo: os atreveis á alcanzar los carruajes de Su Alteza?

—Sin duda.

—Antes que llegue á Vitry?

—Cómo! si iban á un trote largo.

—Ya, pero si nosotros fuésemos á escape.... os daré triple gratificacion.

—Si me lo hubiéseis dicho al salir, ya estaríamos á un cuarto de legua de aquí.

—Tomad un escudo de seis francos por cuenta de lo que os he prometido, y tratad de recuperar el tiempo perdido.

Recibiolo el postillon, y el carruaje salió con la rapidez del viento.

Jilberto se habia bajado durante la parada para lavarse la cara y las manos, habiéndose mejorado mucho con esta operacion, y se ocupó despues en alisar sus cabellos que eran hermosísimos.

—No es seguramente muy mal parecido mi futuro médico, dijo para sí su com-

pañera al par que le miraba sonriendo cuando volvió á subir.

Jilberto se sonrojó como si adivinara lo que ocasionaba la sonrisa de la viajera.

Luego que esta hubo concluido su diálogo con el postillon, se dirigió hacia nuestro jóven filósofo, cuyas paradojas, viveza de carácter y máximas, la habian sumamente agradado.

Interrumpíase á veces sin embargo en medio de alguna carcajada, provocada por alguna respuesta que olía á filosofismo á una legua en circunferencia, para asomarse y estender su vista á lo largo del camino; mas si su brazo tocaba lijeraente el rostro de Jilberto, ó su torneada rodilla se apoyaba sobre su cuerpo, la bella viajera se divertia al ver el contraste que formaban los ojos del futuro médico, humildemente inclinados, con el vivo carmin que coloreaba sus mejillas.

Ya habrian caminado sobre una legua, cuando la jóven arrojó un grito de alegría, y se inclinó al mismo tiempo sobre el banquillo del coche con tan poca precaucion que cubrió con su cuerpo en-

teramente á su compañero.

Acababa de divisar los últimos carruajes de la escolta que subian con dificultad una cuesta sobre la cual se veian ordenados veinte coches, distinguiéndose tambien casi todos los viajeros que habiéndose bajado, la subian á pié para aliviar algun tanto á los caballos.

Apartó Jilberto el vestido, y deslizándose, asomó su cabeza por cima del hombro de la viajera, hincándose sobre el asiento tratando de descubrir con sus ardientes miradas á la señorita de Taverney en aquella multitud de ascendientes pigmeos, entre los que creyó reconocer á Nicolasa.

—Qué debo hacer ahora? preguntó el postillon.

—Dejar atrás toda esa comitiva.

—Es imposible, señora. No se puede dejar atrás á la princesa.

—Por qué?

—Porque está prohibido. Diantre! Pasar delante de los caballos del rey! Iria á presidio.

—Pues es indispensable que así lo

hagas, arréglate como mejor te parezca.

—Cómo, señora! No formais parte de la escolta? preguntó Jilberto creyendo que aquel era un carruaje rezagado, y que toda aquella premura era solo ocasionada por el deseo de ocupar cuanto antes su puesto.

—El deseo de instruirse es laudable, contestó la jóven; pero la indiscrecion de nada sirve.

—Dispensadme, señora, dijo Jilberto abochornado.

—Veamos! qué hacemos? preguntó la señora al postillon.

—Seguiremos detrás hasta Vitry, y si Su Alteza se detiene, pediremos permiso para seguir adelante.

—Pero se informarán y sabrán que yo... no, eso no conviene; busquemos otro medio.

—Si me permitiéseis, señora, dijo Jilberto, os daría un consejo.

—Dadlo, amigo mio, y si es bueno, le aprovecharemos.

—Si tomásemos una trocha y rodeásemos la poblacion, nos encontraríamos

delante de la princesa sin haberle perdido el respeto.

—Dice bien este jóven: postillon! no conoceis trocha alguna?

—Que conduzca dónde?

—Dónde quiera, con tal que nos adelantemos á la princesa.

—Ya! si.... aquí á la derecha tenemos el camino de Marolle que pasa alrededor de Vitry, y se une con la carretera en Lachaussée.

—Bueno! eso és.

—Pero sabreis señora, añadió aquel, que al hacer ese rodeo duplico la posta?

—Os doy dos luises, si llegais á Lachaussée antes que Su Alteza.

—Y si se rompe el coche?

—Seguiré á caballo.

Jiró inmediatamente el carruaje sobre la derecha, y entrando en un carril, siguió por la orilla de un riachuelo, cuyas aguas desembocan en el *Marne* entre la *Chaussée* y *Mutiñi*.

Cumplió el postillon su palabra, pues hizo cuanto fué humanamente posible para destrozar el coche, y llegar cuanto antes.

Veinte veces fué arrojado Jilberto sobre su compañera, quien otras tantas cayó en los brazos del jóven filósofo.

Este supo ser cortés sin ser molesto, y ni una sola sonrisa apareció en sus labios, aun cuando sus ojos manifestaban claramente que la viajera no le desagradaba.

La soledad ocasiona ordinariamente la intimidad: despues de dos horas de caminar por trocha, nuestros viajeros se miraban como si fueran amigos desde la infancia.

A las once llegaron al camino real que conduce de Vitry á Chalons, y habiéndose informado de un correo á quien encontraron, supieron que Su Alteza se detendría no solo para almorzar, sino que habiéndose sentido muy fatigada, tomaría en Vitry dos horas de descanso. Tambien les informó que era enviado á la próxima parada para invitar á los palafreneros que estuviesen dispuestos para las tres de la tarde.

Llena de alegría por esta noticia, la viajera dió al postillon los dos luises que

le habia ofrecido, y dirijiéndose á .Jilberto:

—A fé mia que nosotros tambien vamos á comer en la próxima parada.

Pero el destino decidió lo contrario.

CAPÍTULO XX.

Introduccion de un nuevo personaje.

Divisabase desde la cumbre de la cuesta, que la silla de posta tocaba en aquel momento el lugar de La-Chaussée, donde debian hacer parada.

Se componia esta poblacion de un cierto número de casas, distribuidas graciosamente segun el capricho de sus habitantes, unas á un lado del camino, otras á la sombra de un bosquecillo, próximas á una fuente, y la mayor parte, siguiendo la corriente del arroyo de que ya hemos hecho mencion, por cima del cual y en la puerta de cada casa, habian colocado lijeras tablas á manera de puente.

Pero lo que mas pudiera llamar la atencion en aquel momento, era un hom-

bre que colocado á un lado del arroyo y en medio del camino como cumpliendo con alguna consigna, ya dirijia ávidas miradas hacia la carretera, ya contemplaba un hermoso caballo que sujeto al postigo de una choza, bamboleaba con repetidos golpes sus tableros con una impaciencia que pudiera disculparse al verle ensillado, manifestando de este modo que aguardaba á su dueño.

Cansado ya de explorar inútilmente el camino, el desconocido se aproximaba al caballo y le examinaba al parecer con intelijencia, aventurándose á pasarle por la grupa su adiestrada mano ó á pellizcarle sus delgadas piernas. Luego que evitaba la cox con que contestaba el animal á cada una de sus tentativas, volvía á su observacion dirijiendo de nuevo su vista á la carretera que estaba enteramente desierta. En fin, viendo que nadie venia se decidió á llamar al postigo.

—Hola! No ha? nadie? gritó.

—Quién llama? contestó un hombre abriendo al mismo tiempo la ventana.

—Si está de venta ese caballo, dijo el

extranjero, ya habeis encontrado comprador.

—Amigo mio, no está de feria, contestó el aldeano cerrando de nuevo el postigo.

No quedó satisfecho con esta respuesta el extranjero, y volvió á llamar segunda vez.

Era un hombre de unos cuarenta años, alto y robusto, color tostado, barba roja, cuya nerviosa mano se ocultaba bajo los encajes del ancho puño de su camisa. Cubria su cabeza un sombrero con galones, é inclinado sobre la sien izquierda, á la moda de los oficiales de provincia cuando quieren amedrentar á los parisienses.

Llamó por tercera vez, é impacientándose al ver que nadie contestaba:

—Sabeis, buen amigo, le dijo, que sois poco cortés, y que si no os asomais, hundo la ventana?

Abriose con esta amenaza, y apareció el mismo rostro.

—Qué diablos! Cuántas veces es preciso deciros que no está de venta ese ca-

ballo? Paréceme que debiera bastaros con la primera!

—Tampoco habreis olvidado que tambien os dije le necesitaba.

—Si le necesitais, id á la posta y escojed entre los sesenta que allí hay pertenecientes al rey; pero dejad este que es el único que posee su amo.

—Lo creo; pero os repito que este es el que quiero.

—Se conoce teneis buen gusto! Un caballo árabe!

—Motivo para que en ello tenga mas empeño.

—Es muy posible; mas tendreis que dejarle donde está, porque repito, no se vende.

—A quién pertenece?

—Sois bien curioso.

—Y tú un indiscreto.

—Os lo diré para concluir. Es de una persona alojada en mi casa, que lo quiere como á una criatura.

—Quiero hablar con ella.

—Está durmiendo.

—Es hombre ó mujer?

—Mujer.

—Pues dile que si le hacen falta quinientas pistolas, estoy pronto á darlas por su caballo.

—Quinientas pistolas! dijo el aldeano con admiracion, buena cantidad es á fé mia!

—Añade, si quieres, que es un antojo del rey.

—Del rey?

—Sí.

—Vamos, quereis hacerme creer que vos sois el rey?

—No, pero lo represento.

—Que lo representais? dijo el campesino quitándose con prontitud el sombrero.

—Si, date prisa, pues le urge mucho; contestó el hércules mirando atentamente lo largo de la carretera.

—Podeis estar descuidado, hablaré con la señora luego que despierte.

—Ya, pero yo no puedo esperar tanto tiempo.

—Entonces qué haremos?

—Despertarla. Pardiez!

—Ay! no me atrevo.

—Pues aguarda; allá voy yo á quitarle el sueño, dijo el personaje que pretendia representar á Su Majestad, aproximándose para llamar al postigo superior con un látigo con puño de plata que traia.

Ya alzaba la mano para verificarlo, cuando se detuvo al ver una silla de posta que hacia aquel punto se dirijia á escape, tirada por cuatro caballos, y le era sin duda muy familiar, pues conociéndola al punto, corrió á su encuentro con una precipitacion que hubiera honrado al caballo árabe, cuya posesion apetecia.

En este carruaje venia la viajera, ánjel tutetar de Jilberto.

El postillon, al ver aquel hombre que le hacia señas, detuvo sus caballos, pues ignoraba dónde queria detenerse la viajera.

—Chon! querida Chon! gritó el extranjero. Hola! has llegado ya! sea enhorabuena! Dios te guarde!

—Sí, Juan, ya llegué, contestó la viajera que habia sido interpelada con tan extraño nombre; qué haces tú ahí?

—Me gusta la pregunta! te estoy es-

perando, contestó el hércules saltando sobre el estribo. Y pasando sus brazos por la portezuela, estrechó á la jóven, llenándola de besos. Pero reparando en Jilberto, que ignorante de las relaciones que existian entre estos nuevos personajes que hemos introducido en la escena, miraba con enfado, semejante al perro á quien le quitan un hueso:

—Diantre! qué traes ahí? preguntó.

—Un filósofo sumamente divertido, contestó la jóven sin inquietarse si aquella respuesta podia ofender á su ahijado.

—Dónde le has encontrado?

—En la carretera: pero eso no es lo que nos interesa en este momento.

—Tienes razon, contestó Juan. Y nuestra viajera condesa de Bearne?

—Éstá conforme.

—Cómo, que está conforme?

—Sí, vendrá.

—Que vendrá?

—Sí, sí, contestó la señorita Chon meneando la cabeza.

—Qué le has contado?

—Que yo era la hija de su abogado

Mr. Flajeot, y que cumpliendo con el encargo que me hiciera mi padre para cuando pasase por Verdun, me presentaba á ella para avisarle que su pleito estaba próximo á verse.

—Nada mas?

—Tambien añadí, que para cuando eso se verificase, era indispensable marchase á Paris.

—Qué hizo entonces?

—Abrió pasmada sus ojos, tomó un polvo, y dijo que Mr. Flajeot era el hombre mas sabio del mundo. Concluidas sus exclamaciones, dió orden para preparar su viaje.

—Muy bien! Te nombro mi embajador extraordinario: pero mientras tanto, vamos á almorzar.

—Sí, pues este pobre jóven se muere de debilidad; pero démonos prisa.

—Por qué?

—Porque viene ahí.

—Quién, la vieja litiganta? bah! con tal que lleguemos dos horas antes que ella.... el tiempo para prevenir á Mr. de Maupeou....

—No: es la princesa.

—No puede ser. La princesa debe estar todavía en Nancy.

—Está en Vitry.

—A tres leguas de aquí?

—Ni mas ni menos.

—Fuego! esto es otra cosa! Adelante postillon, adelante!

—Dónde vamos, caballero?

—A la posta.

Marchó el carruaje, y cinco minutos despues se detuvo en la Fonda de la Posta.

—Pronto, pronto, gritó Chon, chuletas, pollos, huevos, una botella de Borgoña, cualquier cosa, no podemos detenernos ni un momento.

—Señora, dijo el dueño de la fonda, si marchais al instante, tendreis que hacerlo con vuestros caballos.

—Como! con nuestros caballos? repuso Juan saltando con pesadez al suelo.

—Sin duda, ó con los que os han traído.

—No puede ser, contestó el postillon; ved cómo vienen esos animalitos: ya han doblado la posta.

—Sin duda, añadió Chon, no es posible puedan seguir adelante.

—Quién quita que me deis otros caballos? preguntó el vizconde.

—Nadie; pero no los tengo....

—Estais obligado á tenerlos.... y segun el estatuto....

—El estatuto me obliga á tener quince en mis cuadras.

—Pues bien?

—Pues bien! tengo diez y ocho.

—An! pues entonces....

—Pero están fuera.

—Los diez y ocho?

—Sí señor.

—Mil rayos....

—Vizconde!... Vizconde! cuidado! interrumpió la jóven.

—Tienes razon, contestó el perdonavidas; descuida, trataré contenerme; y dirijiéndose al dueño de la casa, añadió:

—Cuándo vuelven tus rocines?

—Segun: dentro de una hora ó dos tal vez; eso depende de los postillones.

—Os figurais acaso, dijo el vizconde encasquetándose el sombrero y doblando

la pierna derecha, que estoy chanceando?

—Desearía que así fuese.

—Conque veamos si enganchan al punto, ó de lo contrario....

—Venid conmigo á la cuadra, y si encontráis algun caballo, os lo regalo.

—Y si encuentro sesenta, qué harás, socarrón?

—Será lo mismo que si no encontráis ninguno, puesto que pertenecen á Su Majestad, y no puedo alquilarlos.

—Entonces, para qué están aquí?

—Para el servicio de la señora princesa.

—Dices que hay sesenta caballos en los pesebres y que no puedo tomar ninguno?

—Sin duda. Ya conoceréis....

—Solo conozco que debo marchar.

—Lo siento....

—Y como la princesa no podrá llegar hasta la noche....

—Qué decís? preguntó aturdido el dueño de la posta.

—Que los caballos podrán volver antes de su llegada.

—Caballero, exclamó aquel pobre hombre; tendríais el atrevimiento?...

—Bah! dijo el vizconde encaminándose hacia la cuadra, aguardame y lo verás!

—Pero, caballero....

—Tres solamente quiero; no exijo ocho como las Altezas Reales, aun cuando tengo derecho.... al menos por la alianza; no, con tres quedaremos en paz.

—Ni uno os llevareis, dijo el maestro de postas interponiéndose entre sus caballos y el vizconde.

—Sabes quien soy gran pillo? gritó este palideciendo de cólera.

—Vizconde! gritaba Chon. Por Dios vizconde: sin escándalo!

—Tienes razon querida mia.

Y dirijiéndose con amabilidad al dueño, despues de un momento de reflexion añadió:

—Vamos amigo mio; basta ya de palabras, y acudamos á los hechos. Voy á poner á cubierto vuestra responsabilidad.

—Cómo? preguntó aquel con descon-

fianza á pesar de la afabilidad de su interlocutor.

—Tomándolos yo mismo. Hé aquí tres caballos de talla enteramente igual, y me los llevo.

—Qué, os los llevais?

—Sí.

—Y á eso llamais dejarme libre de toda responsabilidad?

—Sin duda. No los dais, os los quitan.

—Ya os dije que es imposible.

—Ea, decidme pronto donde teneis colgados los arreos.

—Que nadie se mueva, gritó el maestro á dos ó tres mozos de cuadra que andaban por las caballerizas y el patio.

—Ah, bellacos!

—Juan! querido Juan! gritó Chon al oír las voces. No te arrebatas, amigo mio. Es preciso tolerarlo todo con paciencia.

—Pero no una detencion, contestó aquel tratando de tranquilizarse; y conozco que me detendria si aguardase que estos tunos me ayudáran á enganchar. Voy á hacerlo yo mismo.

Y poniendo por obra su amenaza, des-

ató tres arreos que colocó sobre los tres caballos.

—Ten piedad, Juan! gritó Chon juntando sus manos; ten piedad!

—Quieres llegar ó no? repuso el vizconde rechinando los dientes.

—Sin duda, así lo deseo: lo perdemos todo si no llegamos á tiempo.

—Pues entonces déjame obrar, dijo el vizconde separando los tres caballos que habia elejido, y dirijiéndose hacia el coche llevándolos del diestro.

—Pensad lo que haceis, gritaba el maestro de postas siguiendo á Juan: es un crimen de lesa majestad, robar esos caballos.

—No los robo, gran necio, los llevo prestados. Vamos, negrillos, adelante!

Trató nuevamente oponerse el maestro; pero Juan lo rechazó con violencia.

—Hermano! hermano! gritó Chon.

—Ah! conque es su hermano, murmuró Jilberto respirando con mas libertad en el interior del carruaje.

Abrióse en este momento una ventana en la otra acera de la calle, y una be-

lísima jóven se asomó azorada al oír aquel ruido.

—Ah! sois vos, señora? dijo el vizconde variando la conversacion.

—Cómo yo! repuso la señora en mal francés.

—Ya habeis despertado, me alegro. Quereis venderme vuestro caballo?

—Mi caballo?

—Si señora, aquel árabe que estaba amarrado al postigo.

—No señor, contestó la jóven cerrando la ventana.

—No hay remedio, tengo hoy mala suerte: no encuentro quien venda ni a!—quile. Pero por vida de Sanes que me he de llevar el árabe, y reventaré estos rocines! Ven acá Patricio, dijo volviéndose hacia su lacayo que obedeció inmediatamente.

—Engancha corriendo.

—Acá, mozos! acá! gritó el posadero.

Dos palafreneros acudieron á estas voces.

—Vizconde! Juan! exclamaba la viajera tratando aunque inútilmente de abrir

la portezuela: estas loco? cuidado que esos pícaros van á matarnos.

—A matarnos! nosotros sí que no vamos á dejar uno con vida: somos tres contra tres. Vamos jóven filósofo! añadió dirigiéndose á Jilberto, que lejos de moverse permanecía atónito en el carruaje. Oyes! abajo! abajo! y nos ayudarás á distribuir garrotazos, pedradas, pescozones ó lo que mejor te venga en voluntad. No entiendes? Por Cristo, que segun estás arrinconado, pareces un santo de yeso.

Interrogó Jilberto á su protectora con una mirada inquieta y suplicante, y esta le detuvo por el brazo. Desgañitábase entretanto el maestro de postas dando voces y tirando de los caballos que Juan sujetaba con todas sus fuerzas.

Llegó en fin el momento que debiera poner término á aquella lucha. Hostigado, fatigado é impacientado, el vizconde alargó tan recia puñada al defensor de los caballos, que este cayó rodando en una charca en medio de los patos y gansos espantados.

—Socorro! que me matan! al asesino.

gritaba el posadero, mientras que el vizconde que conocia el valor de cada momento, se daba prisa á enganchar.—Socorro! que me matan! al asesino! favor al rey! repetia aquel, esperando que los dos palafreneros le ayudasen.

—Quién pide favor al rey? gritó un hombre á caballo que entró á galope en el patio de la casa de postas, deteniendo en medio de los actores de aquella escena, su caballo fatigado y empapado en sudor.

—Mr. Felipe de Taverney! murmuró Jilberto acurrucándose cuanto pudo en un rincon del coche.

Chon, que en todo estaba, pudo oír el nombre del jóven jinete.

CAPÍTULO XXII.

El vizconde Juan.

Al ver la estraña escena que principiaba á reunir todos los niños y mujeres de aquella poblacion en la puerta de la hostelería, el jóven teniente de jendarmes reales se apeó de su caballo, y el maes-

tro de postas fué, tan pronto como pudo verle, á echarse á los pies de aquel inesperado protector que la providencia le enviaba.

—Sabeis lo que sucede, señor oficial?

—No, amigo mio, contestó con frialdad Felipe; pero podeis referirmelo.

—Pues quieren llevarse á viva fuerza los caballos de Su Alteza Real.

—Quién es osado para tanto? preguntó aquel abriendo pasmado sus ojos, como un hombre á quien refieren una cosa increíble.

—El señor, contestó el posadero designando al vizconde.

—El señor? repitió Felipe.

—Sí.... yo, yo mismo, repuso Juan.

—Os equivocáis, añadió Taverney balanceando la cabeza; ó el señor está loco, ó no es caballero.

—Quien se equivoca sois vos sobre ambos puntos, mi querido teniente, replicó el vizconde: tengo muy firme la cabeza, y estoy acostumbrado á subir en los coches de Su Majestad.

—Cómo es posible, siendo como aca-

bais de decir, que os atrevais á faltar á la princesa, apoderándoos de sus caballos?

—En primer lugar, aquí hay sesenta, y Su Alteza solo necesita ocho; sería una gran desgracia si al tomar tres á la aventura, me llevase justamente los suyos.

—Es cierto que hay los que habeis dicho. Tampoco niego que la princesa solo se sirve de ocho; pero no es razon para que dejen de pertenecer á Su Alteza desde el primero hasta el último, y no podeis conocer los que están destinados para su servicio.

—Ahora vereis, sin embargo, lo contrario, contesto aquel con ironía, puesto que me llevo el tiro. Ah! conque queríais que yo fuera á pié, mientras esa chusma de lacayos corria con cuatro caballos! Vive Dios! que se contenten con tres, y gracias!

—Si los lacayos van con cuatro caballos, dijo Felipe alargando hacia el vizconde su brazo para disuadirle de aquella terquedad, es porque el rey asi lo ordena. Por tanto, tendreis la bondad, ca-

ballero, de mandar á vuestro criado lleve esos caballos al sitio donde los habeis tomado.

Fueron pronunciadas estas palabras con tanta firmeza como cortesía, y á menos de ser un impolítico, era preciso contestar con alguna delicadeza.

—Quizá no andariais muy descaminado, querido teniente, si entrase en vuestra consigna el cuidar de estos animalitos; pero ignoraba hasta ahora que los jendarmes reales hubiesen ascendido al decoroso empleo de palafreneros. Conque haced la vista larga, amigo mio, y buen viaje.

—Os equivocais, caballero; sin haber ascendido ó descendido al grado de palafrenero, lo que en este momento hago, está comprendido en mis atribuciones; pues Su Alteza me envia para cuidar que estén dispuestos sus tiros.

—Ah! Es diferente, repuso Juan; pero mi teniente, me permitireis os diga es poco decoroso ese servicio, y si esa jóven comienza á tratar de ese modo al ejército....

—De quién habláis en esos términos, caballero? interrumpió Taverney.

—Pardiez! de la austriaca.

—Y osais decir.... gritó palideciendo el jóven.

—No solo me atrevo á decir, sino tambien á hacer, añadió Juan. Ea! amigo Patricio, engancha pronto, tenemos prisa.

—Caballero, dijo con calma Felipe asiendo la brida del primer caballo, me hareis el favor de decirme quien sois?

—Si es grande vuestro empeño....

—Sin duda.

—Pues soy el vizconde Juan Dubarry.

—Cómo! sois el hermano de la....

—Que os hará pudrir en la Bastilia, señor oficial, si no sellais vuestros labios, contestó el vizconde subiéndose en el coche.

—Señor vizconde, dijo Taverney aproximándose á la portezuela, me hareis el favor de bajar, no es así?

—Ah! bah! á buena hora! no puedo detenerme, contestó haciendo por cerrar el carruaje.

—Si vacilais en obedecer un segundo

replicó Felipe sujetando con la mano izquierda la portezuela, os juro que os paso de parte á parte.

Y diciendo esto, desenvainó su espada con la mano derecha.

—Cómo! exclamó la viajera, eso sería un asesinato! renunciad á esos caballos, renunciad.

—Me amenazais? gritó irritado el vizconde al paso que tomaba su espada que tenia colocada en el pescante.

—Y la obra seguirá á la amenaza, si os deteneis un segundo: lo oís?

—No podemos marchar, dijo Chon al oído del vizconde, si no ganamos la amistad de ese oficial.

—Ni el agrado ni la violencia, pueden hacerme variar en el cumplimiento de mi obligacion, contestó Felipe acompañando estas palabras con una cortés reverencia al oír el encargo de la viajera; aconsejadle vos misma la obediencia, ó en nombre del rey á quien represento, me verá precisado á matar al señor si consiente batirse, ó á mandarle prender si rehusa.

—Y yo repito que á vuestro pesar par-

tiré, gritó enfurecido el vizconde desen-
vainando la espada y saltando fuera del
coche.

—Ahora lo veremos, dijo Felipe po-
niéndose en guardia. Estais preparado?

—Mi teniente, dijo el sarjento que
mandaba seis hombres de la escolta; mi
teniente permitis....

—Nadie se mueva, contestó: es cues-
tion personal: estoy á vuestras órdenes,
señor vizconde.

La viajera arrojaba gritos dolorosos,
y Jilberto deseaba que el coche fuese mas
profundo que un pozo, para poder ocul-
tarse mejor.

Juan comenzó el ataque. Era suma-
mente hábil en el ejercicio de las armas
que exige mas cálculo que destreza física;
pero la ira le hacia perder la mayor par-
te de su fuerza, al paso que Felipe ma-
nejaba al parecer su espada con tanta fa-
cilidad como si fuera un florete.

El vizconde se ajitaba; avanzaba y
saltando de izquierda á derecha gritando
como los maestros de esgrima. Felipe por
el contrario, apretados los dientes, fija su

mirada, firme é inmóvil como una estatua, todo lo veía, todo lo adivinaba.

Todos los circunstantes contemplaban con el mayor silencio aquella escena.

Duró el combate dos ó tres minutos sin que el vizconde hubiese adelantado nada con sus fintas, voces y retiradas, y sin que Felipe que estudiaba el manejo de su adversario atacase una sola vez: pero de repente dió Dubarry un salto hacia atrás lanzando un grito. Su puño se ensangrentó al mismo tiempo, y la sangre corrió rápidamente á lo largo de sus dedos.

Felipe le habia atravesado el brazo de una estocada.

—Caballero, le dijo, estais herido.

—Ya lo sé, voto á Cristo! contestó Juan palideciendo y soltando su espada.

Recojió Felipe y se la presentó diciendo:

—Marchaos, caballero, y no volvais á hacer semejantes locuras.

—Pardiez! si las hago, las pago! murmuró el vizconde. Ven pronto querida Chon; ven, añadió volviéndose á su hermana que bajaba apresuradamente del

coche para favorecerle.

—Espéro, señora, me hareis justicia, conociendo que no ha sido por culpa mia, y siento infinito haber tenido que tirar de la espada ante una señora, dijo Tavernerney saludando al retirarse á la viajera.

—Desenganchad ese tiro, amigo mio, añadió al maestro de postas, y llevad los caballos donde anteriormente estaban.

El vizconde amenazó con la mano á Tavernerney, que se encojió de hombros sin contestar.

—Ah! gritó el maestro de postas: hé aquí justamente que llegan tres caballos! Courtin! Courtin! engánchalos al punto al coche de ese caballero.

—Pero señor.... dijo el postillon.

—Pronto y sin replicar, repuso el posadero: el señor tiene prisa; y dirijiéndose al vizconde, añadió:—No os impacientéis, caballero: he aquí que llegan tres caballos.

—Bueno: bien pudieran haber llegado hace media hora, refunfuñó Dubarry golpeando el suelo con el pié y mirando su brazo pasado de parte á parte, que su

hermara vendaba con un pañuelo.

Felipe, que ya habia montado á caballo, daba sus órdenes con la misma tranquilidad que si nada hubiera sucedido.

—Marchemos, hermano, marchemos, dijo Chon llevándose á Dubarry hacia el coche.

—Y mi árabe? Ah, bah! que se le lleven los diablos, estoy de desgracia hoy, dijo subiendo en el carruaje.

—Qué es esto? preguntó al ver á Jilberto; vamos, no podré ni aun estirar mis piernas?

—Caballero, contestó el jóven, sentiría mucho incomodaros....

—Vamos, Juan, dijo la viajera, deja en paz á mi filósofo.

—Que se siente en el pescante, pardiez!

—No soy lacayo para ir en ese asiento, contestó Jilberto abochornado.

—Hola! Ahora salimos con esta! añadió Juan.

—Permitid que baje, y me marcharé.

—Bajad! con mil diablos, gritó Dubarry.

—No, no; colocaos frente á mí, inter-

rumpió Chon sujetando por el brazo á Gilberto, y de este modo no incomodareis á mi hermano.

Y aproximándose al oído del vizconde, prosiguió:

—Conoce al que te ha herido.

—Muy bien! entonces que no se marche, dijo el vizconde brillándole los ojos de alegría. Cómo se llama ese caballero?

—Felipe de Taverney.

En este momento el jóven pasaba junto al coche.

—Hola! estais aquí, buen mozo! gritó el vizconde; estareis muy ufano; pero á cada uno le llegará su hora.

—Lo veremos cuando gustéis, contestó con sosiego el oficial.

—Sí, sí, lo veremos, señor Felipe de Taverney, repitió Juan procurando distinguir la sorpresa que el jóven experimentaría al oirse nombrar tan inopinadamente.

Este alzó efectivamente la cabeza con inquietud; pero serenándose al punto y quitándose con el mayor agrado el sombrero, contestó:

—Buen viaje, caballero Dubarry, y

y el carruaje partió rodando con rapidez.

—Mil rayos! exclamó el vizconde; sabes, querida Chon, que sufro horriblemente.

—Cuando lleguemos á la primer parada, mandaremos llamar un cirujano, mientras almuerza este jóven, contestó la viajera.

—Ah, es verdad! Todavía no hemos almorzado: á mí se me ha quitado el apetito con el dolor; pero tengo mucha sed.

—Quieres un vaso de la Costa?

—Bueno, lo beberé.

—Si lo permitiéseis, caballero, os haría una observacion.

—Podeis hacerla.

—Que el licor es mala bebida en el estado en que os encontrais.

—En verdad? dijo el vizconde, y dirijiendose á su hermana, preguntó:

—Es médico tambien tu filósofo?

—No señor, contestó Jilberto, pero si Dios quiere, lo seré algun dia. Solamente he leído en un autor, que lo primero que debe prohibirse á los heridos es el

uso de licores, vino y café.

—Pues bien! seguiré vuestro consejo.

—Si teneis á bien, señor vizconde, prestarme vuestro pañuelo, iré á mojarle en aquel arroyo, y envolviendo en él vuestro brazo, os aseguro experimentaréis mucho alivio.

—Hacedlo, amigo mio: parad, postillon! gritó la viajera.

Detúvose el coche, y Jilberto fué efectivamente á empapar el pañuelo de Juan en la corriente.

—Este muchacho va á incomodarnos escesivamente para hablar, dijo Dubarry.

—Hablares en *Patué* (1) contestó su hermana.

—Estoy tentado de gritar al postillon siga adelante y le dejemos ahí con mi pañuelo.

—Harias mal, puede sernos muy útil.

—Por qué?

(1) Lengua corrompida que habla el vulgo, y es peculiar de ciertos departamentos donde solo la jente culta habla la jeneral del reino.

—Ya me ha dado noticias de la mayor importancia.

—Sobre qué?

—Acerca de la princesa, y ya viste que nos dijo ahora poco el nombre de tu adversario.

—Pues bien, que siga.

Volvió en este momento el jóven y envolvió en el pañuelo empapado en agua fresca el brazo del vizconde, que experimentó alivio como lo habia anunciado Jilberto.

—Tenia razon tu ahijado: me siento efectivamente mejor: hablemos.

Cerró Jilberto sus ojos y se puso á escuchar atentamente; mas fué vana su esperanza, porque Chon contestó á la invitacion que le hiciera su hermano, en el dialecto de que anteriormente hablamos, y á pesar del poder que nuestro jóven tuviera sobre sí mismo, no pudo reprimir un movimiento de despecho. La viajera que lo notó, le dirigió para consolarle una sonrisa llena de afecto.

El jóven pudo conocer en aquella sonrisa, que no le miraban con indiferencia,

y que habia llegado á granjearse el aprecio de un vizconde honrado con las bondades del rey.

La idea de que Andrea viera su ventura, halagó su amor propio; pero ni siquiera pensó en Nicolasa.

—Hola! exclamó de repente el vizconde, mirando hacia atrás por la portezuela del coche.

—Qué hay? preguntó Chon.

—El caballo árabe que nos viene siguiendo.

—Qué caballo árabe es ese?

—El que quise comprar.

—Ay! sí!... viene montado por una mujer; hermosa criatura!

—De quién dices eso?... de la mujer ó del caballo?

—De la mujer.

—Llámala; puede tenga menos corteidad contigo que conmigo.... Daría gustoso mil doblones por el caballo.

—Y por la mujer? preguntó sonriendo su hermana.

—Me arruinaría.... Llámala, llámala.

—Señora! gritó esta, señora!

Pero la jóven de los ojos negros, envuelta en una capa blanca y cubierta la cabeza con un sombrero de fieltro, pasó rápida como la flecha, por un lado de la carretera, gritando:

—*Avanti! Djerid! Avanti!*

—Es italiana, dijo el vizconde; que lindísima es! Juro por mi vida, que si no me hiciera pederer tanto este brazo, saltaba abajo del coche y corria en pos de ella.

—La conozco, dijo Jilberto.

—Sirve tal vez este aldeano de almanaque para la provincia? Conoce à todo el mundo.

—Cómo se llama? preguntó Chon.

—Lorenza.

—Quién es?

—La mujer del hechicero.

—Qué hechicero?

—El baron José Bálamo.

Miráronse atónitos ambos hermanos.

—No he hecho bien en recojerle? dijo la viajera.

—Seguramente que si, contestó el vizconde.

CAPÍTULO XXIII.

La corte de la condesa Dubarry.

Nuestros lectores nos permitirán abandonar a la señorita Chon y al vizconde Juan, corriendo en posta por la carretera de Chalons, y los introduciremos en casa de otro personaje de la misma familia.

En el aposento que en Versalles habitara *Madama* (1) Adelaida, hija de Luis XV, habia instalado este príncipe, ya hacia un año, á su querida la condesa Dubarry, no desconociendo de antemano el efecto que este golpe de estado produciria en la corte.

Esta favorita, habia logrado transformar aquel silencioso palacio, en un turbulento caos, con sus maneras libres, afectados melindres, humor placentero y ruidosas extravagancias; no permitiéndose allí ningun habitante, sino á condicion de

(1) Este era el tratamiento que en Francia se daba á la hija primojénita del rey ó á la mujer de *Monsieur*, que era el del hermano mayor de este.

divertirse con inmoderada alegría.

De aquella, que llamaremos reducida morada, si atendemos al poder de la que la habitaba, salía á cada instante la invitacion para una fiesta, ó la órden para alguna funcion de campo.

Pero lo que no dejará de parecer seguramente extraño, es la increíble multitud de visitantes engalanados y brillantes, que desde las nueve de la mañana subian por la magnífica escalera de aquella parte del palacio, para instalarse humildemente en una antecámara llena de curiosidades menos admirables, que el ídolo á quien los elejidos venian á tributar en aquel santuario sus rendidas adoraciones.

La víspera del dia en que aconteció la escena que ya referimos en la casa de postas de la villa de la Chaussée, sobre las nueve de la mañana, es decir, á la hora acostumbrada, Juana de Vaubernier envuelta en una blusa de muselina bordada, bajo cuyos huecos encajes se dibujaban los contornos seductores de sus piernas y brazos de alabastro, Juana de

Vaubernier llamada después señorita de Langes, y al fin condesa de Dubarry por la gracia de Mr. Juan Dubarry su antiguo protector, salia del lecho, no diremos semejante á Venus; pero todo hombre que prefiere la verdad á la ficcion, la encontraria mas hermosa que la diosa de los amores al aparecer sobre la espuma de las ondas.

Sedosos bucles de color castaño claro brillando sobre nevado cutis con vetas azul de cielo: ojos que en su estudiada languidez parecian espiritualizarse: labios cuyo suave carmin hubiera envidiado la rosa al desplegar los pétalos aromáticos de su cáliz y que mostraban al abrirse una doble hilera de brillantes perlas: garganta á la que parecia haber servido de modelo la Venus de Milo; y una flexibilidad como la de la palma del desierto; he aqui los encantos que la jóven condesa de Dubarry se aprestaba á presentar á los elejidos de su corte: hé aqui lo que la Majestad de Luis XV, aunque su predilecto nocturno, no dejaba de ir sin embargo á contemplar durante la ma-

ñana, poniendo en práctica aquel proverbio que amonesta á los ancianos, no desperdiciar las migajas que caen de la mesa de la vida.

Ya hacia algun tiempo que habia despertado la favorita. Llamó á las ocho, para que diesen entrada á la luz, su primer cortesano. Por entre espesas cortinas primero y al través de otras mas transparentes despues, el sol, radiante aquel dia, se habia poco á poco introducido, y recordando sus aventuras mitológicas, llegó á acariciar dulcemente aquella hermosa ninfa, que lejos de evitar la pasion de los dioses como Dafne, se humanaba hasta el punto de ir al encuentro del amor de los mortales. Ya brillaban sus ojos como dos rubíes; mirose en un espejito de mano, con marco de oro y adornado de ricas perlas, y se deslizó del lecho en que habia dormido halagada por los mas dulces ensueños, hasta una alfombra de armiño, donde le tenian preparadas dos chinelas, de las que una sola hubiese bastado para enriquecer á cualquier habitante de su pais nativo.

Un riquísimo sobretodo de encajes de Malines, envolvió despues los hombros de aquella animada y seductora estátua, y sus delicados pies se ocultaron bajo unas medias color de rosa, tan primorosamente tejidas, que dificilmente hubieran podido distinguirse del cutis que acababan de cubrir.

—No hay noticia alguna de Chon? preguntó al punto que entró su camarista.

—No, señora, contestó esta.

—Y del vizconde Juan?

—Tampoco.

—Se sabe si Bischi las ha recibido?

—Ya han ido esta mañana á infermarse á casa de vuestra hermana.

—Y no hay cartas?

—No señora.

—Ay! cuán molesto es esperar, añadió la condesa con un jesto lleno de encanto. Y no acabarán de inventar un sistema para recibir noticias de cien leguas en un instante! A fé mia me compadezco de los que vengán á visitarme esta mañana; lo van á pasar bien mal! Esperan muchos en la antecámara?

--Y preguntais eso señora?

--Nada tiene de extraño! Bien sabes que se acerca la princesa, y no me admiraré si me abandonan por ese sol, pues no soy mas que una pobre estrella. Quienes han venido? veamos.

--Mr. d' Aiguillon, el príncipe de Soubise, Mr. de Sartines, y el presidente Maupeou.

--Y el duque de Richelieu?

--Aun no se ha presentado.

--Ni ayer ni hoy! No te lo dije, Do-rotea? teme comprometerse. Enviarás mi correo al palacio de Hannover á informarse si el duque está enfermo.

--Así lo haré: decidme señora, podrán entrar todos á la vez, ó dareis audiencia particular?

--Daré audiencia particular. Es preciso que hable con Mr. de Sartines: le introducirás solo.

Apenas trasmitió la camarista aquella orden á un lacayo que se encontraba en el corredor, cuando el subdelegado de policia se presentó, vestido de negro, y moderando la severidad de sus ojos con

una sonrisa del mas feliz agüero.

—Buen dia, enemigo mio, dijo sin mirarle la princesa que le veia en su espejo.

—Vuestro enemigo yo! señora!

—Sí, vos mismo. He dividido el mundo en dos clases; amigos y enemigos. Tengo por costumbre no admitir á los indiferentes, ó considerarlos como contrarios míos.

—Haceis muy bien: pero tened la bondad de decirme señora, por qué á pesar del afecto que publicamente os profeso, he merecido me coloqueis en una de las dos últimas clases?

—Por haber tolerado que impriman, repartan, vendan y entreguen al rey multitud de versos, folletos y libelos dirigidos contra mí. Eso es bajo, odioso y estúpido!

—Pero, señora, yo no soy responsable....

—Si señor, lo sois, puesto que no ignorais quien es el infame autor de todo.

—Si fuese uno solo, señora, nos ahorraríamos el trabajo de encerrarle en la Bastilla para que allí se consumiera, pues

sucumbiría de cansancio bajo el peso de sus obras.

—Son del mayor consuelo para mí vuestras palabras....

—Si fuese vuestro enemigo, no hablaría seguramente con tanta claridad.

—Teneis razon, basta ya sobre este asunto. Conozco que en la actualidad estamos en buena armonía, pero todavía hay una cosa que me llena de inquietud.

—Cuál?

—Que sois también amigo de los Choiseul.

—Mr. de Choiseul es primer ministro, señora, manda y debo obedecer.

—Conque si ese caballero os dá orden para que me hostiguen y maten á pesares, dejareis obrar libremente á mis perseguidores; no es así? Os quedo agradecida.

—Discurramos, contestó Mr. de Sartines tomando la libertad de sentarse sin que la favorita demostrase resentirse, pues tanto se disimulaba y consideraba al hombre que más enterado estaba de todos los negocios de la Francia. Qué hice

hace tres dias en obsequio vuestro?

—Avisarme que salia un correo de Chanteloup, para apresurar la llegada de la princesa.

—Hace un enemigo esto?

—Y en todos los asuntos relativos á mi presentacion, en la cual, como sabeis, cifro todo mi amor propio, cuál ha sido vuestro comportamiento?

—El mejor posible.

—No sois bastante franco, señor de Sartines.

—Ah! me ultrajais, señora! quién encontró en menos de dos horas y en una taberna al vizconde Juan, á quien necesitábais para enviarle donde nadie sabe, ó mejor dicho, donde yo sé?

—Mas valiera, contestó sonriendo la condesa, que hubiéseis dejado perdido á mi cuñado. Bien sabeis que está aliado á la familia real de Francia.

—No negareis, sin embargo, que estos son servicios.

—Bien! eso fué hace tres dias: tambien estoy conforme con lo de antes de ayer; pero ayer, qué hicisteis por mí ayer?

—Señora, ayer....

—Ah! no recordais.... Segun creo, tuvisteis que hacer algo en obsequio de otros.

—No os entiendo, señora.

—Ah! pero yo me entiendo. Veamos! decidme: qué hicisteis ayer?

—Por la mañana, ó por la noche?

—En primer lugar, por la mañana.

—Trabajé como de costumbre.

—Hasta qué hora?

—Hasta las diez.

—Y luego?

—Convidé á comer un amigo de Lion, que habia apostado venir á París sin que yo pudiese tener noticia, y á quien aguardaba en la barrera uno de mis lacayos.

—Y despues de comer?

—Envié al subdelegado de policia de S. M. el emperador de Austria, las señas de un ladron muy afamado á quien no habia podido encontrar.

—Donde estaba?

—En Viena.

—Conque no es solo en Paris donde alcanza vuestra policia, sino tambien en

todas las demas cortes extranjeras.

—Señora en mis ratos perdidos....

—No lo echaré en olvido.... Y despues de haber despachado ese correo, qué hicisteis?

—Fuí á la ópera.

—Para ver á la jóven Guñard? Pobre Subisa!

—No, sino para mandar prender á un ratero, á quien habia dejado en libertad mientras se habia solo ocupado en registrar los bolsillos de los asentistas; pero habiendo tenido el atrevimiento de dirijirse á tres grandes señores....

—Paréceme debiérais decir la torpeza. Y despues de la ópera?

—Despues de la ópera?

—Sí. Es muy indiscreta mi pregunta, no es verdad?

—Señora.... no.... Despues de la ópera.... Ah! si.... ya me acuerdo.

—Me alegro.

—Bajé en casa de una señora que sostiene juego, y la conduje yo mismo al fuerte del Obispo.

—En su carruaje?

—No, en un coche de alquiler.

—Continuad.

—Ya he concluido.

—No, algo quedará todavía.

—Volvi á subir en el coche.

—Y nadie os estaba aguardando en él! Sonrojose Mr. de Sartines.

—Hola! exclamó palmeteando la condesa. Conque he tenido la honra de abochornar á un subdelegado de policia!

—Señora.... tartamudeó este.

—Ea bien! Yo misma diré quien os esperaba en el carruaje: era la duquesa de Grammont.

—La duquesa de Grammont! exclamó Mr. de Sartines.

—Ella misma, si señor. Venia á suplicaros le facilitáseis la entrada en la cámara del rey.

—Voy señora, dijo Mr. de Sartines ajitándose en su sillón, á entregaros mi cartera. Sois vos, y no yo, quien desempeña en Francia la subdelegacion de policia.

—En efecto, ya habreis conocido que tambien tengo quien vijile. Conque vivid

alerta. Ah! ah! La duquesa de Grammont en un carruaje á media noche con el señor subdelegado de policía! y marchando al paso! Quereis saber lo que mandé en seguida?

—No, pero me teneis con el mayor recelo. Felizmente ya era muy tarde....

—No importa: la oscuridad es propicia para la venganza.

—Quereis decirme qué hicisteis, señora?

—Asi como tengo mi policía secreta, tambien tengo mi literatura ordinaria, compuesta de estudiantillos sucios, andrajosos y hambrientos como comadreja.

—Tan mal los alimentais?

—Nada les doy de comer; porque si engordasen se volverian tan estúpidos como Mr. de Soubise: nadie ignora que la gordura consume la hiel.

—Me haceis temblar: proseguid, señora.

—Ofendida al recordar cuantas maldades han hecho contra mí los Choiseul con vuestro consentimiento, dí á mis Apolos los siguientes programas:

4.º Mr. de Sartines disfrazado de procurador, visitando calle Arbol-Seco, cuarto piso á una jóven inocente, á quien no se avergüenza entregar trescientos francos al fin de cada mes.

—Es una buena accion, y tratais infamarla.

—Se infaman otras acaso?—2.º Mr. de Sartines con traje de reverendo padre misionero, introduciéndose en el convento de Carmelitas de la calle de S. Antonio.

—Señora, llevaba á aquellas buenas madres noticias de Oriente.

—Del chico ó del grande?—3.º Mr. de Sartines con uniforme de subdelegado de policia, paseando las calles á media noche en un coche á solas con la duquesa de Grammont.

—Ah! señora. dijo aturdido Mr. de Sartines, tratais ridiculizar hasta ese punto mi administracion?

—Y no habeis permitido que ridiculicen la mia? contestó riendo la condesa; pero dejad que concluya.

—Os escucho.

—Pusieron mis escolásticos manos á

la obra, y recibí esta mañana un epigrama, una copla y un sainete que han compuesto.

—Oh! Dios mio!

—Singularmente divertidos: quiero regalarlos al rey esta mañana, unidos al nuevo *Pater noster* que habeis permitido circule en contra suya. Recordais?

«Padre nuestro que estás en Versalles, infamado sea como merece tu nombre, tu reino está alterado y tan desobedecida tu voluntad en la tierra como en el cielo; el pan nuestro de cada día que tus favoritas nos han quitado devuélvenoslo, perdona á tus parlamentos que sostienen tus derechos, como perdonamos nosotros á tus ministros que los han vendido, y no sucumbas á las tentaciones de la Dubarry, mas libranos de tu maligno canceller.

«Amen.»

—Donde habeis encontrado eso? preguntó Mr. de Sartines juntando sus manos y arrojando un suspiro.

—Bah! nada tengo que buscar, pues me hacen el obsequio de enviarme cada

dia lo mejor que sale á luz de esta clase de composiciones y á vos estoy agradecida por estos cotidianos regalos.

—Ah! Señora.

—Y para pagaros en la misma moneda, recibireis mañana el epigrama, la copla, y el sainete de que hice mencion.

—Por qué no me los dais ahora mismo?

—Porque necesito algun tiempo para distribuirlos. No es costumbre acaso que la policia sea la última en informarse de cuanto pasa? Dios mio! Como os vais á divertir! Yo me he estado riendo esta mañana durante el espacio de tres cuartos de hora: el rey se puso malo de tanto reir y ese es el motivo de su tardanza.

—Estoy perdido, exclamó Mr. de Sartines dándose fuertes palmadas en la peluca.

—Porque os han compuesto coplas os creéis perdido? Lo estoy yo acaso por la hermosa borbona? No; pero no negaré que me desespero, y quiero vengarme. Dios mio! qué versos tan lindos! Me han gustado tanto, que he mandado dar vino á mis literatos, que estarán ya sin

duda borrachos en este momento.

—Ay! condesa! condesa!

—Os recitaré en primer lugar el epigrama.

—Si, por favor!

¡Por qué tu cetro, Francia, patria mia,
Así á una diestra femenil se fía?

—No.... no.... me equivoco; esos son los que habeis consentido circulen contra mi. Hay tantos, que me confundo. Aguardad.... aguardad.... ya recuerdo:

Amigos conoced la ridícula muestra
Que un pintor de San Lucas hiciera á un perfumista
En gran frasco coloca á manera de píldora
Los retratos de Boynes Sartines y Maupeou
Incluye luego á Terry, y por bajo rotula
DE LOS CUATRO LADRONES VINAGRE SUPERIOR.

—Ay cruel, me convertireis en tigre.

—Pasemos á la copla. La señora de

Grammont es quien habla.

Lo suave de mi cutis

Sabes oh! policia

Tal secreto confía,

Si así te place al Rey

—Señora! señora! gritó Mr. de Sartines irritado.

—Bah! sosegaos, dijo la condesa. Solo se han tirado diez mil ejemplares todavía. Ah! el sainete sí que sobrepuja á todo.

—Teneis tal vez alguna prensa?

—Estraña es la pregunta! No la tiene tambien Mr. de Choiseul?

—Ay! cuidado con vuestro impresor.

—No podeis hacerle daño alguno, la licencia está á mi nombre.

—Es terrible! Y el rey se rie de todas esas infamias!

—No solo se rie, sino que él mismo facilita rimas, cuando mis poetas no las encuentran.

—Y me tratais tan mal, cuando sabeis que os estoy sirviendo.

—Sé que me estais yendiendo. La du-

quesa es Choiseul, y desea mi ruina:

—Os juro señora que he sido sorprendido.

—Hola! conque confesais?

—Es preciso.

—Y por qué no me habeis avisado?

—Con esa idea he venido.

—No puedo creer....

—Lo juro por mi honor!

—Apuesto el doble.

—Os pediré perdon, dijo el subdelegado postrándose en tierra.

—Asi os conviene.

—La paz, condesa, en nombre del cielo.

—Es posible que un hombre, un ministro, se aterre porque le nombran en unos versos!

—Ah! poco miedo tendria si fuera eso solo.

—Y no habeis calculado cuántas horas de disgusto puede ocasionar una co- pla á mí, que soy mujer?

—Pero sois reina, señora.

—Es cierto; mas no he sido aun presentada.

—Juro, señora, que nunca os he hecho daño alguno.

—Convengo; pero habeis consentido que otros lo hagan.

—Tambien he evitado cuanto ha sido posible.

—Vamos! consiento en creerlo.

—No lo dudeis.

—Trataremos ahora de hacer todo el bien posible.

—Si me prestais vuestra ayuda, no puedo menos de conseguirlo.

—Sois de mi partido, sí ó nó?

—Lo seré, señora.

—Llegará vuestra lealtad hasta sostener mi presentacion?

—Vos misma pondreis las condiciones.

—Pensadlo con madurez: mi imprenta está preparada; trabaja noche y dia: mis estudiantes tendrán hambre dentro de veinte y cuatro horas, y muerden cuando están hambrientos.

—Seré discreto. Qué deseais?

—No encontrar obstáculo alguno en mis pretensiones.

—Juro que ninguno pondré por mi parte.

—No me agrada esa promesa, dijo la condesa golpeando el suelo con el pié: trasciende á griego, cartajinés, y hasta á fé púnica.

—Condesa!...

—Es una excusa; y aunque al parecer nada hagais, Mr. de Choiseul obrará. Asi es que no puedo conformarme: todo, ó nada; entendeis? Si no me entregais á los Choiseul amarrados, despreciados y arruinados, os quito el poder y os dejo sujeto y miserable. Os prevengo además, que mis armas no serán únicamente las coplas; conqué cuidado.

—No me amenaceis, señora: vos no conoceis cuán difícil se ha hecho esa presentacion, repuso Mr. de Sartines pensativo.

—Decís que se ha hecho: es la palabra mas conveniente en este caso, porque se han interpuesto mil obstáculos.

—Ay!...

—Os determinais á destruirlos?

—Solo, no puedo; necesitamos cien personas.

—Las reuniremos.

—Un millón.

—Eso corresponde á Terray.

—Y el consentimiento del rey?

—Lo obtendré.

—No lo dará.

—Le tomaré.

—Y cuando háyais alcanzado todo esto, necesitareis una madrina.

—Se buscará.

—Inútilmente; todos han conspirado contra vos.

—En Versalles?

—Sí, han rehusado ya todas las señoras por hacer su corte á Mr. de Choiseul, Mme. de Grammont, y al partido mojigato.

—Ese último partido habrá de mudar de nombre si Mme. de Grammon se encuentra en él, y esa ya es una gran desventaja.

—Creedme, os empeñais inútilmente.

—Ya llego casi al término.

—Hola! Y habeis enviado para eso vuestra hermana á Verdun?

—Efectivamente; ya veo estais bien informado, dijo la condesa disgustada.

—Es que yo tambien tengo mi policia, replicó riendo el subdelegado.

—Y vuestras espías?

—Tambien.

—En mi casa?

—Sí señora.

—Dónde, en las caballerizas, ó en las cocinas?

—En vuestras antecámaras, en nuestro salon, en vuestra alcoba, y hasta á vuestra cabecera.

—Pues bien, como primer prueba de alianza, decidme el nombre de esos espías.

—Ay, condesa! no trato indisponeros con vuestros amigos.

—Entonces, guerra.

—Guerra! Cómo decís eso!

—Lo digo como lo pienso; retiraos, no quiero volver á veros.

—Os tomo por testigo esta vez. Es permitido revelar un secreto de... Estado?

—Decid mas bien un secreto de alcoba.

—Eso quise decir: no está hoy en ella el Estado?

—Mi espía! mi espía! gritó la condesa.

—Qué quereis hacer de él?

—Echarle.

—Será preciso entonces que dejéis limpia vuestra casa.

—Es terrible lo que acabais de decir.

—Y sobre todo, muy positivo. Pero, Dios mio! existen otros medios para gobernar? Bien sabeis que nó vos que sois tan escelente política.

—Teneis razon; dejemos eso, dijo la condesa apoyando su codo sobre una mesa de laca. Proponed ahora las condiciones del tratado.

—Proponedlas vos misma, que sois la vencedora.

—Soy tan magnánima como las Semiramis. Qué deseais?

—Que nunca hableis al rey sobre las reclamaciones de las harinas, pues no habreis olvidado, traidora, que prometisteis vuestra proteccion.

—Convenido: en ese cofre teneis cuantos memoriales me han dirijido sobre ese asunto. Tomadlos.

—Y en cambio os entrego estas notas de los pares del reino, sobre la presentacion.

—Os habian encargado las remitié-
seis á Su Majestad?

—Sin duda.

—Como si las hubiéseis mandado
hacer?

—Sí.

—Y qué les direis?

—Que las he entregado. Asi ganare-
mos algun tiempo: sois demasiado astuta
para no aprovecharlo.

Abriéronse en este instante las dos
hojas de la puerta, y un ujier entró anun-
ciando:

—El rey.

Apresuráronse nuestros aliados á ocu-
tar las prendas de su alianza, y se volvie-
ron para saludar á Su Majestad Luis XV.

CAPÍTULO XXIV.

El rey Luis XV.

Entró Luis XV con la frente erguida ,
aire arrogante, y manifestando en su son-
risa y mirada, satisfaccion y alegría.

Veíase á su paso por la puerta cuyas

hojas estaban enteramente abiertas, una doble hilera de cortesanos, inclinadas sus frentes y deseosos de ser introducidos, desde que veían en la llegada de Su Majestad una ocasión de hacer su corte á dos potencias á un mismo tiempo.

Cerráronse las puertas, y no habiendo permitido que nadie le siguiera, el rey se encontró solo con la condesa y Mr. de Sartines sin contar á la camarista íntima, y á un negrillo, por ser personajes de poca importancia.

—Buenos días, condesa, dijo el rey besando la mano de Mme. Dubarry. A Dios gracias veo habeis descansado. Buenos días, Sartines: se trabaja aquí? Dios mío! papeles encuentro! por favor, ocultádmelos. Oh! qué hermosa fuente!

Y con su curiosidad versátil y displicente, los ojos de Luis XV se fijaron en un gigantesco chinesco, que adornaba desde la víspera solamente uno de los ángulos de la alcoba de la condesa.

—Señor, contestó esta, es como Su Majestad habrá ya conocido, una fuente de china. Al torcer la llave, las aguas ha-

een silbar pájaros de porcelana, nadar peces de vidrio, y las puertas de la *Pagoda* (1) se abren para dar paso á una hilera de *Mandarines*.

—Es admirable! condesa.

En este momento pasó el negrilla con el traje fantástico y caprichoso con que se vestían en aquel tiempo los Orosmanes, y Otelos. Llevaba un turbante con plumas colocado sobre la oreja; una chupa de brocado de oro, que dejaba ver sus brazos de ébano: unos anchos calzones de raso blanco, bordado, que bajaba hasta las rodillas; un cinturón de colores vivos, que sujetaban este calzon á un chaleco bordado: en fin, un puñal lleno de pedrerías brillaba en su cintura.

—Diantre! exclamó el rey, qué lindo está hoy Zamora!

Éste se detuvo á mirarse con complacencia ante un espejo.

—Tiene que solicitar un favor de Vuestra Majestad.

—Páreceme, contestó Luis XV son-

(1) Templo de la India Oriental.

riendo afectuosamente, que se vá haciendo muy ambicioso tu protegido.

—Por qué?

—Porque ya le habeis concedido el que mas pudiera desear.

—Cuál?

—El mismo que á mí.

—No os comprendo, señor.

—Le habeis hecho esclavo vuestro....

Inclinose Mr. de Sartines, mordiendo los labios y sonriendo al mismo tiempo.

—Oh! sois muy galante, señor, repuso la favorita.

—Veamos! dijo Luis sonriendo; qué deseais para Zamora.

—El premio de sus largos y numerosos servicios.

—Solo tiene doce años.

—De sus largos y numerosos servicios futuros.

—Ah! ah!

—Sin duda, pues me parece que cuando durante tantos años se han estado premiando los servicios pasados, ya es tiempo se recompensen los venideros, y de

ese modo se estará seguro de no ser premiados con ingratitud.

—No es mala esa idea; dijo el rey: qué os parece Mr. de Sartines?

—Que todo el que sea leal, verá en ella un testimonio de vuestro agradecimiento, y por tanto señor, no puedo menos de apoyarla.

—En fin, veamos, condesa, qué pretendéis para Zamora?

—Conoceis, señor, mi pavellon de Luciennes?

—He oido hablar de él solamente.

—Vos teneis la culpa, cien veces os he invitado para que fuéseis á visitarle.

—Si; pero ya conoceis la etiqueta, querida condesa, y á no estar de viaje, el rey no puede hacer noche mas que en castillos reales.

—Hé ahí justamente la merced que solicito de vos. Convirtamos en castillo real á Luciennes, nombrando por Gobernador á Zamora.

—Sería una parodia, condesa.

—Bien sabeis que me agradan extraordinariamente, señor.

—Se quejarán los demás gobernadores.

—No importa.

—Y con justicia esta vez.

—Mejor! Se han quejado tantas sin razon! Ea, arrodillaos Zamora, y dad las gracias al rey.

—De qué? preguntó Luis XV.

—Del premio que os dá por haber llevado la cola de mi vestido, y hecho rabiar de este modo á tanto cortesano de reata, y mojigatas de la corte.

Arrodillose el negro y al verle Luis XV:

—Feo es de veras, esclamó soltando la carcajada.

—Alzaos Zamora, dijo la condesa, ya estais nombrado.

—Pero en verdad, Señora....

—Me obligo á mandar expedir los despachos, circulares y provisiones. Desde hoy teneis un castillo mas, mi rey, donde podreis deteneros cuando os convenga, sin derogar.

—Vamos, Sartines, hay forma de rehusarle alguna cosa?

—Si la hay, no se ha encontrado aun.

—Y si se encuentra, os aseguro que Mr. de Sartines será el que logre hacer ese gran descubrimiento.

—Cómo, señora? preguntó temblando el subdelegado.

—Figuraos, señor, que hace tres meses estoy pidiéndole un favor, y aun no he podido alcanzarlo.

—Qué solicitais? dijo el rey.

—Oh! él bien lo sabe.

—Yo, señora! os juro....

—Está en sus atribuciones? preguntó Luis XV.

—En las tuyas, ó en las de su sucesor.

—En verdad, señora, me inquietais de veras.

—Veamos! que le habeis pedido?

—Que me encuentre un hechicero.

Tranquilizose algun tanto Mr. de Sartines.

—Para mandar que le quemem? respondió el rey. Bah! el tiempo está muy caluroso ahora, aguardad el invierno.

—Os equivocais señor, es para darle una varita de oro.

—Os ha predicho acaso alguna desgracia y no se ha verificado?

—Al contrario, señor: me anunció felicidades, y ha acertado.

—Completamente?

—Con poca diferencia.

—Contadme eso, condesa, dijo Luis XV, recostándose en su sillón como un hombre que ignora si vá á divertirse ó fastidiarse.

—Con mucho gusto señor; pero os advierto que es preciso tengais parte en la recompensa....

—Ó en toda si es preciso.

—Enhorabuena, hé ahí una palabra verdaderamente real.

—Os escucho.

—Comienzo, dijo la princesa. Sucedió en cierta ocasion....

—Esto principia como un cuento de brujas.

—Y lo es efectivamente.

—Oh! me alegro mucho; me gustan extraordinariamente los hechiceros.

—Prosigo: era pues una pobre jóven, que en aquella época no tenía ni pajes,

ni carruaje, ni negro, ni cotorra, ni titi.

—Ni rey, dijo Luis XV.

—Oh! Señor.

—Y qué hacía esa pobre jóven?

—Trotaba.

—Cómo!

—Si señor, por las calles de Paris, á pie como una simple mortal; pero andaba de prisa porque se decía que era muy hermosa, y temia que su hermosura le valiese algun tropiezo.

—Esa joven, era acaso una Lucrecia? preguntó el rey.

—Bien sabe Vuestra Majestad que no las hay desde el año.... no sé cuantos de la fundacion de Roma.

—Oh! Dios mio! condesa, os vais volviendo erudita?

—No, porque si asi fuese, habria citado una fecha cualquiera.

—Verdad es, dijo el rey, continuad.

—Ya os dije que corria.... corria.... y atravesando las Tullerias, observó de repente que la iban siguiendo.

—Diablo! dijo el rey, se detendria entonces.

—Ah! Dios mio! qué mala opinion tenéis formada de las mujeres! Bien se conoce que solo habeis tratado con marquesas, duquesas y....

—Y princesas, no es verdad?

—Soy demasiado atenta para atreverme á contradeciros. Pero lo que mas miedo le causaba, era una niebla que cada minuto se hacía mas densa.

—Sabeis, Sartines, lo que hace la niebla?

—No, señor, contestó el subdelegado de policía, que estando distraido en aquel momento, se estremeció al oirse nombrar de improvisó.

—Pues ni yo tampoco, repuso el monarca. Proseguid, querida condesa.

—Asustada la jóven, echó á correr cuanto pudo: ya habia pasado la reja, y se encontraba en la plaza que tiene el honor de llevar el nombre de Vuestra Majestad, cuando de repente, lanzó un grito, al ver frente á ella al desconocido que la habia seguido y de quien creia estar ya bien lejos.

—Tan feo era?

—Muy al contrario, señor; pues era

un hermoso jóven de veinte y seis á veinte y ocho años, moreno, ojos negros y rasgados, y voz dulce y sonora.

—Y se asustó vuestra heroína? diantre! qué medrosita era!

Se tranquilizó sin embargo algun tanto al verle, aun cuando su situacion era poco capaz de inspirarle confianza; pues si el desconocido hubiera abrigado malas intenciones, no habia medio, gracias á la niebla, de poder recibir socorro alguno. Por tanto, juntando sus manos:

—Caballero, esclamó angustiada, por el amor de Dios, no me hagais daño alguno.

—Dios es testigo que no son esas mis intenciones; repuso el desconocido balanceando su cabeza con una sonrisa llena de encanto.

—Entonces qué quereis?

—Alcanzar de vos una promesa.

—Qué deseais que prometa?

—Que me concedereis el primer favor que de vos solicite cuando....

—Cuando? repitió con curiosidad la jóven.

—Cuando seais reina.

—Qué hizo entonces?

—No creyendo obligarse á nada, prometió.

—Y el hechicero?

—Desapareció.

—Y Mr. de Sartines se niega á buscarle? hace muy mal.

—No es que me niego, señor, sino que no le encuentro.

—Ay! señor subdelegado, dijo la princesa, esa palabra no debiera existir en el diccionario de la policía.

—Le seguimos la pista.

—Bah! esa es la frase sacramental.

—No, señora, es la verdad; pero no desconocereis que son muy inciertas las señas que dais.

—Como! jóven, hermoso, moreno, cabellos y ojos negros, voz sonora....

—Diantre! cómo hablais de él, condesa! No le busqueis Sartines, os lo prohibo.

—Haceis mal, señor, pues solo quiero hacerle una pregunta.

—Hola! conque se trata de vos?

—Sin duda.

—Y qué tenéis que pedirle ahora? No está acaso cumplido ya su pronóstico?

—Lo creéis así?

—Sin duda; sois reina.

—Casi.

—Luego nada tiene ya que deciros.

—Al contrario. Espero me revele cuando se celebrará mi presentación. No basta reinar solo por la noche, señor: no estaría de mas reinar tambien un poco durante el dia.

—Nada puede hacer en eso el hechicero, dijo Luis XV frunciendo la frente como un hombre que vé pasar la conversacion á un terreno desagradable.

—Pues quién puede entonces?

—Vos.

—Yo?

—Sin duda: buscad mádrina.

—Entre las mentecatas de vuestra corte? Vuestra Majestad conoce muy bien que no es posible; todas están vendidas á los Choiseul y á los Praslin.

—Paréceme habíamos convenido no volver á hablar mas de ellos.

—Nunca lo he prometido, señor.

—Pues ahora exijo de vos un favor.

—Cuál?

—Que los dejemos donde están, y quedeis donde estais. Creedme, ocupais el mejor puesto.

—Pobres negocios extranjeros! desdichada marina!

—Os suplico, condesa, no susciteis conversaciones sobre política.

—Consiento; pero no podreis prohibirme me ocupe de ella cuando esté sola.

—Oh! de ese modo, cuando gusteis.

Alargó la favorita su mano, y tomando de una cestilla llena de frutas dos naranjas, las hizo saltar alternativamente al aire, diciendo:

—Salta, Praslin; salta, Choiseul. Salta, Praslin; salta, Choiseul.

—Y bien! dijo Luis, qué estais haciendo?

—Uso del permiso que Vuestra Majestad me ha concedido: hago saltar el ministerio.

Entró Dorotea en este momento, y habiendo hablado al oido de su señora:

—Ay! de veras! exclamó esta.

—Qué hay? preguntó el rey.

—Que ha llegado Chon de su viaje, y solicita permiso para hacer su homenaje á Vuestra Majestad.

—Que entre! que entre! Hace tres ó cuatro dias que estaba conociendo me faltaba una cosa, sin saber cuál.

—Gracias, dijo Chon entrando presurosa; y aproximándose á la condesa, añadió en voz baja:

—Todo está arreglado.

No pudo la favorita contener un grito de gozo.

—Qué es eso, preguntó Luis XV?

—Éstoy loca de alegría al ver á mi querida hermana.

—Y yo tambien. Sea enhorabuena, mi querida Chon, sea enhorabuena.

—Si Vuestra Majestad lo permite, repuso esta, tengo que decir una cosa á mi hermana.

—Dila, dila, hija mia. Entretanto preguntaré de dónde vienes á Mr. de Sartines.

—Señor, interrumpió este tratando evitar aquella pregunta, dignese Vuestra Majestad concederme un instante.

—Para qué?

—Para hablar de negocios de la mayor importancia.

—Ay! Mr. Sartines, estoy muy ocupado, contestó el rey bostezando de antemano.

—Dos palabras nada mas, señor.

—Sobre qué?

—Sobre esos profetas, iluminados y desenterradores de milagros.

—Bah! son unos charlatanes. Dadles el título de juglares; y dejarán de ser temibles.

—Me atreveria sin embargo á insistir, para anunciar á Vuestra Majestad, que la situacion es mas grave de lo que creéis. Nuevas lójas masónicas se abren cada dia; ya no es una sociedad, es una secta, y una secta en la cual toman partido los ideólogos, enciclopedistas filósofos, y en fin, todos los enemigos de la monarquía. En breve recibirán con solemne pompa á Mr. de Voltaire.

—Se está muriendo.

—Quién, él? Os equivocais: no piensa en tal cosa.

—Se ha confesado.

—Es una astucia.

—Con hábitos de caruchino.

—Una impiedad! Todos se inquietan escriben, hablan, aprontan cantidades, intrigan, amenazan, y hasta se ha descubierto por algunas palabras escapadas indiscretamente á uno de los socios, que aguardan un jefe.

—No importa, Sartines: cuando llegue le prendereis, le encerrareis en la Bastilla, y todo está concluido.

—Pero señor, esa sociedad cuenta con grandes recursos.

—Y vos que sois subdelegado de policía de un gran reino, contais acaso con menos?

—Ay señor! han alcanzado de Vuestra Majestad la espulsion de los Jesuitas, cuando debieran haber solicitado antes la de los filósofos.

—Vamos, vamos, no quiero oír hablar de esos cortadores de plumas.

—No olvideis sin embargo, señor, son muy peligrosas las que se preparan con el cortaplumas de Damiens.

Luis XV perdió el color y Mr. de Sartes prosiguió diciendo:

—Y esos filósofos que despreciais señor....

—Qué?

—Os lo repito, perderán la monarquía.

—Cuánto tiempo necesitan para ello?

—Puedo yo acaso saberlo, señor? quince, veinte, treinta años quizá, contestó el subdelegado atónito, mirando á Luis XV.

—Ah! entonces, amigo mio, hablad de eso con mi sucesor. De aqui á quince años ya habré muerto, repuso el monarca volviéndose hacia la condesa que al parecer solo aguardaba aquel momento.

—Ay Dios mio! exclamó suspirando, qué me dices, querida Chon?

—Sí, qué ha dicho? preguntó el rey: os encuentro tristes!

—Ah! señor! repuso la favorita.

—Vamos, hablad, qué ha sucedido?

—Pobre hermano!

—Pobre Juan!

—Y tú crees será preciso cortárselo?

—Espero que nó.

—Cortarle, el qué? preguntó Luis XVI.

—Un brazo, señor.

—Cortar un brazo al vizconde! por qué?

—Porque está gravemente herido.

—Le han herido gravemente en un brazo?

—Ay! Sí señor.

—En alguna zarracina, garita, casa de baños....

—No señor, en el camino real.

—Cómo ha sucedido eso?

—No hay mas motivo, sino que quisieron asesinarle.

—Ay! pobre vizconde! exclamó Luis XV, que aunque nunca se condolia del prójimo, poseia sin embargo el arte de finjir lo contrario. Asesinado! ah! es un asunto muy formal: qué os parece Sartines?

Este que aun cuando manifestaba menos inquietud que el rey en apariencia, se compadecia mucho mas en realidad, se acercó á las dos hermanas preguntando con ansiedad:

—Es posible señoras, que haya suce-

dido esa desgracia?

—Sí señor, y desgraciadamente muy posible, contestó Chon con voz llorosa.

—Asesinado!... y cómo?

—Oh! en una celada.

—En una celada!... Me parece Sartines, que este negocio es de vuestra incumbencia.

—Referídnoslo, señora, dijo el sudelegado; pero os suplico que vuestro justo resentimiento no exajere las circunstancias de este lance. Siendo justos, seremos mas severos, porque los hechos vistos imparcialmente y de cerca, pierden con frecuencia parte de su gravedad.

—Oh! no me han contado nada, yo he visto con mis propios ojos.

—Qué has visto, querida Chon? preguntó el rey.

—Un hombre que se arrojó sobre mi hermano, y obligándole á tirar de la espada, le hirió gravemente.

—Solo? preguntó Mr. de Sartines.

—No señor, seis le acompañaban.

—Pobre vizconde! dijo Luis XV sin apartar su vista de la condesa, tratando co-

noéer el grado de su afliccion y arreglar por ella la suya. Pobre vizconde!... Obligado á batirse!.. Y herido! añadió con acento dolorido al descubrir en los ojos de su favorita que estaba efectivamente contristada.

—Pero veamos, por qué ha ocurrido esa pendencia? preguntó el subdelegado, procurando acertar con la verdad, á pesar de los rodeos que hacia por evadirse.

—Por la cosa mas insustancial; unos caballos de posta que disputaron al vizconde, el cual tenia gran prisa por traerme con mi hermana á quien yo habia prometido llegar esta mañana.

—Esto clama venganza, dijo el rey, no es verdad Sartines?

—Sin duda señor, repuso el subdelegado, y voy á tomar mis informaciones. Os suplico señora me digais el nombre, calidad y profesion del agresor.

—Su profesion? creo era militar.... oficial de jendarmes. En cuanto á su nombre se llama.... Barverney, Faverney.... Taverney.... si, Taverney, asi es.

—Señora, dijo Mr. de Sartines, mañana dormirá en la Bastilla.

—A que nó! gritó la favorita que habia guardado hasta entonces el mas diplomático silencio: á que nó!

—Cómo que nó? dijo el rey. Por que no se ha de prender á ese tuno? No sabeis que detesto los militares?

—Y yo, señor, dijo la condesa con igual resolución, repito que no se impondrá castigo alguno, al que ha tratado de asesinar á M. Dubarry.

—Como! condesa, es particular lo que estais sosteniendo. Hacedme el favor de esplicaros.

—Es muy fácil. No faltará quien le defienda.

—Quién?

—Aquel por cuyas instigaciones ha obrado.

—Y le defenderá contra nosotros? oh! oh! no digais eso, condesa.

—Señora, tartamudeó Mr. de Sartines al ver acercarse el golpe que en vano trataba evitar.

—Contra vos, si, contra vos, y no hay oh! oh! que valga. Sois vos acaso quien manda?

Sintió el rey el golpe que habia previsto Mr. de Sartines, y se puso en defensa.

—Volvemos á recaer en discusiones de estado, y á alegar para un simple duelo razones del otro mundo?

—Lo estais viendo? dijo la condesa, ya me abandonais, y el que hace un momento era un asesinato, ahora no es mas que un simple duelo, porque sospechais su orijen.

—Vamos! como os agrade, repuso Luis XV soltando la llave de la fuente, que principió á correr.

—Ignorais de dónde nos han dirijido el golpe? preguntó la condesa manoseando las orejas de Zamora tendido á sus pies.

—No, á fé mia.

—Tampoco lo sospechais?

—Os lo juro. Y vos condesa?

—Lo sé; voy á decíroslo, y estoy segura de que no os diré nada nuevo.

—Condesa, condesa, replicó Luis XV procurando recobrar su dignidad. Osais desmentirme á mí que soy el rey?

—No negaré señor, que hé sido tal

vez algo pronta; pero si pensais que consentiré tranquilamente que Mr. de Choiseul mate à mi hermano....

—Ea, ahora es Mr. de Choiseul? interrumpió el rey con voz irritada, como si oyese desprevenido aquel nombre, que ya hacia diez minutos temia figurase en la conversacion.

—Ah! pues os obstinais, señor, en desconocer que es mi mas encarnizado enemigo, yo no puedo ignorarlo; pues ni aun quiere tomarse la incomodidad de disimular el odio que me profesa.

—Hay gran diferencia entre aborrecer y asesinar, querida condesa.

—Para los Choiseul ambas cosas son iguales.

—Ah! querida amiga, volvemos à las razones de estado?

—Dios mio! Dios mio! ved, Mr. de Sartines, si no hay motivo para desesperarse.

—Nó señora, si lo creeis....

—Creo que no me defendeis, y aun diré mas, estoy segura que me abandonais, gritó irritada la favorita.

—Oh! no os incomodeis, condesa, re-

puso Luis XV: no solamente no sereis abandonada, sino que sereis defendida, y tan bien....

—Tan bien!

—Sí, tan bien, que costará bien caro al agresor de ese pobre Juan.

—Sí, eso es; destrozareis el instrumento, y estrechareis la mano.

—No es justo acaso castigar al que ha cometido el atentado? á ese Mr. de Taverney?

—Sin duda, pero no es mas que justo: lo que haceis por mí, lo harías tambien por un mercader cualquiera de la calle San-Onorato, á quien atropellase un soldado en el teatro. Quiero sepais que no debeis tratarme como á todo el mundo. Si no haceis por los que amais mas que por los indiferentes, prefiero el aislamiento y la soledad de estos últimos; pues al menos estan libres de enemigos que los asesinen.

—Ay! condesa, condesa, dijo con tristeza Luis XV. Desperté casualmente hoy tan alegre, tan dichoso y tan contento, y os empeñais en disgustarme para todo el dia!

—Me gusta por cierto lo que decís! y

vo como lo pasaré sabiendo que asesinan á mi familia?

No pudo el rey á pesar del temor que le inspiraba la tormenta que en torno suyo comenzaba á prepararse, reprimir una sonrisa al oír la palabra: *asesinan*.

—Levantóse furiosa la favorita gritando: Ah! Ah! esa es la lástima que nos teneis?

—Vamos! vamos! no os enfadeis.

—Quiero enfadarme.

—Haceis mal: sois tan bella al sonreir, y os poneis tan fea cuando os irritais....

—Qué me importa á mí la belleza? me libra acaso de las intrigas de mis enemigos?

—Sosegaos, querida condesa.

—Nó, nó, elejid: ó yo, ó vuestro Choiseul.

—Imposible, hermosa mia; á ambos os necesito.

—Entonces, me retiro.

—Vos?

—Sí, abandono el campo á mis enemigos. Ay! moriré de tristeza; pero vos quedareis tranquilo viendo á Choiseul dichoso.

—Os juro, condesa, que lejos de aborreceros como os figurais, os estima mucho, y es hombre en extremo honrado, añadió Luis XV cuidando que Mr. de Sarlines oyese estas últimas palabras.

—Un hombre honrado! y llamais honrado á un asesino?

—Como! dijo el rey, aun no se sabe.

—Ademas, añadió el subdelegado de policia, que un duelo entre militares, es tan comun.... tan natural....

—Ah! Ah! replicó cada vez mas irritada la favorita; y vos tambien Mr. de Sarlines.

Conociendo el valor de aquel *tu quoque*, el subdelegado retrocedió algunos pasos.

Un silencio sordo y amenazador, reemplazó por algunos instantes las últimas palabras de la condesa.

—Vos Chon, dijo el rey en medio de aquella consternacion general, vos teneis la culpa.

Inclinó esta su vista, y contestó con hipócrita modestia:

—Perdonad, señor, si el dolor de una

hermana, ha sobrepujado á la lealtad de una súbdita.

—Sois buena alhaja!... murmuró entre dientes Luis XV... Ea, condesa, no tengais rencor.

—No tengo rencor... pero estoy decidida á partir para Luciennes, y desde allí para Boloña.

—Por mar?

—Si señor: abandono un pais donde el ministro infunde temor al rey.

—Señora! gritó ofendido Luis XV.

—Permitid, señor, me retire para no faltar mas tiempo al respeto debido á Vuestra Majestad, dijo la condesa levantándose y observando á hurtadillas el efecto que produciria este movimiento en el ánimo del rey. Este lanzó al mismo tiempo un suspiro, manifestando estar fastidiado ya de aquella escena.

Chon que lo comprendió detuvo á su hermana por el vestido, conociendo seria peligroso para ella, seguir adelante aquella disputa, y dirijiéndose al rey:

—Señor, el amor que profesa mi hermana al vizconde, la ha arrastrado de-

masiado.... Pero yo he cometido la culpa, y yo debo repararla... Solo, señor, pido justicia para mi hermano, como la mas humilde vasalla, y á nadie acuso, confiando en la rectitud de Vuestra Majestad.

—Pero Dios mio! si lo que yo tambien deseo, es que se haga justicia; pero con imparcialidad. Si un hombre ha cometido un crimen, que se le castigue; pero si no lo ha cometido, por qué se le ha de imputar?

Y al pronunciar estas palabras, Luis XV miraba á la condesa, procurando recobrar si era posible la alegría que experimentara al despertar.

Era tan buena la favorita, que se compadeció del rey, cuya ociosidad le tenia triste y aburrido en todas partes escepto á su lado, y volviéndose, pues ya habia comenzado á dirijirse hacia la puerta:

—Exijo yo por ventura otra cosa? dijo con encantadora resignacion; pero deseo no se rechacen mis sospechas cuando las manifiesto.

—Vuestras sospechas son sagradas pa-

ra mi, repuso el rey; y ya vereis lo que hago si llegan á adquirir alguna certeza. Pero ahora que recuerdo... hay un medio muy sencillo.

—Cual, señor?

—Que llamen á Mr. de Choiseul.

—Oh! Bien sabe Vuestra Majestad, que jamás viene aqui; tiene á menos entrar en el aposento de la amiga del rey. Su hermana no es como él; bien deseado lo tiene.

—Mr. de Choiseul, imita al príncipe heredero para congraciarse con él, añadió la favorita animada, viendo que el rey se reia. Nadie quiere comprometerse.

—El príncipe es muy relijioso, condesa.

—Y Mr. de Richelieu un hipócrita.

—Os repito, querida amiga, que vais á tener la satisfaccion de verle aqui, pues le voy á mandar llamar. Es para el servicio del estado; no podrá rehusar, y le obligaremos á esplicarse en presencia de Chon, que es testigo ocular. Será un cargo: asi le llaman en el Palacio de Justicia; no es verdad, Sartines? Que vayan

á buscarme á Mr. de Choiseul.

—Y á mí, que me traigan mi titi, Dorotea, mi titi, mi titi, gritó la condesa.

A estas palabras, dirigidas á la camarista que se hallaba en la pieza de tocador, pudiendo ser oídas desde la antecámara, puesto que fueron pronunciadas en el momento mismo en que se abría la puerta para dar paso al ujier enviado á casa de Mr. de Choiseul, una voz cascada contestó tartamudeando:

—El titi de la señora condesa, he de ser sin duda yo; preséntome, corro, héme aquí!

Y se vió entrar á un hombre de pequeña estatura, jorobado y risueño, vestido con la mayor magnificencia.

—El duque de Tresmes! gritó impaciente la condesa; quién os ha llamado, duque?

—Señora, contestó éste saludando á un mismo tiempo al rey, á la favorita y al subdelegado; pedíais un titi, y como no veía entre los cortesanos mico mas feo que yo, no dudé fuese á mí, y he entrado sin vacilar.

Y concluyendo estas palabras, echó á reir, mostrando unos dientes tan largos, que la condesa no pudo menos de acompañarle en su hilaridad.

—Permanezco? preguntó como si este fuese el favor que mas hubiera ambicionado en su vida.

—Preguntadlo al rey, señor duque, él es dueño soberano aquí.

Volviose entonces con aire suplicante hacia el monarca.

—Quedaos duque, quedaos, dijo este ansioso de multiplicar distracciones á su alrededor.

En este momento el ujier de servicio abrió la puerta.

—Ah! preguntó el rey con cierto aire de disgusto, es Mr. de Choiseul?

—No señor, contestó aquel, es monseñor, (1) que desea hablar á Vuestra Majestad.

—Dió la favorita un brinco de alegría, imaginando que el principe preten-

(1) Tratamiento que se daba en Francia al príncipe heredero.

dia amistarase con ella; pero Chon que estaba en todo, frunció el entrecejo.

—Y bien! donde está el príncipe? preguntó impaciente Luis XV.

—En la cámara, de Vuestra Majestad, esperando que Vuestra Majestad vuelva.

—Estoy destinado á no disfrutar un momento de tranquilidad, murmuró el rey.

Pero se alegró recordando que la audiencia que el príncipe solicitara, le evitaba momentáneamente, al menos, su escena con Mr. de Choiseul.

—Decid que voy, añadió, decid que voy, Adios condesa, ved cuan desgraciado soy! todos me inportunan.

—Vuestra Majestad se retira, exclamó la favorita, cuando vá á llegar Mr. de Choiseul!

—Qué quereis? paciencia! El rey es el primer esclavo. Ay! si supieran los señores filósofos lo que es ser rey! y rey de Francia sobre todo!

—Pero, señor, deteneos.

—Oh! no puedo hacer esperar al príncipe, pues no ha faltado ya quien diga que amo únicamente á mis hijas.

—Pero, en fin, qué diré á Mr. de Choiseul?

—Que vaya á buscarme á mi aposento.

Y deseando evitar toda observacion, besó la mano de la condesa, que temblaba de cólera, y desapareció corriendo como acostumbraba cada vez que temia perder el fruto de alguna batalla ganada con sus astucias y poco delicadas contemplaciones.

—Oh! se nos vuelve á ascapar! gritó la condesa, dando con despecho una fuerte palmada.

No pudo oír el rey esta esclamacion, pues la puerta se habia ya cerrado, y atravesaba en aquel momento la antecámara, diciendo:

—Adelante, caballeros, adelante. La condesa consiente en recibir, aunque os prevengo que la encontrareis muy triste por la desgracia ocurrida á ese pobre Juan.

Miráronse atónitos los cortesanos, ignorando qué accidente pudiese haber sucedido al vizconde. Y figurándose algunos que habria muerto, entraron en el apo-

sentó de la condesa usando de la licencia que el rey les concediese, amoldando sus rostros según las circunstancias y manifestando, en sus semblantes, la mas profunda tristeza.

FIN DEL TOMO II.

